ZARZO ESCRIBANO

TODOS MIS FANTASMAS



UNA NOVELA NEGRA MUSICAL

TODOS MIS FANTASMAS

ZARZO ESCRIBANO

Copyright © 2026 Zarzo Escribano

Todos los derechos reservados.

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento de su autor.

.

Índice

El autobús
Aceleró
En el charco
Le vi los ojos
Fue mala fé
Si todo pasa por algo
Que el karma
Cumpla su papel
El cielo ha despertado
Tan extraño
Le da un tono rojizo
A Lavapiés
Deja que lea tu mano
Es otra vez
La hippie
Que me mira raro
Siempre me dice
No vas bien
Con la nube negra
Por bandera
Y tu frenética tendencia
Hacia el estrés
Se forman islas en las aceras
Oasis
En los que te creo ver

Demasiados candados
La valla
No lo soportó
Quizá fue premeditado
Un acto de liberación
En el borde del puente
Los curiosos se acumulan
Viendo como se hunde el hierro entre la espuma
Mala combinación
Cerrojos sin llave
Óxido y amor
Me sumerjo
En decisiones y consecuencias
En esa mariposa
Activando el caos
En relojes que funcionan de manera inversa
En ojos de huracanes
Girando en torno a ti
La sonrisa intacta
Paralizando toda una ciudad
A la distancia exacta
Entre el olvido
Y la necesidad
Todos mis fantasmas
Epílogo (Siempre tú)
Agradecimientos
Otras novelas del autor

A mi familia: la de la calle, la de la internet y la de sangre.

El autobús aceleró en el charco, le vi los ojos, fue mala fe
Si todo pasa por algo, que el karma cumpla su papel
El cielo ha despertado tan extraño
Le da un tono rojizo a Lavapiés
"Deja que lea tu mano", es otra vez
La hippie que me mira raro, siempre me dice
"No vas bien"
Con la nube negra por bandera
Y mi frenética tendencia hacia el estrés
Se forman islas dentro de las aceras
Oasis en los que te creo ver
Con la sonrisa intacta
Paralizando toda una ciudad
A la distancia exacta
Entre el olvido y la necesidad
Demasiados candados, la valla no lo soportó
Quizá fue premeditado, un acto de liberación
En el borde del puente, los curiosos se acumulan
Viendo cómo se hunde el hierro entre la espuma
Mala combinación: cerrojos sin llave, óxido y amor
Me sumerjo en decisiones y consecuencias
En esa mariposa activando el caos
En relojes que funcionan de manera inversa
En ojos de huracanes, girando en torno a ti
Con la sonrisa intacta
Paralizando toda una ciudad
A la distancia exacta
Entre el olvido y la necesidad
Con todos mis fantasmas
Improvisando a coro un musical
Una ciudad en pausa
Y tu sonrisa intacta…

La sonrisa intacta, canción de Shinova

EL AUTOBÚS

Accedemos al viejo autobús de una vieja zona de food trucks.Está apartado del resto de vehículos, casi oculto tras un contenedor industrial. A lo lejos se escucha a la multitud que se agolpa frente al escenario principal, donde uno de los grupos con más tirón arranca con su set. El ruido llega como una masa sólida de bajos y voces. Este rincón del recinto, en cambio, está en penumbra y abandonado. El autobús lleva meses sin moverse. Se nota en las ruedas medio hundidas en la gravilla suelta y en el óxido que trepa por los bajos. El techo de chapa ha acumulado el calor del día y lo devuelve ahora como un horno apagado. Hay sitio justo para dos personas de pie entre los restos del antiguo mostrador y la pared del fondo. El suelo vibra con cada golpe de bombo del escenario. Consta en su rotulación desvaída que sirvió como food truck de perritos calientes tiempo atrás. Una suerte de premonición irónica, quizá: allí donde antes se devoró carne procesada, ahora se iba a consumir carne humana.

En teoría, al menos.

Porque lo único que le dejo tocarme es el culo, y por encima de la ropa.

—¿Por qué no te dejas llevar? —pregunta con impaciencia.

«Porque diseminar ADN por escenarios como este no entra en mis planes». La respuesta estuvo a punto de escapárseme, pero contuve el impulso. No era cuestión de desvelar todos los protocolos antes de tiempo.

—Todo a su tiempo.

Le indico que se dé la vuelta. Se muestra obediente, una sumisión casi decepcionante.

Es entonces cuando aplico el primer azote sobre las nalgas, un golpe seco contra la tela del pantalón. Emite un grito y, al girarse, lo verbaliza:

—Más fuerte.

Dicho y hecho: le doy otro azote al que imprimo más fuerza. A este le sucede una serie de golpes contundentes, que propino hasta que el ardor en las palmas de mis manos me obliga a buscar una herramienta más eficaz: me descalzo para utilizar una de las zapatillas como instrumento.

La zapatilla en cuestión posee una suela gruesa y sólida. Su aplicación provoca un dolor de naturaleza distinta, que arranca al sujeto súplicas para que detenga el castigo. Lo hago, pero no por clemencia. En ese instante, ciertos instintos primarios ya se han activado en mí y han tomado el mando.

Le bajo los pantalones. Introduzco un dedo, previamente enguantado, allí donde la espalda cambia de nombre. Entonces, vuelve a pedir más.

—Sigue, joder, sigue. Más fuerte.

Continúo con tal intensidad que decido introducirle algo diferente a los dedos. Y en ese punto, ambos perdemos el control de las coordenadas habituales del tiempo y del espacio; o, más bien, estas se desvanecen, irrelevantes.

La música del festival llega amortiguada, unas vibraciones persistente en el suelo metálico del autobús. Reconozco a la banda que actúa; me agrada su estilo. Sin embargo, me resulta imposible identificar la canción concreta. Experimento una satisfacción básica, casi animal, y, a juzgar por sus reacciones, el hombre al que sodomizo también la comparte.

Afuera alguien tropieza con algo metálico. Risas. Pasos que se alejan hacia la música.

Y es entonces cuando, casi de forma incidental, mis manos se dirigen a su cuello. Él acoge el gesto no solo con sumisión, sino con un desafío implícito en la tensión que adquieren sus músculos.

—¿Solo eso eres capaz de hacer? Vamos, cobarde.

Me causa una cierta gracia que un individuo en su situación apele a mi valentía. Así que no me altero, ni imprimo más fuerza a las embestidas, ni al agarre en su cuello. Quizá la contención es, en sí misma, un castigo más refinado. Quizá merece un tipo de correctivo diferente.

El éxtasis inducido por la combinación de la música lejana y el acto físico me impulsa a cruzar un nuevo umbral.

Tomo el cinturón de mis pantalones y, mientras continúo con la sodomía y sujeto con firmeza su abultada y sudorosa melena, descargo un par de latigazos secos que le arrancan sendos gemidos de placer.

—¿Te gusta el cinturón, cerdo?

—Me encanta, sigue.

Por supuesto que sigo, pero no como él anticipa. Paso el extremo del cinturón por la hebilla hasta formar un lazo corredizo, al estilo de los cowboys de las películas. Se lo deslizo por la cabeza y tiro con suavidad para ajustarlo sobre su cuello. En un primer momento, el gesto le infunde desconfianza: lleva las manos al cuero, en un intento instintivo por aflojarlo.

—Ey, no te pases.

—Tranquilo, vaquero, te va a gustar.

Acelero el ritmo de las embestidas. Consigo que, poco a poco, su cuerpo se relaje y se entregue de nuevo. Apenas ejerzo presión con la correa. Le dirijo un par de insultos, lo llamo perro, como si se tratase de un juego en el que él asume el papel de mascota. Lo acepta. Parece que lo disfruta.

Y es en ese preciso instante cuando suena el estribillo de la canción desde el exterior. Claro que sí, ahora la reconozco: uno de mis temas favoritos, de uno de mis grupos de referencia. Una oleada de exultación me recorre. Ya no hay marcha atrás. Bombeo sobre su cuerpo con todo el ímpetu restante; el tipo empieza a correrse entre gemidos sonoros, profundos. Justo en el momento en que eyacula, aprieto con fuerza el cinturón, de tal forma que le resulta imposible liberarse.

Intenta zafarse, pero un golpe seco en la sien con el tacón de mi zapatilla lo deja medio aturdido. Tiro del cinturón con ambas manos,

con toda mi fuerza, y su cuerpo comienza a convulsionar. El oxígeno deja de irrigar su cerebro. Sus espasmos, sumados a la descarga general, me provocan el orgasmo más intenso que recuerdo haber experimentado. Tanto, que por un segundo casi cedo en el agarre. Él intenta aprovechar ese brevísimo instante para liberarse, pero con otro golpe certero en la cabeza lo inmovilizo por completo. Entonces, con ambas manos de nuevo, aplico toda mi fuerza en la tracción final.

Su lengua asoma entre los labios de una forma que no he visto en nadie, ni siquiera en representaciones cinematográficas. Una idea extravagante sobre su posible uso cruza mi mente, fugaz y estéril. La necrofilia, de momento, no forma parte de mi catálogo de intereses.

Unas últimas convulsiones, cada vez más débiles, me indican que la presencia de este individuo en el festival ha concluido. Y en este mundo. Quizá, como se suele decir, ahora esté en uno mejor. Quizá, irónicamente, le haya regalado el mejor orgasmo de su vida al combinarlo con la privación de oxígeno en el instante final.

La canción termina afuera. Hay aplausos. Alguien grita el nombre del grupo.

Ahora solo tengo clara una cosa. Es la primera vez que siento algo de esta magnitud. Y la experiencia me ha resultado tan intensa, que será difícil no buscar su repetición.

ACELERÓ

El compás del guitarrista se acelera igual que se aceleraron nuestros corazones. Estamos en primera fila y puedo ver hasta el sudor del cantante. El momento, aunque ensayado y visto hasta la saciedad, no es desmerecedor del aprecio que el público le dedicamos: alzamos los brazos y saltamos, a la espera del estribillo final, mientras guitarra y bajo se pelean en una lucha desigual que el batería arbitra. El solista los contempla, un instante antes del éxtasis colectivo.

Y entonces llega.

Su perfecto estribillo. Siento que me estremece, que los pelos se me ponen de punta y que, gracias en parte al alcohol ingerido, me abrazo al chico que tengo al lado, al que no conozco de nada.

Al que tengo al otro lado sí que lo conozco, y sé que el gesto no le hace gracia, pero a mí me da igual. Insausti se ha empeñado en venir conmigo al festival, a pesar de que no le gustan casi ninguno de los grupos que tocan. Después de que se recuperara de su herida en la pierna, aquella en la que me sentí tan responsable, marqué un poco las distancias. Esa culpa me hizo acceder a cosas con él que ya no siento, o que nunca sentí realmente. El problema es que Sergio sigue con la idea fija de que seamos pareja, y a mí no me apetece en absoluto. No tiene que ver con terceras personas —o tal vez sí—, pero, simplemente, no quiero estar con él de esa forma.

—Veo que te encantan, Olga —dice, con la intención de separarme del otro chico.

—Ya te lo dije, son geniales.

—Están bien, la verdad.

No sé si es sincero con sus palabras o lo hace por ganarme un poquito.

La canción ha terminado y con ella el concierto; los integrantes del grupo saludan al público y lanzan objetos diversos: púas, el folio con la setlist y, lo más codiciado, las baquetas. Dado que estamos en primeras filas, me había marcado como objetivo conseguir una. Cuando el baterista la lanza en nuestra dirección, pego un salto como un mono para intentar cogerla, pero el chico que está a mi lado tiene algo de ventaja. Lo que pasa es que está algo más perjudicado de la cuenta, por lo que le rebota en la mano y sale despedida hacia arriba y hacia mí. Sergio, igual de alto que yo, salta por encima de mis manos y la coge.

Me la muestra sonriente.

—Has triunfado —dice.

—Quédatela —repongo, lo que le borra la sonrisa.

—¿En serio?

Nos miramos unos segundos y veo su cara melancólica. Es un tipo al que jamás se le podría poner la típica cara de cordero degollado, pero la expresión que tiene en esos momentos se le aproxima bastante.

Agarro la baqueta y le doy un breve abrazo a modo de agradecimiento. Él me corresponde con una efusividad que me incomoda, por lo que me aparto ligeramente y le pregunto, para cambiar de tercio:

—¿Qué vas a hacer? El siguiente grupo sí que no te va a molar nada.

—Lo intento —responde.

Resoplo (procuro que no se me note) porque me apetece quedarme sola, sin estar pendiente de él, sin esa tensión constante de sus expectativas.

—Vale, vamos al baño y a tomar una birra.

—Pero perderemos el sitio.

—No me importa, me gustan pero no tanto. Necesito vaciar la vejiga o exploto.

—Pero si luego la vas a volver a llenar con la cerveza.

Me quedo plantada ante él, con los brazos en jarra a modo de protesta. El tipo que está a mi espalda me pregunta.

—¿Os quedáis al siguiente?

Me giro y le respondo, con más firmeza de la que siento por la banda en cuestión:

—Yo sí.

Sergio se da cuenta de mi enfado y levanta las manos a modo de disculpa.

Salir de primera fila es como nadar contra corriente. La gente empuja hacia adelante, nosotros vamos en dirección contraria. Sergio me agarra de la muñeca para no perderme. Pasamos junto al escenario lateral donde los técnicos desmontan cables y micrófonos. Alguien arrastra un amplificador sobre ruedas chirriantes.

La zona de baños está abarrotada. Hay cola para los dos, aunque la de mujeres es el doble de larga. Espero casi diez minutos mientras Sergio me aguarda apoyado en una valla metálica, mirando el móvil.

Cuando terminamos con nuestras necesidades, vamos a la barra donde yo pido una cerveza grande y él una botella de agua.

—¿Tienes pastillas o algo? —bromeo.

—Sí, ¿qué quieres? ¿Eme, queta, farla…? Las he rapiñado de la Brigada de «estupas».

Consigue arrancarme una risa y le invito a volver lo más cerca del escenario que podamos.

Ahora el recinto se ha llenado todavía más. Grupos de amigos charlan en corrillos, algunos sentados en el suelo. Veo a una pareja besándose apoyados contra un contenedor de basura. Las luces del escenario principal parpadean en modo preparación.

Cuando veo que ya hay demasiada gente para seguir el avance, doy por bueno el lugar, desde el que veremos más o menos bien a la banda que está por empezar su actuación. Miro en derredor por si veo al chico de antes, pero no lo encuentro.

Los primeros acordes arrancan y la multitud vuelve a moverse como un organismo único. Sergio y yo quedamos medio aplastados entre un grupo de chicos con camisetas del festival y tres chicas que no paran de hacerse selfies.

Cuando comienza, no soy consciente de lo que pueda estar ocurriendo al otro lado del escenario. En ese momento no me importa, y lo que hago es disfrutar del concierto. Cuando llevo media cerveza, Sergio rodea con su brazo y me pone la mano en la cintura en una canción lenta.

Me dejo querer.

Y no sé si eso me gusta.

EN EL CHARCO

Me despierto en medio de un charco de sudor. El ventilador del techo lleva toda la noche removiendo aire caliente de un lado a otro sin conseguir nada excepto aumentar la factura de la luz de este mes.

La noche ha sido toledana, de esas que llaman tropicales, con una temperatura mínima que ha superado los veinticinco grados y que me ha tenido en vela, con vueltas en la cama, hasta pasadas las tres de la madrugada.

Un madrugón más. Una llamada a deshora más. Una protesta más de Sofía por no silenciar el móvil, «que para eso ya eres inspector jefe». Como si el cargo sirviera de excusa para el escaqueo.

Todo lo contrario.

Desde que me ascendieron a inspector jefe de la Brigada de Delitos Contra las Personas de la UDEV Central, duermo menos que cuando era un simple policía que se comía sus tronchas reglamentarias noche sí y noche también.

El móvil vibra sobre la mesilla de noche. La pantalla ilumina el techo en azul.

No atino a coger el teléfono la primera. El dichoso aparato suena cerca de las siete y media y, al menos, me concede un ciclo de cuatro horas de sueño. Eso y un Red Bull deberían bastar para el tormento de día que, aunque en ese momento lo desconozco, se avecina.

—Del Olmo.

—¿Qué pasa, Toribio? Que es muy temprano…

—Dímelo a mí que llevo desde las seis en planta —responde el inspector—. Tenemos fiambre.

—Qué novedad, si con estos calores debería estar muerto medio Madrid.

—Inspector, déjate de bromas que la cosa es fea.

—¿Fea, fea? ¿O fea sin más?

—Fea de que el cadáver lo han encontrado en un evento de cuarenta mil personas o más.

Escuchar esa cifra mareante de personas, hacinadas en diossabedonde con estas temperaturas, me despabila de momento. Aunque modulo mi sorpresa.

—Golpe de calor, espero.

—De calentura diría yo.

—Explícate.

—Te paso a recoger y vamos al levantamiento que su señoría va de camino, suerte que no está en Madrid y llegaremos antes que ella.

—¿Torres?

—La misma.

La jueza Torres es una mujer que sabe poner a todo el mundo en su sitio, y por eso me gusta trabajar con ella, pese a que no siempre lo ponga fácil.

—Date vida que en veinte minutos te estoy tocando el timbre.

—Lo que me estás tocando son los cojones, inspector…

Lucas ni me da tiempo a protestar porque la llamada ya no está habilitada en el teléfono. El desgraciao me cuelga sin posibilidad de réplica.

«Ser jefe para esto».

—Hoy no te voy a hacer el desayuno, majo, que no he dormido nada. Sudas y te mueves igual que un pollo.

—Qué agradable es que te despierten así y que tu mujercita te dé los buenos día de una forma tan preciosa.

Sofía ignora mi comentario; se da la vuelta y ronronea como un gato enfermo. Enciendo la luz del baño y me miro en el espejo. No tengo ojeras, sino que parece que me han dado dos puñetazos en cada ojo.

Por fortuna, no me tengo que preocupar de no hacer ruido, porque los niños están de campamento de verano.

La ducha fría me despeja un poco. Me visto sin encender la luz del dormitorio para no molestar más a Sofía. El sol está próximo a salir y ya es bastante incordio.

Me pongo lo primero que encuentro en el armario, que consiste en pantalones de lino y polo de tono claro. Un par de barritas de cereales y un té verde completan el frugal desayuno. Mientras me lavo los dientes, suena el telefonillo.

Toribio me espera en el portal con el camuflado en doble fila y las luces de emergencia encendidas. Ya hay vecinos asomados a las ventanas, en realidad creo que han estado ahí toda la noche, intentando captar el mínimo fresco que haya podido haber.

Ya en el camuflado, Toribio me pone al día.

—Varon de unos treinta años. Le han hecho «tras tras» por detrás como si aquello fuera una peli porno.

—Espera, espera. ¿Cómo sabes eso?

—Me han llamado Esther de la científica que llevan una hora y pico con el cadáver.

—¿Esther Manso? ¿Tu novia?

—No es mi novia.

—Era por no decir una barbaridad.

—Sí, calladito estás más guapo.

—¿Y el forense?

—Pues tiene que estar al llegar…

—¿Quién es?

—La nueva.

—¿Ramos?

—¿Qué otra nueva hay?

—¿Pleite y Solís dónde andan?

—En la Brigada ya, recopilando datos. Está Listín al mando —Toribio se gira para clavar sus ojos en los míos—. No te haces una idea de la de curro de oficina que nos espera.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: más de cuarenta mil personas a metros del finado. Vamos a estar cribando números de teléfono y redes sociales

hasta que te vuelva a crecer el pelo.

—¿Me vas a decir de una puta vez donde vamos? ¿Al estadio del Atleti?

El inspector resopla.

—Peor, al macrofestival más grande de todo Madrid.

Las calles están medio vacías. Madrid a las ocho de la mañana un viernes de julio es un desierto. Toribio pisa el acelerador y las sirenas quedan en silencio; no hace falta con este tráfico.

A los pocos minutos, enfilamos un camino de tierra para acceder a la parte posterior de uno de los escenarios del festival de música que asola Madrid en aquella época del año.

El polvo levanta una nube detrás del coche. A ambos lados del camino hay vallas metálicas caídas, vasos de plástico aplastados, alguna mochila abandonada. En la distancia se ven las estructuras metálicas de los escenarios, enormes y vacías bajo un sol que ha iniciado ya su amenaza diaria.

Se calcula que entre cuarenta y cincuenta mil personas afinaron sus gargantas la pasada noche al ritmo de grupos y solistas que apenas me suenan. A pesar de que no me considero un inculto en lo musical.

Y eso que era solo el primer día, un anodino jueves de verano en la capital de España.

—Mira, este grupo que toca hoy sí los conozco —digo repasando la información que hay en internet sobre el evento.

—Esperemos que nadie toque hoy, inspector.

Toribio echa el freno de mano y sus ojos vuelven a cruzarse con los míos. Percibo un tono de pesimismo que en ese momento no sé valorar bien.

Los compañeros de Seguridad Ciudadana tienen acordonada la zona con esa cinta de plástico amarilla que tanto espanta a los profanos, y nos escoltan hasta el lugar en cuestión. Se trata de un viejo autobús de esos que ahora llaman vintage, decorado con decenas de colores y patrocinado por una conocida marca de mayonesas y de ketchups, cuyos logos están un tanto difuminados. Se supone que en el pasado o en el presente inmediato debió de utilizarse como local para servir perritos y hamburguesas poco

saludables a los jóvenes ansiosos de grasas y carbohidratos después —o antes— de los conciertos de sus grupos favoritos.

El autobús está apartado, medio oculto tras un contenedor industrial del tamaño de una furgoneta. La zona está en sombra todavía, protegida por la estructura del escenario lateral y varios árboles que crecen contra la valla del recinto. Hace calor, pero, al menos, aquí el aire se mueve un poco.

El vehículo, ahora alberga otro tipo de carne que, gracias a las elevadas temperaturas, no debe faltarle mucho para entrar en estado de descomposición.

La «novia» de Toribio, de la científica, nos recibe. La pobre luce una cara que parece salida de una piscina olímpica por la humedad presente en cada centímetro de su piel, fruto de una transpiración inhumana provocada por sus monos de trabajo.

—Lo encontró un operario de limpieza sobre las cinco de la mañana. El cuerpo estaba cubierto con una lona que ya hemos analizado sin éxito.

—¿Lleva casi cuatro horas a la intemperie? ¿No ha empezado a oler?

—Llevará más, y por suerte esta zona del recinto parece algo más fresca porque los escenarios y los árboles la resguardan del sol vespertino. Lo que pasa es que en breve va a pegar el matutino y habrá que aligerar las cosas. ¿Cuándo llega su señoría?

—No lo sé, ¿y la forense?

—La forense ya está aquí —se escucha una voz femenina a mi espalda, y por el tono excesivamente agudo, sin duda se trata de la nueva incorporación al anatómico, la doctora Patricia Ramos.

—Buenos días, doctora.

No saluda y accede al autobús con permiso de los científicos.

—Un momento, doctora. Permítame que le guíe —pide Esther.

Ramos es tan joven como elegante. Aunque todo lo que tiene de atractiva parece tenerlo de antipática.

—No se preocupe, oficial, sé dónde está el muerto.

Cruzo miradas con Toribio, y decido esperar a que la forense haga su trabajo. No quiero inmiscuirme, no vaya a ser que lo empeore todo.

Mientras la forense ha iniciado sus inspección, la jueza Torres llega al lugar. Me ofrece la mano a modo de saludo y me lanza una especie de cumplido:

—Caray, Del Olmo, ¿has hecho operación bikini, o qué?

—Mi mujer, que me tiene pasando hambre.

Intento ser mordaz con el doble sentido de las palabras, aunque ella no entra al trapo. Lo cierto es que la jueza también ha adelgazado lo suyo, aunque yo no me atrevo a decirle nada.

Nos abandona y se mete en el autobús. Lucas y yo observamos la escena desde fuera. Dos mujeres con gran carácter elucubrando sobre lo sucedido, mientras que dos polis ya viejunos, esperamos nuestro turno.

Me gusta el intercambio de roles y ojalá sea así de ahora en adelante. No solo por aquello de la igualdad, en la que creo, sino en que esto también me permitirá relajarme en mis obligaciones.

Pasan los minutos. El sol va subiendo y la sombra se retira poco a poco. Empiezo a notar el calor en la nuca. Pasada una hora, Torres ordena el levantamiento del cadáver y tanto Ramos como ella salen del autobús con las mascarillas puestas.

—Doctora —digo.

—Le subo el informe al sistema esta tarde, se lo llevan ya mismo.

—Señoría, ¿nos deja verlo al menos?

—Tiene un minuto de reloj, está empezando a oler.

Ni me despido y me acerco a la escena, me cuesta subir al autobús por la parte delantera, pero Esther Manso está en todo y me ha habilitado la trasera, más accesible. Se lo agradezco con una sonrisa y accedo al bus.

Dentro hace más calor que fuera y huele a algo dulzón que prefiero no identificar. Las ventanillas están cerradas y la chapa del chasis ha convertido esto en una sauna. Me cuesta hasta respirar.

Todavía no huele mal como ha dicho la jueza, pero el ambiente está enrarecido. La oficial me pide que no me acerque demasiado, pero el cuerpo del fiambre tiene los pantalones bajados y el trasero expuesto. Me explica que lo han sodomizado de una forma bestial. La forense, con la mascarilla puesta y una linterna, husmea en el ano del finado.

—Le pasaré el informe cuando lo lleven al anatómico, inspector. Si no es molestia, le pido que se vayan ya para proceder al levantamiento.

—No es molestia, pero si me permite, me gustaría acercarme un poco más.

—Es mejor que no, Del Olmo —pide Esther—. Es demasiado estrecho y no queremos contaminar…

La miro como el profesor mira al alumno que le falta al respeto. Ella se da cuenta y baja la mirada.

—Enséñame la cara al menos, Manso.

Ella acepta y le pide permiso a la forense para levantarle la cara. Ramos acepta a regañadientes.

El cadáver está boca abajo, medio doblado entre el antiguo mostrador y la pared del fondo. Esther lo gira con cuidado. Me fijo en la marca horizontal de un cuello que evidencia el estrangulamiento extremo.

—Parece un cinturón, ¿no?

—Tiene todas las papeletas, inspector —afirma Ramos.

La marca está bien definida, no como la que marcaría una cuerda o un pañuelo.

—¿Alguna huella?

—Ninguna.

—¿Cómo coño se puede follar sin dejar ni una huella ni rastro genético?

Las dos mujeres se encogen de hombros. Miro a Toribio a mi espalda.

—Con guantes.

—¿Follar con guantes? ¿Ni un maldito beso se han dado?

—Inspector —interviene Torres, que ha llegado sin darme cuenta —. Salga usted fuera que vamos a proceder al levantamiento.

Asiento con la mirada y salimos fuera de aquel habitáculo que ya empezaba a agobiarme. Cuando salgo, un rayo de sol me golpea en los ojos, cegándome por un momento. Parece que es un anticipo de una investigación que vamos a empezar a ciegas.

LE VI LOS OJOS

Le vi los ojos y retuve con especial nitidez la forma en que se reviraron. Quedaron tan blancos que por un instante pareció que nunca hubieran alojado pupila o iris.

El agua de la bañera está casi fría. Con este calor demoníaco de julio, el hielo que añadí hace media hora ya se ha derretido por completo. Desde la ventana del baño se distingue el perfil de los edificios de la calle Princesa, difuminados por la calima. Úndecima planta. Lo suficientemente alto como para que el ruido del tráfico llegue amortiguado.

El recuerdo de las escenas de la noche anterior me produce una resaca emocional más intensa que la derivada del ron y el eme.

Ni en mis más tórridos sueños imaginé que acabar con la vida de otra persona podría aportarme tal cúmulo de sensaciones. Lo había proyectado mentalmente múltiples veces; sobre todo en aquellos episodios en que sometí a mis tres gatos y al perro del vecino a la asfixia. O cuando golpeé a aquella cría hasta privarla de consciencia; o en la paliza que le di a aquel indigente del que no sé si se recuperó o acabó en el depósito de cadáveres. Meros prolegómenos, intuyo ahora.

Confieso una breve, casi académica, inquietud al principio, en particular cuando le acometieron esos espasmos que había observado en ciertas representaciones cinematográficas. Pero, por encima de todo, el instante en que su lengua se proyectó de una forma tan desmesurada me trajo a la memoria, con una claridad inesperada, la escena en la que la princesa Leia estrangula a Jabba el Hutt en El retorno del Jedi. No es que profese una particular

devoción por la saga Star Wars, pero la iconicidad de la escena es innegable.

La sodomía anal y la contemplación simultánea de esa lengua protuberante, casi grotesca, no constituyen una vivencia que se prodigue en la cotidianeidad.

Extiendo el brazo para alcanzar el vaso con agua con gas y limón. Anoche bebí demasiado y hoy tengo que recuperarme. Porque hoy se vuelve a salir.

Volviendo al tema de los ojos: al examinarme en el espejo esta mañana, los míos presentaban el aspecto característico de un mapache. El término «ojeras» resulta insuficiente para definir las concavidades oscuras bajo mis párpados. Nada que un poco de crema bronceadora no resuelva. Además, creo que esta noche usaré lentillas de colores. Las verdes, que me harán juego con el outfit que me pondré.

Y es que este noche tengo intención de repetir. No solo ir de festi, sino repetir la experiencia de acabar con la vida de otra persona.

¿Por qué hago esto?

La verdad es que no lo tengo del todo claro; podría argumentarse que se trata de una convergencia de factores, un cúmulo de circunstancias que me ha situado en este preciso momento y lugar. Aunque, si debiera postular la razón más plausible para justificar mi proceder, sería la siguiente:

Matar es fácil.

Expresado de este modo, reconozco que puede sonar un tanto frívolo.

Y también un tanto irreal. No resulta sencillo ejercer la tracción necesaria sobre una correa para anular el tránsito de aire desde la tráquea hasta los pulmones de un ser humano. La verdad es que la tarea me resultó considerablemente fatigosa, sobre todo porque, durante el acto seguí dando empellones que resonaban como bofetadas en la cara.

Lo que pretendo significar es la facilidad con la que se puede manipular a un individuo mediante la simulación de buenas intenciones, especialmente si dichas intenciones se vinculan a la promesa de un encuentro sexual rápido. Una vez que la persona ha

sido engañada o seducida, solo se requiere la audacia para actuar y la elección de un método que no admita errores. Y, en el supuesto de no alcanzar el objetivo primordial, disponer de una excusa verosímil para eludir las posibles consecuencias.

Yo la tenía preparada para el tal Oliver, pues así me comunicó que se llamaba. Cuando situé mis manos en su cuello, percibí su morbo. Me instó a que incrementara la presión. De hecho, yo ya estaba al corriente de esta preferencia; me la había confesado en la conversación previa. Cuando mi discurso viró hacia temas sexuales, su inhibición se desvaneció con una celeridad casi cómica y su locuacidad se agudizó de tal manera que solo tuve que seguir la pauta que él mismo había trazado. Unos azotes, unos tirones de pelo, la ya mencionada presión de las manos sobre el cuello… Ciertamente, sí notó algo anómalo cuando ejercí la constricción por primera vez: no fue el tacto de mi piel lo que percibió, sino el de mis guantes. No incurro en la ingenuidad de diseminar vestigios genéticos de forma indiscriminada. Aunque, como ya he indicado, la justificación estaba prevista: no se trataba de unos guantes de látex de uso sanitario, sino de unos de cuero fino. Cuando se los mostré, su excitación se intensificó y el resto del proceso transcurrió con mayor fluidez.

Resulta curioso observar cómo los individuos pueden llegar a perder cualquier atisbo de dignidad, e incluso de instinto de autopreservación, cuando la libido asume el control sobre la razón.

Y eso, precisamente, es lo que me ha proporcionado una satisfacción de orden superior, y el motivo por el cual voy a repetir. Contemplar a aquel espécimen corpulento que demandaba más, sin que midiera las consecuencias últimas de ese «más», generó en mí una considerable excitación. Aunque yo, a diferencia de él, supe mantener el dominio sobre esa libido traicionera; me concentré en intensificar la presión hasta que comprendió que no iba a ceder y ya no pudo ni solicitar auxilio.

Salgo de la bañera. Sobre la cama he dispuesto la ropa para esta noche: vaqueros negros, camiseta sin mangas. El aire acondicionado del dormitorio funciona a dieciocho grados y me aporta una ligera paz. Sobre la mesilla, las lentillas verdes aguardan junto al neceser.

Sí, voy a repetir esa sensación esta misma noche. Y la disfrutaré con mayor intensidad si cabe, ahora que poseo el conocimiento de lo que se experimenta.

Quizá mi perfil se ajuste a lo que se describe como psicopatía; se dice que quienes presentan estos rasgos no experimentan remordimiento por sus acciones y carecen de empatía hacia el sufrimiento ajeno.

Yo, de lo único que siento remordimientos es de no haber iniciado esta práctica mucho antes. Al final voy a tener que agradecerle los consejos a la persona que me ha inspirado a empezar.

FUE MALA FÉ

Fue mala fé. A nadie con buenas intenciones se le ocurre convocar una reunión a la una de la tarde con este calor. A esta hora uno se merece estar en la piscina o, al menos, en una terraza a la sombra con una cerveza o un refresco bien frío al alcance de la mano.

La reunión en cuestión es en la sede del Ministerio del Interior, apenas cuatro horas después de presenciar el levantamiento del cadáver, y no hace falta ser un genio para imaginarse de qué va la cosa.

El calor que azota Madrid en estos días no es de esta época. Parece sacado de una película apocalíptica: Mad Max o alguna peor. De esos calores que te alarman cuando ves esas ondas sobre el asfalto que te hacen creer que sufres de una miopía digna de Rompetechos.

El edificio del ministerio está en una calle paralela a la Castellana. Toribio me deja en la entrada principal y se marcha a buscar aparcamiento. Dos guardias civiles custodian el acceso. Paso el control de seguridad, dejo mi móvil en una bandeja, cruzo el arco detector. Una funcionaria me acompaña por pasillos interminables de mármol blanco que amplifican cada sonido. Nuestros pasos resuenan como en una catedral vacía.

La sala de reuniones está en la tercera planta. Menos mal que el aire acondicionado, pagado con dinero del contribuyente, refresca la estancia. Aunque demasiado para mi gusto. Detesto que el chorro de aire me golpee directo en el cogote, porque se me suele agarrar a la garganta o, incluso peor, a las vértebras. Por ello le pido el

cambio de lugar a Alamillos, que no entiende mi petición pero accede sin comentarios.

—Gracias por venir, caballeros —dice el Secretario de Estado de Seguridad.

Habla en plural porque allí estamos reunidos el DAO, el comisario Alamillos y yo. La flor y nata, como se suele decir. Solo faltarían el Ministro del Interior y el Director General de la Policía. Deben de tener asuntos más importantes que tratar. O estar de vacaciones, que también es lícito.

—He leído su informe, inspector…

—Del Olmo —digo—. Me va a perdonar pero solo he tenido una hora para elaborarlo.

—No se preocupe, me hago cargo y me basta para entender la situación. El comisario también me ha informado.

—Señor secretario —interviene Alamillos—. Como verá, la situación es bastante grave como para continuar con el festival.

El Secretario se acaricia una barba que parece recortada con escuadra y cartabón.

—¿Usted qué opina, Director?

El DAO se retrepa en el asiento antes de decir:

—Yo confío en la opinión del comisario.

A mí ni me menciona, y mira que el DAO es un tipo que, en general, me cae bien.

—¿Estamos seguros de cerrar un festival tan grande? Nos van a acosar desde el Ayuntamiento y no digamos desde la promotora.

—Lo sabemos, secretario. Y creemos que es lo mejor para todos.

—¿No han podido averiguar todavía nada, inspector Del Olmo?

—Solo hace cuatro horas que tengo noticia del crimen, Secretario. Es materialmente imposible.

—Comprendo.

El sujeto vuelve a tocarse la barba. Consulta su móvil, lo deja boca abajo sobre la mesa. Lo vuelve a coger. La pantalla se ilumina con alguna notificación que no alcanzo a leer desde mi posición.

Yo me fijo en Alamillos, que me rehuye la mirada. El DAO permanece impertérrito, como su posición demanda.

Mis ojos divagan entre las manos del Secretario toqueteando el móvil, y la estancia en la que nos encontramos. Un despacho impoluto y gigante con más luz que un parque al mediodía. Tres ventanales ocupan toda la pared del fondo. Las persianas están subidas y el sol entra sin piedad, rebotando en cada superficie. Hay banderas de todas clases detrás del Secretario: europea, española, de la Comunidad de Madrid. La mesa es de algún tipo de madera noble imposible de descifrar para mí el origen. Eso sí, tan límpida y brillante que me deslumbra. No hay ni un papel sobre ella, solo el móvil del Secretario y una carpeta cerrada con el sello del ministerio.

—¿Me darían tiempo hasta las seis de la tarde, que es cuando empieza el festival? —pregunta el secretario.

El DAO se mueve, incómodo, en el asiento. Alamillos abre la boca y está por decir algo, pero se contiene. Así que soy yo el que se come el marrón.

—Secretario, con el debido respeto. Si le dice a cincuenta mil personas que se tienen que ir a casa una vez que están a las puertas del festival, vamos a tener un problema de seguridad pública.

—No, no, tiene razón. ¿Qué tal hasta las cuatro? Ahí sí nos daría tiempo a pedir al festival que lance un comunicado. ¿No?

—Señor…

—Por favor, llámame Alberto.

—Alberto, ¿qué interés tiene usted en que se celebre el festival?

El Secretario, Alberto Terrero, se lleva la mano a la boca, sorprendido. Arruga los ojos. Vuelve a consultar el móvil.

—Inspector Del Olmo, el asunto es muy complejo. Le pido que no frivolice ni haga suposiciones que no son.

—Inspector —interviene Alamillos— ¿Nos puede dejar solos?

No, no puedo dejarles solos. Si les dejo solos van a autorizar la celebración del maldito festival. Eso es lo que me da ganas de decirles. Aunque me lo pienso mejor, y total ¿para qué? Mi opinión, la del que ha estado en el barro esta mañana, no va a contar en absoluto.

—Si me permite una cosa antes de largarme, señor Secretario… Alberto.

—Adelante.

—Tan solo piense si usted dejaría que sus hijos fuesen a ese festival esta tarde.

Me giro con velocidad. Cruzo el despacho en dirección a la puerta sin mirar atrás.

Espero que el DAO sea mi aliado en esa reunión que van a tener.

En el pasillo, la funcionaria que me acompañó antes aparece como si hubiera estado esperando. Me guía de vuelta hacia la salida. No cruzamos palabra. El aire acondicionado del pasillo es menos agresivo que el del despacho. Recupero mi móvil en el control. Fuera, el calor me golpea sin tener en cuenta que ya estoy demasiado mayo para aguantar tanta temperatura.

Y tanta gilipollez.

SI TODO PASA POR ALGO

El tramo que hay desde el parking hasta el acceso al edificio donde se sitúa la Brigada parece un desierto. Creo que la temperatura debe de rondar, sin exageraciones, los cuarenta y cinco grados; cuando toco la barandilla de la rampa de acceso la retiro al instante. El metal quema como si acabara de salir de una fragua.

—Cuidado, hombre, pareces nuevo —se mofa Toribio.

Lo miro con rabia y me miro la palma de la mano: la tengo enrojecida.

Entramos en el edificio. El contraste térmico es brutal. Las puertas automáticas se cierran a nuestra espalda y el aire acondicionado nos golpea como una ola de aire polar. Subimos en el ascensor hasta la tercera planta. En el espejo del ascensor veo nuestras caras: las dos sudadas, el pelo de Toribio pegado a la frente.

La sala de reuniones está al fondo del pasillo. Mesa grande de madera laminada, sillas giratorias desparejadas, pizarra blanca con marcadores casi secos. Una de las ventanas da al patio interior donde no corre ni un gramo de aire. La otra está cubierta por una persiana bajada a medias. El proyector cuelga del techo y proyecta una mancha de luz sobre la pared del fondo.

Reúno al equipo para valorar la situación. El aire acondicionado aquí dentro es un alivio casi obsceno.

—Venga, Luis, ilústranos.

—Como ya te han comentado —inicia Listín—, anoche acudieron cincuenta y dos mil trescientas veintitrés personas al festival. Son los

datos oficiales. Era el primer día, hoy se esperan superar los sesenta y cinco mil asistentes.

—Qué alegría; venga, dame buenas noticias.

—Su señoría ha sido buena y ya tenemos tramitadas las solicitudes a todas las compañías de teléfono para que nos faciliten todos los números que andaban por la zona.

—Miedo me da —interviene Solís.

Amaya tiene una botella de agua medio vacía delante. Se ha recogido el pelo en un moño alto. Todos llevamos todavía el calor de la calle pegado a la piel.

—Miedo le tiene que dar a Mansilla, que es la que los va a filtrar todos —intervengo.

—Gracias, jefe —ironiza la novata.

Lola Mansilla está sentada al fondo, con su portátil ya abierto. Teclea algo mientras hablamos. No levanta la vista.

—La plataforma que comercializó las entradas nos ha mandado hace media hora todos los nombres de los asistentes —interviene Pleite.

—Julio, ¿a que vas a ser bueno y ayudarás a Mansilla a cruzar datos con los teléfonos que nos vayan llegando?

El subinspector se cuadra y hace el saludo militar con tono de mofa.

—Lucas, ¿ha llegado el informe de tu no…

—Que te calles —me ataja antes de que suelte la broma delante de todos. Aunque algunos, como Amaya, ya se han echado una sonrisilla.

—¿Ha llegado o no?

—Pues claro, iba a exponerlo ahora, si dejas de tocarme la moral, inspector jefe —pronuncia las últimas dos palabras con retintín.

—Adelante, latin lover.

—Qué tío más pesao —protesta el inspector—. De criminalística nos dicen que no han encontrado ningún resto con tejido humano. Es decir, nasti de ADN ni de huellas ni de pelo. Tampoco fibras ni nada.

—¿Huellas de pisadas? —interviene Solís.

—En los alrededores del autobús, muchas. Mucho trasiego de gente por allí. De momento no han aislado ninguna que nos sirva, pero están en ello.

—Una duda —reflexiono en voz alta—. Si hay mucho trajín de gente… ¿cómo es posible que nadie viera nada?

El equipo se queda callado unos segundos. El aire acondicionado se escucha demasiado. Alguien arrastra una silla

—Porque coincidió con un concierto importante… —aporta Mansilla.

Me acaricio la barbilla.

—Continúa, Lola, no te cortes.

—No tengo mucho más que decir. Coincidió con el concierto principal de la noche y todo el mundo estaba pendiente. Y por eso no pasó nadie por allí. Según habéis dicho, el autobús estaba bastante apartado de la zona de los escenarios. Casi lindando con la valla que acordona el recinto. ¿No?

—Y eso nos lleva a pensar que de alguna forma el culpable podía acceder a zonas reservadas para el personal. Y eso acotaría los sospechosos… —comenta Pleite.

—A no ser que... —digo.

—¿El qué, jefe? —pregunta Toribio.

—Que la víctima sea la que pertenezca al personal, coño, ¿no te has fijado en la camiseta?

—Pues no.

—Hazme el favor de conseguirme el número de alguien que mande en ese festival. Y el resto, seguid con el trabajo que parece que hay faena. Solís, has solicitado cámaras de seguridad, supongo.

—Supones bien, jefe. De las de seguridad será complicado sacar algo. Pero he solicitado todo el montaje audiovisual del festi, y ya he llamado dos veces para que lo aligeren.

—Yo tengo una mala noticia, jefe —indica Toribio.

—¿Ya lo han comunicado? —Lucas asiente—. La madre que los parió. Pues echaos luego una siesta que esta noche nos vamos de concierto.

—Todo pasa por algo.

Eso no lo dice nadie del equipo. La voz viene desde la puerta.

Me giro. La inspectora Olga Saavedra está apoyada en el marco, con los brazos cruzados. Camina hacia a mí, enfundada en sus vaqueros y su camiseta blanca, ambos más ceñidos al cuerpo de lo que el calor que estamos pasando recomienda. Lleva el pelo suelto, más largo que la última vez que la vi. Gafas de sol sobre la cabeza. No sonríe. Su presencia aquí, en Homicidios, es una declaración en sí misma.

—Buenos días, inspectora.

Sonrío, pero ella tiene la amargura pintada en la cara.

El equipo se ha quedado en silencio. Toribio la saluda con la mano. Amaya se levanta y le da un abrazo rápido. Mansilla la mira con curiosidad, debe de ser la única que no la conoce.

—Todo pasa por algo —repite.

QUE EL KARMA

El karma, dice Olga mientras camina de un lado a otro de mi despacho. Tres pasos hasta la ventana, giro, tres pasos hasta la puerta. Sus Converse rechinan contra las baldosas cada vez que se da la vuelta. El despacho es pequeño: una mesa metálica con el ordenador, dos sillas para visitas, una estantería con carpetas desordenadas y tres latas de refresco olvidadas. En la pared, un calendario de hace dos años y una foto enmarcada de mis hijos en el Retiro. Parlotea sin cesar, se lamenta, se autocastiga.

—Tiene que ser el karma —repite.

—¿Qué dices, mujer?

—Ya sabes que yo no creo en nada, pero estoy empezando a pensar que tanta mala suerte no es normal… que tiene que influir algún tipo de fuerza cósmica o lo que sea.

—A ver, a ver. No sé qué otros problemas tendrás en tu vida, básicamente porque eres bastante escueta cuando hablas conmigo. Sí sé que lo de anoche no es ningún tipo de mala suerte.

—Estoy segura de que me crucé con el culpable.

—Sí vamos, entre más de cincuenta mil personas.

—Lo sé y punto, Del Olmo.

Se detiene junto a la ventana. Mira hacia el patio interior donde el calor sigue pegando como si acabase de estallar una central nuclear.

—Pues nada, esta noche te pones otra vez un buen …¿cómo se llama ahora?

—¿El qué?

—A los modelitos, a la ropa así molona…

—Outfit.

—Eso, te pones un buen outfit y te llevas las esposas debajo y en cuanto tu instinto te toque a la puerta, atrapas al culpable.

—¿Es definitivo que van a abrir puertas, no?

Giro la pantalla del ordenador hacia ella. Le invito a mirarla. Toribio ha sido el primero en leer la comunicación de la Secretaría de Estado.

—Alamillos ni se ha dignado a llamarme.

—Porque sabe que le vas a ladrar. ¿No?

—Tú dirás. Hoy irán más de setenta mil personas.

—Y tú sabes mejor que nadie que quizá ese festival sea el sitio más seguro del mundo, ¿no?

—Me da igual. No se debería celebrar. Y además, si ha tenido los santos cojones de hacer lo que hizo con tantísima gente cerca, ¿quién nos garantiza que esta noche no se repita?

Olga medita su respuesta. Se muerde el labio inferior.

—Entiendo que vais a poner vigilancia extra.

—¿Yo? De eso que se encargue el Secretario y la madre que lo trajo. A saber qué rollos se traen con la promotora.

En esos momentos entra Toribio sin llamar a la puerta.

—Lucas…

—Hay confianza, inspector. ¿Verdad, Olga?

Olga hace una mueca con la boca y mira hacia arriba en el típico gesto de «qué le vamos a hacer».

—Te acabo de mandar un correo con los datos del promotor. He hablado con su secretaria, que por lo visto es su hija, que le puedes llamar cuando quieras, que está deseando hablar contigo.

—¿Puedo oír la conversación? —pregunta Olga.

—Saavedra, ¿tú no eres de Fugitivos?

—Del Olmo, no seas así. Puedo ayudarte en el caso.

—¿Ayudarme?

Con el rabillo del ojo, me fijo en que Lucas se desliza, ágil como un ladrón, fuera del despacho. La puerta se cierra con un clic suave.

—Sí, ayudarte. Igual que te ayudé en Avilés el año pasado.

Resoplo y curvo la boca hacia arriba. La señalo con el dedo índice y lo muevo hacia arriba y hacia abajo.

—Olga Saavedra.

—Presente.

Me separo de la mesa y me dirijo hacia ella. Cuando estamos frente a frente, miro hacia arriba y sonrío.

—¿Cómo vas con la búsqueda de Aire?

—Vete a la mierda, Del Olmo.

Se da la vuelta con brusquedad. Casi tira una de las sillas de visita. Mueve los brazos, airada y con rabia.

—No, es que creo que te he dicho ya como siete veces que te vengas de nuevo con nosotros y siempre me saltas con eso; y ahora, quieres venir así, por las buenas, solo porque anoche estuviste en el festival y, supuestamente, te cruzaste con el culpable…

—No es por las buenas. No te puedes imaginar cómo me siento. En Asturias me suplicaste que fuera a ayudarte, y lo hice, aunque no quería. Ahora soy yo la que te lo pide.

Se gira hacia mí. Tiene los ojos brillantes. No sé si es rabia o algo más.

—Entonces va a ser verdad lo que has dicho.

—¿El qué?

—Lo del karma.

CUMPLA SU PAPEL

Con frecuencia me asalta la duda sobre mi capacidad para cumplir el papel que me he asignado. O que me han asginado.

Conduzco por la A-3 en dirección sur. Son poco más de las cinco de la tarde y el sol pega con fuerza sobre el asfalto. Llevo las ventanillas subidas, el aire acondicionado a tope. En el carril de al lado, un coche lleno de gente joven adelanta. Parece que llevan la música alta, risas. Puede que vayan al mismo sitio que yo.

Pocos kilómetros después, el paisaje empieza a cambiar. El asfalto cambia a campo, seco, eso sí. El aire que entra por la rejilla del aire acondicionado tiene algo diferente, una humedad que no estaba antes.

El hecho de estar un tanto confusa es una constante que me acompaña desde la infancia. Mis padres depositaron en mí expectativas elevadas; de ahí las clases de piano desde los cuatro años y su insistencia hasta que accedí a cursar estudios en el conservatorio. Al principio, la disciplina me resultó ajena, incluso ingrata. Con el tiempo, llegué a encontrarle un cierto acomodo, una costumbre. Sin embargo, ese mismo transcurrir del tiempo fue el que sedimentó en mí una aversión soterrada hacia la tiranía de los instrumentos, el canto, la composición y todo el detrito que inevitablemente arrastra una pretendida carrera musical.

La perspectiva externa suele ofrecer una visión edulcorada: actuar sobre un escenario ante miles de personas, el espejismo de los discos vendidos, la anécdota de los admiradores que se tatúan fragmentos de tus canciones.

Basura. Propaganda. Sueños rotos.

Recuerdo una espléndida tarde primaveral en la que tuvo lugar la primera actuación de la orquesta del conservatorio. El auditorio tenía techos altos con molduras doradas. Olía a madera nueva y a limpio. Yo interpretaba el piano y tenía asignado un solo de voz. Contaría entonces nueve o diez años. Aún hoy ignoro si la elección del profesorado obedeció a mis aptitudes o a la discreta pero persistente influencia de mis padres, quienes mantenían un contacto frecuente con la dirección del centro.

El caso es que, llegado el momento de mi solo, no experimenté el menor atisbo de nerviosismo. Se supone que debería haberme atenazado el miedo escénico, esa parálisis tan comentada. Pero no; mi ejecución fue impecable, tanto en la parte vocal como en la pianística. Mis padres no cesaron de aplaudir y, como recompensa, me ofrecieron un viaje a Eurodisney. Nunca entendí bien el porqué; ni las películas del ratón ni, mucho menos, las edulcoradas historias de sus princesas, figuraban entre mis preferencias.

Aquella performance me granjeó una sólida reputación entre los profesores. El efecto contrario se produjo entre mis compañeros. Se afirma a menudo que los niños pueden ser crueles. Y, ciertamente, en el microcosmos de la formación musical, esa crueldad alcanza cotas de particular refinamiento. Jamás olvidaré la jugarreta de aquella desgraciada. Me sacaba dos años. Poseía una voz notable y una técnica con el violín más que solvente. Al parecer, le causó un profundo malestar que no le hubieran concedido a ella una intervención solista. Y lo pagó conmigo.

Una tarde me invitó a ensayar en su casa. Un piso luminoso en Chamberí, con parqué que crujía bajo los pies. Me dijo que tenía un piano y que podríamos preparar un dueto y proponerle al profesor una actuación. Lo cierto es que yo no contaba con muchas amistades en el colegio; que una alumna mayor, y de un virtuosismo tan reconocido, me invitara a su domicilio con un pretexto musical, en aquel momento, captó mi interés. Maldita la hora en que acepté.

Me extrañó que estuviese sola en casa. Al fin y al cabo, no tendría más de doce años. Nada más llegar, me ofreció un colacao y unas galletas, ofrecimiento que acepté. Ella declinó tomar nada, con la excusa de seguir una dieta estricta.

Después de la merienda nos pusimos a tocar. Ella inició la pieza al violín, los primeros acordes del Claro de Luna de Debussy. La acompañé con el piano en cuanto me dio la entrada. Justo cuando iba a interrogarla sobre la elección de una obra puramente instrumental –yo había supuesto que cantaríamos–, sentí el primer retortijón agudo en el vientre.

Solicité permiso para ir al aseo y ella asintió. No reparé entonces en la sonrisa casi imperceptible que se dibujó en sus labios. Al llegar al baño, apenas tuve tiempo de bajarme los pantalones. Expulsé todo lo que habría ingerido ese día y probablemente los previos. No podía incorporarme; el dolor abdominal era terrible. Y los sudores fríos; nunca antes había experimentado nada semejante. Mi ropa quedó empapada en sudor.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí encerrada, pero recuerdo con nitidez cómo era el baño: pequeño, con azulejos blancos y una ventana alta que debía de dar a un patio de luces. También recuerdo completamente el hecho de haber llegado a la casa con luz de día y de haber salido de ella bien entrada la noche. La chica me preguntó, desde el otro lado de la puerta, si me encontraba bien. Le supliqué que avisara a mi madre, que me sentía fatal. Respondió que lo haría. Cuando rememoro ese instante, pienso en la estupidez que cometí; ella no conocía mi número de teléfono, ni dato alguno de mi familia.

El caso es que, después de un tiempo considerable, creí haber vaciado mis intestinos por completo. Cuando fui a limpiarme, advertí la ausencia de papel higiénico. La vergüenza que me embargaba me impidió llamar a la chica, así que mis ojos se abrieron con desmesura cuando contemplé el bidé, impecable, a mi lado. Procedí a utilizarlo y, al abrir el grifo, comprobé que no salía agua. Intenté con la ducha; mismo resultado. Me tuve que sentar de nuevo en el inodoro y lloré. Lloré con tal desesperación que, sumada al profundo malestar físico, la situación me dejó al borde del colapso.

Cuando me recuperé un poco, comprendí la naturaleza exacta de la jugarreta. Y en ese mismo instante, decidí que se la devolvería. Como no disponía de nada con qué limpiarme, y llevaba dos camisetas, y dado que la interior carecía de valor para mí, procedí a usarla.

Una vez concluida la operación, salí del cuarto de baño con extremo sigilo. Allí estaba ella, en el pasillo, como si me aguardara. Sonreía abiertamente. Yo había adoptado el papel de víctima y avancé con el cuerpo encorvado, mientras emitía sollozos entrecortados. Ella volvió a preguntarme qué tal estaba. Que menudo solo de trompeta y batería me había marcado. Y yo seguí con mi papel. Cuando llegué a su altura, le dije, con voz quebrada, que no tenía que haber sido tan cruel. Ella sonrió con suficiencia y replicó que, de haber querido ser cruel de verdad, habría utilizado el bote entero de laxante, y no solo la mitad.

En ese momento alcé la vista. Al descubrir aquellos dientes tan blancos, tan perfectos, no concebí mejor manera de ensuciárselos que con la camiseta mancillada que ocultaba en la mano. La extraje con un movimiento rápido y se la introduje en la boca. No me conformé con eso; la empujé con fuerza hacia el interior de su garganta. Ella no pudo gritar, ni defenderse; la sorpresa y la náusea la paralizaron por completo. Le propiné una patada seca en la rodilla y escapé de allí a la carrera.

Llegué a mi casa poco antes de desfallecer. Pero con el sentimiento del deber cumplido. Y ahora que estoy llegando al lugar de mi nuevo deber, recuerdo incluso con deleite aquella anécdota.

Al bajar del coche el aire huele distinto, como más limpio, más húmedo. Veo multitud de personas ataviadas con las camisas típicas de festival, esas horteras de tantos colores chillones.

Tomo aire y me reafirmo al pensar que mi papel en esta historia es continuar con lo que empecé la pasada noche.

EL CIELO HA DESPERTADO

El cielo ha despertado después de una siesta en la que unos nubarrones han ocultado el sol con una amenaza patente de lluvia.

—No caerá esa breba, inspector —comenta Toribio, mientras ambos miramos por la ventana de mi despacho.

La verdad es que una buena tormenta sería lo que necesitaríamos para que se cancelase el maldito evento. Aunque sospecho que ni con esas lo habrían suspendido

—Se han duplicado los efectivos de seguridad ciudadana, según me ha dicho el comisario —dice Jaime Delacroix, promotor musical, máximo responsable del festival de la discordia, que está sentado frente a mí—. Y nosotros hemos triplicado la seguridad.

—Dígame, Jaime, y permítame que le tutee. ¿En cuatro horas han encontrado a más de cien personas cualificadas —hago énfasis en esta palabra— en seguridad?

El tipo se queda callado unos segundos. Si hubiera contestado con cualquier evasiva, o respondido sin responder como hacen la mayoría de los políticos o dicho cualquier chorrada le habría creído. Esos segundos de duda son los que le dejan en evidencia.

—Nos los han mandado de la agencia de trabajo temporal. Ellos tienen una base de datos amplísima, y hemos ofrecido un buen sueldo. Es temporada alta de este tipo de eventos y hay mucho personal deseando trabajar. Vienen desde otras partes de España, no solo desde Madrid.

—Precisamente por ser temporada alta debería haber menos oferta, señor Delacroix. ¿Me está diciendo que gente que vive en

Valencia se ha venido a pagarse un hotel en Madrid…

—No sé de dónde vienen, lo mismo desde Segovia, o de Toledo, o de Guadalajara —me interrumpe—. No es la primera vez que me pasa algo parecido.

—¿Perdón? —interviene Toribio— ¿Ha ocurrido algún otro asesinato en alguno de los festivales que organiza?

—No, no es eso. Pero sí he reunido a mucha gente para trabajar en poco tiempo porque se te dan de baja a última hora o por una protesta sindical o por cualquier cosa. Es un terreno en el que me muevo bien, llevo más de veinte años organizando festivales, conciertos y todo tipo de eventos masivos. Yo sé que están preocupados, yo también lo estoy, faltaría más. Pero la seguridad va a ser máxima. También hemos contratado más cámaras y personal con la empresa de videovigilancia.

—Y ahí es donde quería yo llegar, señor Delacroix —digo— ¿Por qué dos cámaras que cubren el acceso a la zona de detrás del escenario no funcionaban?

—¿Cómo dice?

Una hora antes de que llegue el tal Delacroix a la Brigada, nos llegan las imágenes de la empresa que gestiona las cámaras de seguridad del evento. Comprobamos a toda velocidad el metraje y nos encontramos con que dos de las cámaras estaban desactivadas desde poco después del inicio de los conciertos. Con lo cual, a la hora a la estimada del asesinato, ninguna de ellas estaba operativa. Después de explicárselo, el tipo parece sinceramente sorprendido.

—No lo sabía, la verdad. No sé qué decir

—Entonces dígame qué sabe de Oliver Asensio.

—¿Quién es?

—¿No lo conoce?

—No me suena.

—Es la víctima, señor Delacroix —comenta Lucas.

Por segunda vez en menos de un minuto, el tipo se muestra sorprendido. Se diría que su rostro pierde un tono de color.

—¿Tendría que conocerlo?

—Vaya, si trabaja para usted.

—¿Perdón?

—Lo que oye, es miembro del staff técnico de sonido.

El tipo se levanta con la mano apoyada en el pecho. Ha empezado a sudar. Cabizbajo, me pide un vaso de agua. Lucas sale un momento del despacho en su busca.

—¿Quién de su equipo pudiera conocer a Oliver, señor Delacroix? —Pero Jaime Delacroix no responde, está ensimismado—. ¿Jaime?

—Sí, perdone.

Toribio regresa y le entrega el vaso de agua fresca. Jaime lo engulle de un trago.

—¿Qué hora tiene, inspector?

Me extraña que me haga esa pregunta cuando en la mano luce un Omega de esos de más de mil euros.

—Las cinco y cuarenta minutos. ¿Por qué?

—¿Puede avisar al comisario?

—¿Para qué?

—Quizá tuviera usted razón.

Toribio y yo cruzamos miradas. Marco del número del comisario. No sé si me va a dar tiempo.

TAN EXTRAÑO

Hay algo tan extraño en la autopsia de Oliver Asensio que hasta la doctora Patricia Ramos me llama para que acuda al anatómico.

El trayecto al Instituto Forense no lo hago con Lucas, ya que se debe personarse de inmediato en el recinto del festival. Él será el encargado de supervisar todas las cámaras de seguridad, incluidas las de los accesos a zonas reservadas al staff.

¿Quién me lleva?

Al volante, Saavedra, claro. Su coche huele a ambientador de vainilla. El tráfico de la M-30 está colapsado a estas horas. Da igual que sea verano, hay coches en todas direcciones y el humo de los tubos de escape parece recalentar más el ambiente. La inspectora no para de preguntar en todo el camino.

—¿Crees que Delacroix era sincero con lo de cancelar su propio festival?

—Por su reacción creo que sí. Dice que no conoce a la víctima, pero la cara que ha puesto cuando se lo he dicho, me ha dado que pensar.

—¿Supongo que vas a investigar a todo su entorno, no?

—Y a todo su equipo de trabajo. Ya están tramitadas las órdenes a su señoría para el rastreo de teléfonos móviles.

—¿Y no le pones rabo a él?

—Está en el festival, Olga, se lo pone él solito. Si hasta Alamillos va a asistir. No va el DAO de milagro.

—¿Y nosotros no vamos a ir?

—Pero ¿tú no ibas de público?

—Hoy no tenía pensado. No me gusta casi ningún grupo. La idea era volver mañana.

—Bueno, pues si quieres asistir como público no seré yo el que te lo prohiba. Como inspectora, pues no, la verdad.

—Estás pesadito.

No la contesto. Por una parte quiero que se incorpore al caso, por otra no. Sí, lo reconozco, es una especie de castigo mezquino por la espantada que me dio cuando se fue a Fugitivos después de lo de Aire.

Cuando llegamos al anatómico, Olga aparca en la zona reservada para policía. Bajamos. El edificio es de ladrillo rojo, cuatro plantas, ventanas pequeñas. Entramos por la puerta principal. El vestíbulo tiene el suelo de baldosas grises. Aire acondicionado potente. Un guardia de seguridad nos saluda con un gesto. Conoce el camino de sobra.

Bajamos al sótano y nos llega, de nuevo, ese olor mezcla de formol, mezcla de desinfectante tan característico.

Ramos nos espera sentada en su despacho. Un espacio pequeño con una mesa metálica, estanterías llenas de archivadores y manuales médicos. En la pared, diplomas enmarcados. Lee una publicación médica, que abandona sobre la mesa en el acto cuando entramos. Le presento a la inspectora Saavedra; se saludan con una cortesía tan formal como distante.

—Hay algo que me extraña mucho en este individuo.

No me muestro ansioso, creo que es del tipo de persona que prefiere hablar en lugar de escuchar. Aunque todavía la conozco poco, prefiero no atosigarla a preguntas y Saavedra, más lista que el hambre, calla con la precisión de un mudo, como diría el cantante.

Ramos se levanta. Nos indica que la sigamos. Salimos del despacho y caminamos por otro pasillo más estrecho. Al final, una ouerta de metal con un cartel: "Sala de Autopsias - Personal Autorizado".

La forense se acerca a una de las neveras donde reposa lo que queda de Oliver Asensio. La sala está a baja temperatura. Las paredes son de acero inoxidable. Hay cuatro neveras industriales contra la pared del fondo. Una mesa de autopsias en el centro, vacía

y limpia. La luz fluorescente tan pálida como los cadáveres nos da la bienvenida.

Abre y desliza la bandeja metálica y, cuando esta llega al tope, abre la cremallera de la bolsa de plástico. El sonido de la cremallera resuena en el silencio. El rostro de un muchacho que veinticuatro horas antes debió de ser muy guapo refleja ahora una extraña calma. La doctora le ha cerrado los párpados con esparadrapo; por la mañana, según me cuenta, los tenía abiertos y la impresión resultaba escalofriante.

—No hay ni un solo resto en el ano. De nada. Ni de fluidos ni de látex ni de nada.

—¿Lo penetró con un objeto? —pregunta Saavedra.

—Es lo que he llegado a pensar, pero no hay desgarros. Cuando se introduce algo por el recto con objetivo sexual, suele haber desgarros por todos lados. Los tejidos de este chico muestran la actividad sexual, pero nada fuera de lo habitual.

—No quiero ser grosero, doctora —toso—. ¿Cabe la posibilidad de que el ano del sujeto… —no me atrevo a continuar.

Saavedra tose y me complementa, como si fuéramos un dúo cómico.

—El inspector argumenta si el tipo ya lo traía dilatado de casa o algo así.

—No sé —inicia la doctora algo cortada—, por muy acostumbrado que esté, por muy dilatado, no es compatible con unos tejidos casi intactos.

Olga y yo nos miramos. Por primera vez en mucho tiempo, en un caso, percibo en su rostro la misma perplejidad que seguramente refleja el mío. Una duda compartida.

—Se me ocurre… —inicia la doctora.

—¿Sí?

—Es que es un poco truculento, inspectores —la noto ruborizada y me extraña en una mujer que parece tan segura de sí misma.

—Arránquese, doctora, estamos un tanto perdidos y muy mal de tiempo —la animo con el tono más conciliador que puedo.

—Hay extensores de pene, los usan algunos hombres que… bueno, ya saben.

Ni se me pasa por la cabeza preguntar cómo es que una forense recia como la doctora Patricia Ramos conoce de la existencia de semejantes artilugios. Y lo que hago es todo lo contrario: alabar su profesionalidad.

—Le agradezco la explicación —inicio—. No obstante, ¿cómo se puede introducir eso en un festival de música?

—Poder se puede —replica Olga—. La pregunta es ¿qué clase persona lo haría?

LE DA UN TONO ROJIZO

Ese tono rojizo del cielo tan característico de Madrid se agradece más que nunca. Sobre todo porque eso implica que el astro rey está ya por ocultarse. En estos tiempos no hay nada que se agradezca más que nuestra estrella se oculte en el horizonte y deje de castigarnos como lo ha hecho en el día de hoy. Acabo de leer en un diario digital que se han alcanzado temperaturas de cuarenta y ocho grados. Una barbaridad.

Circulamos por una avenida próxima al recinto y el tráfico se ha vuelto denso. Hay coches aparcados en doble y triple fila y grupos de gente joven que serpentean entre ellos por las aceras y por la calzada irradiante con mochilas, botellas de agua. Algunos llevan ya las camisetas esas de flores de colorines. Se oyen bocinas y risas y se huelen las ganas de pasarlo bien.

—¿Qué vas a hacer cuando me dejes en el recinto? —pregunto.

—Aparcar y entrar al festival con mi pulsera.

Me enseña una pulsera de color naranza y azul con un cuadradito de plástico con el logo del festival.

—¿Y si necesitan el K en la Brigada?

Olga frena con brusquedad y se arrima al arcén derecho. Un taxi toca el claxon al pasar. Conecta los intermitentes, echa el freno de mano con un ruido que parece buscar la provocación y se gira en el asiento para fijar sus ojos grises, intensos, en los míos.

—Inspector Del Olmo. Si alguien necesita el camuflado en el que transporto tus huevazos, que te llame a ti y venga a por él. Que tú estás de servicio y, que yo sepa, lo necesitas para moverte. Yo no lo estoy y te estoy haciendo el favor.

Levanto las manos pidiendo calma.

—Vamos a suponer que, digamos, te dejo curiosear.

—¿Curiosear? —dice, indignada.

—No puedo meterte en el caso así como así, habría que hacer unas gestiones que ahora mismo no podemos.

—Inspector, tienes un arma para poder colarme en el caso sin mucha tontería burocrática.

—¿Cuál?

—Que, según me has contado, el propio promotor no está contento con que se estén celebrando los conciertos en el día de hoy —mi cara de extrañeza propicia que se siga explicando—. Sí, Alamillos no te va a poner pegas cuando le restriegues que tú tenías razón.

Resoplo. Le aguanto la mirada. Ella también.

Sonrío. Ella también, una curva mínima en sus finos labios.

—Pon el luminoso y vamos a entrar ya que deberíamos estar allí hace dos horas.

Me hace caso. La sirena se enciende con su gemido característico. El coche acelera. La gente en las aceras se gira a mirarnos. Algunos apartan para dejarnos pasar.

A medida que nos acercamos al recinto, la aglomeración aumenta. Colas en los accesos. Gente con cervezas en la mano esperando. Desde dentro nos llega el sonido de los primeros conciertos de la jornada.

Gracias a la sirena, llegamos al recinto en cinco minutos. Los compis de Seguridad Ciudadana nos hacen un pasillo para acceder a la parte posterior del recinto.

Olga aparca junto a varios furgones de policía. Apaga el motor.

Justo cuando me dispongo a bajar del coche, una llamada del Comisario Alamillos no augura nada bueno.

A LAVAPIÉS

Mis oídos no van a poder disfrutar de la música esta noche.

La llamada ha sido del comisario y su «melodiosa» voz es lo único que oigo.

—¿Dónde coño andas, Del Olmo?

—Llegando al festival, ¿qué pasa?

—Luis lleva llamándote quince minutos.

Reviso mi lista de llamadas y no encuentro nada de Listín, ni en los mensajes tampoco.

—Será la cobertura aquí, no tengo ni idea. Podía haber usado las transmisiones de radio.

—Pues también es verdad. A mí me ha llegado una comunicación suya por mensajería interna. Le he llamado y al parecer hay un sospechoso.

Olga lo está escuchando y sus ojos parecen los de una escena de dibujos animados cuando uno de los personajes está a punto de estamparse contra algo.

—¿Está usted con Toribio?

—Sí, ¿por qué?

—Pásamelo

Se produce un silencio.

—¿Dónde andas, Del?

—En el recinto, ¿cómo lo llevas?

—De momento tranquilo ¿Cómo lo vamos a gestionar?

—¿El qué?

—El sospechoso estuvo ayer por aquí, pero Listín dice que su teléfono hoy está geolocalizado en su casa.

—¿Pero ya le ha dado tiempo a tramitar la orden con Torres?

—¿Todavía no eres consciente de la dimensión del caso, o qué? Te estás haciendo viejo, jefe.

—No me toques los huevos y déjame pensar.

Me paso la mano por la cabeza unos segundos. La mirada inquisitiva de Saavedra me atosiga. No puedo discurrir con la claridad necesaria. Así que hago lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Olga, te quedas con Toribio. Al loro de todo lo que ocurre en las cámaras. Me llamas a la mínima.

—¿Con quién te vas?

—Solís y Pleite que tienen que estar al llegar.

—Me gustaría ir contigo.

—Voy a pedir apoyo de la UIP. No puedes venir a interrogar a un sospechoso, lo sabes —Me mira y calla—. No te separes de Lucas en ningún momento, te lo pido por favor.

Ella mueve la cabeza y sale del camuflado. Bajo la ventanilla y nos volvemos a mirar.

—Ten cuidado en Lavapiés, anda —dice y se marcha a paso ligero.

Me quedo observando su estilizada figura mientras marco el teléfono del inspector jefe de la UIP. Después de solicitar el apoyo de una unidad, me pregunto por qué coño no exijo a Saavedra que deje Fugitivos y vuelva a casa, es decir, a Homicidios.

A los pocos minutos llegan Solís y Pleite, con los que me había citado a la entrada del parking.

Al volante se pone la oficial y el subinspector a su lado. Nos largamos haciendo ruedas de aquel polvoriento parking del festival con una desazón que me acompañará todo el trayecto.

La oficial Solís conduce como si estuviera en un rally. Se está acercando a las dotes automovilísticas de Olga, por lo que no permite un momento de relax. Traza las curvas de forma más forzada que la inspectora, pero a mayor velocidad. Pleite saca el luminoso para evitar las multas y la A42 no va demasiado congestionada, pero ya dentro de la zona centro la cosa se complica. Un viernes tarde de mitad de julio.El paseo de Santa María de la Cabeza está atascado con tráfico de fin de semana. El distintivo

policial nos ayuda a colarnos y poco antes de llegar a la plaza de Lavapiés le pido al subinspector que retire la sirena para evitar malos rollos con los vecinos del barrio.

Aparcamos en la plaza de carga y descarga de un supermercado. Lavapiés a estas horas está lleno de gente en las terrazas. Hay música saliendo de los bares y el calor todavía es pegajoso.

—Todavía no ha llegado la UIP. ¿Qué hacemos?

—Si quieres subimos a preguntar…

Les miro y escruto sus microgestos faciales.

—¿No preferís esperar?

—Es solo un individuo, jefe, y no creo que tenga armas de fuego —replica Amaya.

—Id con cuidado, eh.

—¿Te quedas solo, jefe? —pregunta Solís.

—Tranquila, voy a intentar comunicarme con Toribio a ver qué se cuenta.

La casa en cuestión está a cien metros por una de las calles que sale de la Plaza de Lavapiés. Confío en mis dos policías como un niño lo hace en su madre, y como tengo la mente en otro sitio, en cuanto cierran la puerta del coche llamo a la inspectora.

No da tono, y eso me pone de los nervios.

—Putos festivales…

Recibo un mensaje de Pleite que dice que nadie contesta en la casa del investigado. Quizá nos hayamos precipitado en venir a interrogarlo en lugar de seguir sus movimientos durante un tiempo. No sé si es el maldito calor o el agobio que siento por el festival o qué me está pasando.

Saco un poco la cabeza por la ventana, porque el sol ha virado y se cuela por el parabrisas, y a pesar de que esté bajo, calienta más el coche. Llamo a Olga de nuevo y sigue sin dar tono. Saco la cabeza por la ventanilla y no sé si es peor, porque no corre ni una chispa de aire.

Y es entonces cuando la veo. Compruebo su ficha policial en el teléfono y tiene que ser ella. Morena, musculada y con una bolsa del supermercado. Acaba de salir del mismo y se dirige hacia la calle en la que supuestamente vive. Llamo por teléfono a Solís que no me lo

coge. Repito con Pleite y tampoco. En ese momento aparece una lechera de la UIP que se detiene en el mismo centro de la Plaza de Lavapiés.

La sospechosa se detiene en seco. Como si percibiera el peligro. Quizá años de malvivir al otro lado de la ley le han granjeado ese sentido extra que parecen desarrollar muchos delincuentes. Se da la vuelta y camina ligera pero sin correr hacia donde me encuentro. Abro la puerta del coche.

—Disculpe, ¿sabe dónde está la calle Zurita?

—Sí, esa de ahí —señala con el dedo—es mi calle.

Lo dice sin detenerse.

—Espere un momento…

—Tengo prisa

—Si vive allí a dónde va con tanta prisa…

Se da la vuelta y se encoge de hombros. Vuelvo a llamar a Solís y me lo coge.

—Venid cagando hostias al coche que la sospechosa está aquí.

—Estamos llegando, jefe, los de la UIP han llegado.

—Ya lo sé, ya.

Procuro seguir con la vista a la sospechosa y bajo del coche. La sigo lo más rápido que puedo, mirando hacia atrás mientras mis policías llegan.

—Ha doblado por esa calle. Daos prisa la madre que os parió.

Pleite y Solís se llevan la mano a la axila y se ponen a correr. Yo voy mucho más lento que ellos y cuando consigo doblar la esquina, avanzo unos metros y lo veo. La sospechosa blande en la mano una silla que no sé de dónde carajo la habrá sacado, y amenaza a mis policías. Pleite tiene la cacharra en la mano pero no apunta. Solís, con los dos brazos en alto, trata de poner calma. Varios curiosos se han parado y alguno graban con el móvil. Otros increpan al subinspector.

—Señorita… Laínez. ¿Verdad? —pregunto nada más llegar.

—¿Cómo coño sabes mi nombre?

—Digamos que me lo han chivado. Solo queremos hacerte unas preguntas, pero como no sueltes la silla y se te ocurra agredir a

alguien vas a acabar con tus huesos en comisaría esta noche, y te recuerdo que hay festi…

La cara de la chica se descompone.

—¿De qué estás hablando, gilipollas? —replica.

—Mira, tengo a seis maderos armados hasta los ojos a cien metros de aquí, los que has visto en la lechera que te ha hecho darte la vuelta —le muestro mi teléfono—. O bajas la puta silla y te vienes con nosotros a nuestro coche, o vienen y revientan.

La chica duda, si acaso por primera vez en su amenaza. Poco a poco baja la silla y una vez en el suelo se sienta en ella, cruza las piernas y apoya sus codos sobre ellas y la cabeza sobre sus manos.

—¿Tanto despliegue por un poco de eme?

Me acerco hasta ella y examino su rostro. Es mayor, y la mezcla de las innumerables cirugías y las marcas de la edad le han quitado el atractivo que, posiblemente, tuviera en sus primeros días del cambio de hombre a mujer.

—No, cariño, a nosotros nos da igual que trapichees con eme, perico o incluso con fentanilo. A mí lo que me importa son tus antecedentes por usar eso que tienes entre las piernas sin permiso.

La chica hizo una mueca de esas que dejan claro que la cosa no pinta bien.

DEJA QUE LEA TU MANO

Una vez me leyeron la mano en una feria de esoterismo. La supuesta vidente me dijo que tenía la línea de la vida muy larga, pero que en el amor lo veía más complicado. Como estas cosas no hay que tomárselas muy en serio, pensé que lo mismo se había equivocado e invertido las líneas: viviría poco, pero tendría mucho amor. Al menos amor carnal. De eso nunca me ha faltado, la verdad. Hombres y mujeres, mujeres y hombres indistintamente han pasado por mi boca y por mi entrepierna. Y aunque yo solo me he enamorado una vez, de mí lo han hecho decenas de veces. Y esto no es vanidad, es lo que cartas, mensajes, regalos y hasta una pedida de matrimonio atestiguan.

Estoy en el suelo de la habitación, con la espalda apoyada contra la cama. La guitarra descansa sobre mis piernas cruzadas. La luz de la tarde entra por la ventana y calienta las baldosas. El aire acondicionado zumba en la pared, pero apenas consigue refrescar el ambiente. Llevo dos horas aquí, tocando.

Pero dejando esto de lado, aunque en parte con cierta relación, voy a seguir hablando de mis manos. Me duelen de tanto tocar la guitarra.

Cada vez me supone mayor esfuerzo darle a las cuerdas. Pero para componer la canción que estoy terminando, he de hacerlo. No sé componer sin música de fondo. Hay autores que primero crean la letra, y después la música. A mí me es imposible hacerlo de esta forma. Y por ello cada día me cansa más la música.

Lo que no me cansa es recordar las sensaciones de anoche. Quizá deba encauzar mi carrera por ese lado. Lo malo es que no te pagan

por matar a gente. Bueno sí, los sicarios. Pero esos matan solo por obligación, porque no les queda otra para sobrevivir. Yo lo haría por placer. Lo estoy haciendo por puro placer.

Solo me falta un pequeño gran detalle: la banda sonora.

Sobre la mesilla, al lado de la cama, hay un cuaderno abierto con páginas llenas de versos tachados y correcciones por todas partes.

No termino de componer la maldita canción con la que me puse desde que se me pasó esta idea por la cabeza. La he escrito y borrado decenas de veces. La melodía sí, eso no me resulta fácil. Las letras es otra historia. Quizá deba empezar por un detalle de la víctima. Algo de su físico o de su personalidad.

Dulce por fuera, oscuro de espaldas
Late en la niebla, un mundo de trampas.

El tal Oliver era un tipo simpático, dulce, cuando se metió en el autobús cambió, viró a una bestia sedienta de sexo. Sospecho que después de ser el que recibía, le hubiera gustado pasar a ser el que daba. Y yo no estoy por la labor. Ya pasó ese tiempo hace años. Esos dos versos es lo único que se me ha ocurrido en todo el día. Y no son muy allá.

Voy a seguir destrozando mis pulpejos hasta que todo cuadre un poco más. Hasta que caiga la noche y quizá me inspire, tanto para escribir, como para repetir.

ES OTRA VEZ

Otra vez delante de un sospechoso. Sospechosa en esta ocasión.

—Sandra Laínez.

—Me llamo.

Dentro del camuflado hace un calor asfixiante a pesar de que hemos dejado las puertas abiertas. Sandra está en el asiento de atrás, entre Solís y yo. Pleite se ha quedado fuera, apoyado en el capó. Dos agentes de la UIP custodian el coche a unos metros de distancia. Desde aquí se escucha el murmullo de la gente que pasa por la plaza.

Interrogo a la sospechosa.

—Un añito a la sombra por dos agresiones sexuales. Otros seis meses por tráfico de sustancias. Y otros dos meses por robo a mano armada.

—Todo hace más de diez años.

—¿Qué hiciste anoche, Sandra?

—Ir a un concierto. ¿Puedo?

—¿Y qué grupos viste?

La sospechosa hace una lista de los grupos que presenció. También nos enseña su teléfono móvil con fotos del concierto.

—Dime, ¿y por qué has huido cuando has visto a los de la UIP?

—Ya lo sabe.

—Quiero que me lo repitas.

—Porque trapicheo con eme. ¿Me va a arrestar o me puedo ir a mi casa?

La voz de Sandra suena triste y aburrida, como si ya se supiera esta situación de memoria. Tiene los hombros caídos y mira por la

ventanilla hacia la plaza.

—Necesitamos hacerte unas pruebas forenses, nos tienes que acompañar a comisaría.

—¿Qué pruebas?

—¿Tuviste relaciones sexuales anoche?

—No.

—¿Segura?

—Y tanto.

Lo dice de una forma tan sincera que es difícil que mienta. A pesar de ello, y debido a sus antecedentes —y a que no tenemos nada mejor por el momento—, tengo que arrestarla y pedir que la trasladen a Canillas para que el equipo de criminalística la examine.

Le hago un gesto a uno de los agentes de la UIP. Se acerca al coche. Sandra baja sin oponer resistencia.

Cuando se marcha, Solís me mira con desaprobación.

—Jefe, nadie se cree que esta chica haya hecho algo así.

—Amaya, querida, pareces nueva.

—¿Por qué?

—Lo primero por protocolo. Hay que descartarlo. Lo segundo porque no será la primera ni la última que parece inocente y luego resulta ser culpable. Te vas a venir a todos los interrogatorios que puedas, porque te falta cole en ese sentido. A Solís no le sienta bien el reproche. Se gira hacia la ventanilla sin decir nada. Pleite, que ha vuelto a acercarse al coche, cabecea como riñéndome.

Los ignoro porque no es momento de escuchar las quejas de los subordinados.

Llamo a Olga y no me da tono. Miro a Julio.

—Te vas con la detenida y la custodias hasta que llegue a manos de Manso. Y le pides el primer informe inicial lo antes posible. Si no me da cobertura, me contactas por transmisiones al camuflado.

—¿Y Amaya?

—Alguien me tendrá que llevar al festival de vuelta, ¿no?

LA HIPPIE

La gente va vestida de una forma que a mí me recuerda mucho a mi época de hippie. No es que yo viviera los sesenta, pero en los ochenta hubo algo parecido. Otros tiempos, otra estética, pero las mismas ganas de llamar la atención y de sentirse diferentes: camisas multicolores, purpurina a mansalva, gafas de todos los tamaños, formas y tonos, etc.

El recinto está iluminado con focos de colores que barren la multitud. El sonido del bajo retumba en el pecho. Hace calor todavía, a pesar de que ya es de noche.

Mi presencia no pasa desapercibida y casi todos me ceden el paso. Por fin llego a la zona de la barra en la que habría de estar Olga Saavedra, según la información que Toribio me ha dado.

La barra está llena de unos camareros que parecen la fábrica de una cadena de montaje: no paran de tirar cañas y servir copas sin tiempo para el descanso. Hay gente amontonada pidiendo bebidas. Detrás, una zona más despejada donde algunos descansan sentados en el suelo. Y es ahí po donde me voy deslizando.

La música está bastante alta y no me suena el grupo que está tocando, aunque he de reconocer que tienen buen ritmo. También reconozo que a mí me sacan de Depeche Mode, Pet Shop Boys, U2 y poco más, y me pierdo mucho en esta amalgama de sonidos musicales que parece epidemia en los últimos años.

A pesar de que son casi las diez de la noche y se supone que es uno de los grupos estrella, no hay demasiada gente. También es cierto que el control de la entrada está siendo exhaustivo y, según me han comunicado, hay unas colas kilométricas.

Me pido una cerveza sin alcohol y cuando la chica me pide que la abone antes le saco la tarjeta y me mira con cara de pocos humos señalándose su muñeca derecha adornada por una pulserita multicolor con un rectángulo de plástico en el centro. Mi cara debe de decirle que no entiendo y ella se me acerca para indicarme que necesito pulsera para pagar; le digo que no tengo pulsera y me pregunta si me he colado. Me mira de arriba abajo y se da cuenta de que no me he podido colar. Se va y me dice que consiga una pulsera o alguien que me pueda invitar.

A mi lado hay una chica de no más de veinte años que ha presenciado la jugada. Viste una falda que parece lavada con agua caliente y un top que parece la parte de arriba de un bikini. No cabe duda de que llama la atención a pesar de su dentadura desalineada y sus ojeras. Llama a la camarera y le pide una cerveza para ella y otra para mí.

Me mira y me sonríe.

La chica pone la pulsera en una especie de datáfono que lleva la camarera y cuando da por bueno el pago se marcha a por la bebida.

—Eh.. ¿Cuánto te ha costado? Me llevo la mano a la cartera para entregarle un billete.

—Eres el puto amo por colarte. No te preocupes que yo te invito.

—No me he colado.

La chica se acerca y me entrega un vaso de plástico con la cerveza. Hago un gesto de asentimiento para agradecérselo. Ella me sonríe.

—¿Te veo luego?

—No sé —digo encogiéndome de hombros.

La muchacha se pierde entre la multitud dando botes al ritmo de la música. Solo espero que no acabe en manos de la persona que estamos buscando.

Me muevo un poco y me coloco en un lugar en el que obtengo una vista parcial del escenario. Las luces cambian de color con cada canción. Azul, rojo, verde. El público levanta los brazos.Los tipos que tocan son la típica banda británica o yanqui compuesta por el batería, el bajo, el guitarra y el solista. No me entero muy bien de las canciones, pero me doy cuenta de que saben manejarse en

directo como tiburones en el mar. Al público lo tienen entregadísimo, y yo no paro de mirar en todas direcciones sin saber muy bien qué buscar.

Intento comunicarme con Toribio por el walkie de largo alcance con el que nos hemos hecho para saltarnos la barrera de la falta de cobertura. Lo hago con el mayor disimulo posible, con el aparato dentro de la riñonera en la que lo he metido al festival.

Me confirma que todo está en orden excepto los accesos al festival, donde los controles siguen reteniendo a cientos de jóvenes y se ha producido algún que otro altercado. Tiene controladas todas las cámaras y la parte del backstage de los distintos escenarios, así como las zonas menos transitadas están bajo control por diversos agentes de seguridad ciudadana y también algunos compañeros de paisano de otros departamentos.

Suspiro y doy por finalizada la conversación. Me doy cuenta de que es muy improbable que el criminal vuelva a actuar allí esta misma noche. Entre otras cosas porque este tipo de asesinos suelen dejar un tiempo prudencial, más o menos largo, entre uno y otro crimen.

Es entonces cuando la veo, a unos veinte metros. Contoneándose entre la multitud junto a la zona lateral del escenario.

Con una actitud más que sospechosa.

Sospechosa de estar pidiendo guerra. O al menos simulándolo.

Se gira y me encuentro con sus ojos. Ella sonríe.

La inspectora Saavedra se mueve al ritmo de la música muy pegada a un extraño. Ríe, o hace que ríe. Se acerca a la oreja del tipo, le cuenta algo. El tipo sonríe y la abraza. Ella se deja abrazar. La canción se detiene y él hace un gesto con la mano. Que si quiere tomar algo. Ella le muestra el vaso. Que no. Él sonríe y hace otro gesto que no entiendo bien. Y es entonces cuando caigo en que estamos pendientes de los resultados toxicológicos de la autopsia, para saber si la víctima presenta restos de droga en su organismo. Olga niega con la cabeza. El tipo insiste, se pone pesado. Se nota en su lenguaje corporal la insistencia. Olga se detiene en seco y se separa. El tipo le agarra del brazo. Ella se suelta.

Decido que me voy a acercar hasta ellos. La gente me deja pasar. Doy las gracias y pido permiso. Advierto que Saavedra está a punto de atizarle al maromo y justo en ese momento la llamo a gritos. Se gira hacia a mí. Sonríe. El tipo la vuelve a agarrar del brazo para que lo mire. Y entonces ella se marcha de su lado y se encuentra conmigo. Me da un abrazo y pega su cara a la mía.

Y en ese momento, con el ruido del festival alrededor y el olor de su pelo tan cerca, no sé si es un sueño o está ocurriendo de verdad. Pero, por primera vez en el tiempo que llevo conociendo a Olga Saavedra me invade un deseo sexual.

Deseo que se evapora cuando escucho la voz del tipo al lado. Olga se gira y le propina una patada en la espinilla que le dobla. Le agarra del cuello y me lo pone a la altura de mi cara.

—Hola, muchacho. Soy el inspector Del Olmo. ¿Nos acompañas a hacerte unas preguntitas?

El tipo no entiende nada. Olga se dispone a esposarlo. Y es en ese momento cuando me suena de nuevo el walkie.

—¿Qué quieres, Toribio?

—Jefe. Lo ha vuelto a hacer.

—¿En serio? ¿Pero cómo? Joder, si está todo blindado.

—No, no. No ha sido aquí.

—¿Entonces?

—En otro festival, en la costa mediterránea.

Me fijo en la cara del tipo que Olga sigue atenazando por el cuello. Le sonrío. Me dan hasta ganas de darle un beso. Si no fuera porque tenemos otro fiambre a no sé cuántos kilómetros de allí.

QUE ME MIRA RARO

Me mira raro. Su expresión ocular es una nueva experiencia. Se le agota el oxígeno y sus ojos se voltean —otra vez.

Esta vez no he usado el cinturón, sino su corbata. ¿A quién coño se le ocurre venir de corbata a un festival de verano con el calor que hace? Creo que por eso lo elegí. Por ir de sobrado. Me recordó a la canción de Estopa en la que un fiera entra invitando a la peña a cañas.

Le he conocido en la zona VIP del festival. Un espacio elevado con vallas que lo separan del resto del recinto. Suelo de tarima, sofás de mimbre, macetas con plantas falsas. Ese lugar en el que si pagas más pasta tienes derecho a una cerveza menos caliente que en las otras barras y con los baños con un poco menos de olor a pis.

Me puse en el borde del balcón que otorga una vista supuestamente privilegiada del escenario principal. Los grupos que actúan no me llaman demasiado la atención, por eso me interesé más por las personas que me rodeaban. Lo vi desde arriba. Él me vio y me sonrió y me levantó el vaso de cerveza en señal de saludo. Le correspondí y a punto estuve de tirarle la cerveza encima de su calva. Me señaló su pulsera y me señaló con la mano, después me hizo otro gesto con la palma hacia arriba como si parase un taxi. Supongo que para pedirme tiempo. Tiempo era todo lo que tenía porque me estaba aburriendo como una ostra. Así que el tipo llegó en menos de cinco minutos. Me saludó y chocó el vaso de cerveza.

Como me aburría y el tipo me daba un poco de repelús, decidí ir por la vía rápida.

—Acompáñame a un sitio.

Me siguió como un corderito. Sorteé como otras veces los controles de seguridad y llegamos a una zona apartada, en la que había una cabina de baño portátil. La zona estaba oscura, solo iluminada por una farola lejana. Se escuchaba la música del festival amortiguada.

Le dij que si quería un poco de eme, que entrase conmigo al baño. Al tipo se le iluminaron los ojos como dos farolas.

Dentro el espacio era mínimo. Hacía un calor infernal y olía a químico y a mierda. La puerta apenas cerraba bien.

Saqué la bolsita, chupé y le di a chupar de mi dedo. Se volvió loco y comenzó a besarme. Me dejé hacer por puro aburrimiento y le toqué sus partes por lo mismo. Quería mandar, pero le dejé claro con el primer bofetón que se equivocaba conmigo si tenía esa intención. Le di otra chupadita de eme y cambió su actitud. Entonces fue cuando le di la vuelta, le bajé los pantalones y comencé a penetrarlo sin miramientos. Los que van de machitos y prepotentes suelen ser los que más vicio tienen cuando están a oscuras y en privado.

Y entonces fue cuando se quiso quitar la corbata y visualicé lo que ahora está sucediendo. Fingí ayudarle a quitársela y aproveché la coyuntura para enroscársela alrededor del cuello y tirar.

Él intentó zafarse pero le di un azote en el culo y le dije que se tranquilizara. Y lo hizo porque seguí penetrándolo con furia. Y cuando estaba a punto de correrse, repetí la acción.

Y ahora lo tengo aquí delante de mí con los ojos vueltos como una dorada a la sal en su punto y soy yo quien está sintiendo una oleada de placer. No es un orgasmo, pero se le parece. Me gustaría poder explicar esta sensación, es casi poética.

Por fin deja de patalear y de emitir esos gritos tan extraños y desagradables. Los he soportado porque son necesarios para que deje de respirar. Hay que hacer ciertos sacrificios de vez en cuando si se quiere obtener lo que se desea.

A este apenas lo he tocado, pero no llevo guantes así que le voy a pasar una toallita por todos lados por si acaso. Nunca se sabe lo que la policía puede encontrar, que yo veía mucho el CSI y aunque la mayoría de las cosas son mentira, hay otras que sí son reales y te

pueden encontrar por una tontería como un trozo de tela de mi ropa o un trozo de mi piel.

Lo limpio lo mejor que puedo y me largo de este asqueroso cubículo y le tiro un beso de despedida al tipo.

Salgo a la noche. El aire fresco me golpea la cara. No hay nadie cerca, la zona sigue vacía. Sonrío y me escabullo entre las sombras.

Llego a uno de los escenarios. Las luces cambian de rojo a azul. La gente salta al unísono. No conozco al grupo, pero tienen buena energía. Su estilo es una mezcla de rock con electrónica. Me pongo a bailar, los acordes me hipnotizan. La sensación placentera perdura en mi organismo y tengo los sentidos muy activados.

Lo noto. Noto como se me llena el cerebro de imágenes y de palabras. Es la hora.

Es la hora de volver a componer.

SIEMPRE ME DICE

Del Olmo siempre me dice que no me tenía que haber marchado de homicidios.

En parte tiene razón. Por otro lado, me gusta mi trabajo en Fugitivos. He detenido a algunas personas que representan la mayor de las escorias de la sociedad: no solo asesinos, también pederastas o narcotraficantes. En Homicidios pasamos muchas horas delante de un ordenador, en Fugitivos tenemos más trabajo de calle. Tronchas, persecuciones, entrevistas a vecinos… Muchas veces es casi como en las películas. Otras no.

Cuando me miro al espejo me digo que es por eso por lo que estoy aquí: para detener a hijos de puta que nadie más ha podido atrapar. Pero la verdad es muy distinta. Yo solo quiero detener a Aire. Y cuando lo haga, retornaré a Homicidios. Porque estoy convencida de que lo voy a hacer. Aunque me lleve la vida, la detendré. Si no se mata antes, claro. Y si esto pasa encontraré su cadáver.

Mientras tanto, y ahora que apenas tengo dos casos abiertos en ENFAST, quiero ayudar a mis antiguos compañeros. Y también lo hago por mí, porque estuve bebiendo y disfrutando como una adolescente mientras a escasos metros alguien acababa con la vida de otra persona.

Insausti se ha enterado de que fui a hablar con Del Olmo y se trató de acoplar. Pero no le he dejado. Sé que se va a enfadar cuando sepa que he venido al festival con el inspector. Y a mí me falta poco para ponerme seria con él y dejarle las cosas bien claras. Debo dejar atrás mi sentimiento de culpa por su percance en la

detención del pederasta belga. Ya está recuperado, al menos físicamente, aunque sospecho del coco todavía le queda un tanto. El caso es que voy a charlar con él para dejar de vernos una temporada y limitar el contacto solo a lo profesional.

Hace veinticuatro horas que estuve aquí con él, bebiendo y saltando al compás de la música. Dejándome querer por sus abrazos y sus caricias. ¿Le estoy culpando por no haberme dado cuenta de lo que sucedía?

No.

Al menos eso creo, porque realmente es imposible que yo hubiera detectado al agresor entre tantos miles de personas. No obstante esto no quita que me sienta culpable. Y por eso, quizá, me quiera unir a la investigación. Así que me he puesto uno de mis mejores outfits para un festival, me he traído a Del Olmo, y cuando se ha largado y me ha dejado con Lucas, me he largado yo también a husmear. Si algo he aprendido en Fugitivos en estos dos años es que hay que mirar muy bien y fijarse en detalles que para otros pasan desapercibidos. En Homicidios es distinto, hay que fijarse mucho en los detalles de los fallecidos, de los asesinados, en mi actual departamento hay que estar pendiente de los prófugos de la justicia y en muchas ocasiones un detalle tan pequeño como que se encienda una luz en una casa y se observe una silueta, o que un niño pequeño salga a comprar el pan y tabaco en horas en las que debería estar en el colegio, marcan la diferencia entre localizar a un fugitivo o perder su rastro para siempre.

En este mal llamado juego del gato y el ratón que se mantiene entre el investigador de homicidios y el responsable de los crímenes, también permite un espacio para esta observación. Me he pateado todas las zonas de detrás de los escenarios. Cables por el suelo, cajas de material apiladas, gente del staff fumando en corrillos. El autobús donde apareció el cadáver de Oliver Asensio está acordonado y vigilado por compañeros de Seguridad Ciudadana.

Hay baños químicos que usan los trabajadores del festival, ubicados en lugares con poca iluminación y un tanto retirados, sin vigilancia alguna. El calor aquí detrás es casi peor que en el recinto, sin aire, sin movimiento. Es entonces cuando lo diviso: uno de esos

baños está especialmente oculto, detrás de unos totems de publicidad. Un lugar ideal para esnifar, tener sexo o liquidar a alguien. Y lo que más me molesta es que no está vigilado. Y, además, no llevo encima el hierro.

Me acerco con sigilo y cuando estoy a punto de llegar sale un tipo con una camiseta oscura. Al verme sale disparado a pesar de que le doy el alto y se pierde detrás de unos árboles.

Dudo, y esa duda es lo que puede determinar el éxito o el fracaso de una detención. Antes que la detención está el deber de socorro.

Abro la puerta del wc y me encuentro una chica subiéndose las bragas.

—¡Ey, que está ocupado!

—¿Todo bien?

—Cierra, haz el favor.

La chica tira la puerta y cierra de golpe.

—¿Está todo bien? —repito detrás de la puerta.

Tarda un poco en responder. Toco con los nudillos. Saco la placa para tenerla preparada. Ella sale y al verla se lleva las manos a la boca.

—Perdón, no hemos hecho nada…

—No estoy aquí como policía de la censura ni soy de estupefacientes. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

—Estoy bien, ha sido un apretón… ya me entiendes.

La escruto de arriba abajo.

—¿Tienes autorización para estar aquí?

—Tengo un pase VIP. El chaval es del festi. Me ha dicho que no había problemas.

—¿Ha ido todo normal? ¿No ha sido violento?

Ella suelta una carcajada.

—Perdona, pero qué va, todo lo contrario.

Sonríe y se tapa la boca. Le tomo los datos, por si acaso y le acompaño a la zona de los conciertos. Me identifico para que no me pongan problemas y la chica se despide con un gracias.

Después de este incidente accedo al foso de periodistas y fotógrafos gracias a mi identificación policial. La multitud es densa aquí delante. El escenario está a pocos metros. Las luces cambian de

color y me ciegan por momentos. El sonido es tan potente que lo siento en el pecho.

Escruto los rostros, casi todos están pendientes del concierto. Algunos del móvil. Otros charlan entre ellos. Algunos labios se besan. Otros lo intentan. Hay buen ambiente. Mucha gente sin estar demasiado lleno.

Me salgo del foso y meto al barullo, como se suele decir, al centro de la pista. Como voy yo sola me es relativamente fácil serpentear entre el personal. Me fijo de nuevo en más rostros, casi todos de felicidad. Una chica besa a otra chica. Un chico besa a otro chico. Un grupo de amigos se abrazan y saltan al ritmo de las guitarras. Los artistas cantan y sudan en medio de esta terrible ola de calor. El sudor me corre por la espalda. Me está empezando a afectar a mí también.

Me vuelvo a mover en dirección a las barras, necesito beber algo.

Entonces lo veo, apostado contra un lateral del escenario. Con una cerveza en la mano y el radioteléfono en la otra. Está guapo, para su edad y sus problemas, la verdad es que es un tío atractivo.

Y justo a mi lado, veo a otro tipo más que sospechoso que me mira con una sonrisa.

NO VAS BIEN

No va bien.

Esta investigación está dando tumbos sin saber dónde dirigirse.

Sí, ha habido otra víctima, pero no en este festival. Sino a quinientos kilómetros de aquí. En Gandía.

Mismo modus operandi. Mismo tipo de víctima. Mismo asesino.

—¿Cuándo nos vamos para Valencia?

Saavedra me ha acompañado en todo momento desde que Toribio me diera la mala noticia. Estamos en el centro de videovigilancia que montamos en el festival. Una sala pequeña con monitores apilados en las paredes mostrando diferentes ángulos del recinto. Cables por el suelo. Dos técnicos con auriculares delante de los ordenadores. El comisario también está revoloteando por aquí, sumido en una maraña de llamadas telefónicas, sudor y aspavientos.

—¿No vas a parar hasta que te admita en el caso, verdad?

—No.

—¿Y a este de aquí atrás qué le decimos?

—Por cómo resopla, no creo que le ponga pegas a una mano extra.

—¿Y en Enfast cómo se lo van a tomar?

—Todo controlado.

—¿Insausti?

—También controlado.

No me convence tanta seguridad por parte de la inspectora, porque más que seguridad quiere aparentar una especie de control del que no goza. Pero tal y como acababa de decir, una mano extra

en este infierno de caso no va a venir mal. Y mucho menos la mano de la inspectora Saavedra.

En efecto, Alamillos no pone ninguna pega, máxime cuando Olga le asegura que en Fugitivos está todo hablado y pactado.

Mando a todos a casa, pero me quedo para esperar a Jaime Delacroix junto al comisario. El promotor llega con cara de pesadumbre, como si en lugar de estar en su festival estuviésemos en su mismo entierro. La música resuena a pesar de estar en una cabina y la oscuridad y las luces nos sumergen en una especie de trance por el que tenemos que pasar.

—Señor Delacroix, ha habido otra víctima.

—No me lo creo, ¿dónde? ¿Quién?

El tipo parece genuinamente desconcertado. No es para menos que en dos días hayan liquidado a dos seres humanos en dos festivales.

—Ha sido en Gandía. En otro festival… —inicia Alamillos.

—No me lo puedo creer, pero ese festival también está gestionado por…

—Sí, por su empresa. Señor Delacroix —intervengo.

—Entonces… tiene que ser algo contra mí…

—No se precipite. Usted gestiona casi el cincuenta por ciento de los festivales que se celebran en España en verano. Yo no diría que es algo personal contra usted, sino simplemente casualidad. No obstante —levanté la mano para que me dejara intervenir— vamos a tener que investigar todo su entorno. Así que, antes de pedir una orden a la jueza, le pediría que nos dejase investigar su teléfono móvil, ordenadores, etcétera.

El empresario se queda con la boca abierta y los ojos también en una expresión que, si se viese, sentiría vergüenza.

—Claro, sin problema.

—Necesito también una lista de los teléfonos de sus empleados más cercanos y familia.

—Por supuesto, lo que haga falta.

—Y, sobre todo, que no diga nada a nadie de esto, porque como se filtre a prensa vamos a tener un problema de seguridad grave.

—Desde luego…

Delacroix saca un pañuelo de algún lugar de su bolsillo y se lo pasa por la frente. Le sobran unos kilos, sin llegar a estar gordo, y eso, con estos calores, se paga con sudor.

Me invita a seguirle hasta un contenedor que hace las veces de su oficina personal. Dentro hay un escritorio plegable, dos sillas de camping y un ventilador que no consigue más que remover el aire caliente.Y allí estuvimos charlando durante un buen rato.

Cuando me voy a casa tengo demasiados nombres en la cabeza y me arrepiento de haber mandado a Olga a la suya.

Al día siguiente viajamos en dos camuflados dirección al levante español. Salimos de Madrid antes de las siete de la mañana, pero el calor ya aprieta.

Lo que se suele decir, salir de Málaga para meterse en Malagón. Porque en Madrid hace calor, un calor al que estamos acostumbrados más o menos, pero el calor que presiento que hará en Valencia será distinto. De ese que te empapa hasta los forros de los bolsillos.

Por el camino pongo al día a mi compañera. El paisaje cambia a medida que avanzamos. Campos secos, viñedos, pueblos pequeños.

Conduce Toribio y de copiloto Solís.

En el otro camuflado, Pleite está al volante y viajan, nada más y nada menos, que el comisario y Delacroix. También viaja, por primera vez, la pepinillo Mansilla. Solís ha insistido en cederle el sitio en nuestro camuflado, y yo en que a ella también le tocó a veces papelones como este en el pasado. Alguien tiene que conducir el otro coche, y por eso Pleite no está con nosotros, con mi núcleo duro y de confianza de la Brigada, y a quien quiero tener cerca siempre. De momento Mansilla no se ha ganado ese honor. Listín se queda en Madrid con más trabajo que un opositor.

—¿Conoces a alguien de allí, de Homicidios en Gandía? —preguntó Olga.

—Conozco a una persona de Valencia, que supongo que será quien llevará las gestiones ahora.

—¿Es de fiar?

—Bueno…

No prosigo porque, la verdad, no estoy seguro de si sigue siendo de fiar. Noto la mirada de mi compañera en mi sien, aunque yo miro por la ventanilla cómo el sol va levantándose y haciendo necesario el uso del aire acondicionado del coche.

Ella asume, o eso parece, que no debe seguir preguntando y nos sumimos en un silencio que termina en sopor colectivo. Todavía quedan dos horas para llegar a destino, he dormido poco, y me quedo traspuesto.

Un cambio de velocidad repentino, un frenazo, me saca de mi modorra. Estamos llegando a Gandía y hay un atasco que obliga a Lucas a frenar.

—Buenos días, inspector —ironiza Solís.

—¿Ha enviado alguna información nueva Luis?

—Nada.

—Jefe —inicia Lucas—, Luis no da abasto. Creo que deberías pedir apoyo a otras brigadas.

—Toribio, no me calientes más, que no está la cosa para ir pidiendo favores. Estamos en verano, y la gente también tiene que tomarse vacaciones.

—Pero…

—Ni peros ni peras, inspector.

Doy por finalizada la conversación. En parte porque mi compañero tiene gran parte de razón, en parte porque me duele bastante la cabeza. La pequeña siesta me ha hecho más mal que bien, y lo pago con él. Olga toma la palabra.

—Volvemos mañana mismo y damos todo el apoyo necesario a Listín, ¿no, inspector?

Solo asiento con la barbilla.

Después de superar el atasco, callejeamos por Gandía. Edificios de apartamentos, palmeras, coches aparcados en doble fila. Llegamos al Anatómico Forense de Valencia. Han trasladado el cadáver aquí desde Gandía. Nada más bajar del coche un bofetón de salitre, calor y humedad me golpea en la cara. El aire es denso, pegajoso. El ambiente huele diferente, más salado.

Y un segundo bofetón me llega cuando la veo.

—Buenos días, inspector jefe Del Olmo.

—Buenos tardes ya casi, inspectora jefe Prados.

Olga nos escolta, y espera que la presentemos, ante la falta de ello, se presenta ella misma; las dos mujeres se estrechan las manos y se sonríen por cortesía.

—¿Qué tenemos, Nuria? —Pregunto.

—Lo que te mandé por mensaje: un cadáver sodomizado y estrangulado hasta la asfixia.

—Bien, ¿podemos pasar a verlo?

—Claro, para eso habéis venido desde Madrid.

Con el permiso del médico forense, bajamos a la sala. El frío del aire acondicionado contrasta con el calor exterior. Olor a desinfectante. Examino el cadáver y me doy cuenta de que sin dudas es el mismo autor: ojos vueltos, marca en el cuello de cinturón u otra prenda, y rastros de sodomía en su ano.

—Ni una muestra de ADN ni huellas ni nada —protesta Nuria Prados.

—Ya.

Me la quedo mirando. Por ella no pasan los años, hará unos diez o más que no la veía y tiene el mismo tipín y la misma piel que entonces. Tan solo unas líneas de expresión en los ojos y en la frente. Y alguna que otra ojera, fruto de las tronchas que se pegará o de un insomnio recurrente.

Salimos a la calle y le pido a la inspectora jefe de Homicidios en Valencia que nos dirijamos al enclave del festival sin perder más tiempo. Ella acepta y nos pide que la sigamos.

Cuando nos montamos en el coche, todos me miran con el signo de interrogación. También Toribio y Solís. Diría que hasta el comisario también, que se ha adelantado al recinto del festival de Gandía con Delacroix.

—¿Qué? —Me hago de rogar.

—¿Vas a contarnos qué te traes con la tal Nuria Prados o tengo que llamar a Sofía para preguntarle? —dispara Olga.

—Madre mía…

—Venga, Del, no seas malaje —pide Toribio, manso.

—Fue mi pareja hace una pila de años. ¿Contentos?

CON LA NUBE NEGRA

Una nube negra cubre el cielo levantino.

Menos mal porque con este calor no sé cómo lo vamos a hacer si encima aprieta el sol. Lo que pasa es que nada más salir del camuflado, otra vez un bofetón en forma de bochorno me azota las mejillas. Calor infernal es poco.

Accedemos casi a la carrera a la comisaría de Gandía. El edificio es de los años setenta, tres plantas de cemento gris con ventanas pequeñas. Subimos unas escaleras exteriores y entramos por la puerta principal. Dentro hay un mostrador de atención al público con un agente sudando detrás del cristal.

En busca de un buen difusor de aire acondicionado. El problema, el drama es que dentro hace casi más calor que fuera. Por lo visto el aire no funciona desde hace un par de días y están que se suben por las paredes. Todas las puertas abiertas en un intento inútil de que corra algo de aire.

Y cuando entro al despacho más grande de la comisaría la veo. La sala es amplia pero abarrotada: cinco mesas con PCs, archivadores metálicos contra las paredes, un ventilador de pie que apenas mueve el aire. Con un abanico más grande que los de los Locomía. Intentando, de forma infructuosa, llevar algo de frescor a su cara, y, sobre todo, a su estilizado cuello. Si hay algo que recuerdo de la policía Nuria Prados (ya inspectora Prados) es su cuello. Ese cuello que más de una vez estuvo en contacto con mi boca.

Se gira y no sonríe, y despedaza uno de mis muchos recuerdos con ella.

—Buenos días, Del Olmo —me ofrece su mano y se la estrecho.

Cruzamos miradas. No hay ni rastro de afecto en la suya, ni en su gesto, ni en su actitud.

—Hola, Nuria.

Al llamarla por su nombre intento ser más cercano. Sin éxito.

—¿Te pongo al día y me cuentas lo de Madrid?

Afirmo con la cabeza. A mi lado, Saavedra no ha dicho ni pío. Ni se ha presentado.

—Varón, veinte años. A la espera de la autopsia, parece claro que lo estrangularon con su propia corbata. Hubo sexo antes, como si fuera algún juego que se les fue de las manos.

—¿Un juego sexual en mitad de un concierto? —apunta Saavedra.

Prados no la mira, tan solo aprieta los labios y señala una foto en la pantalla de un ordenador.

—Hay indicios de que tuvo su tiempo. Estaban en…

—Un lugar apartado y discreto lejos del bullicio del concierto… —replico.

Prados me mira y sin decir nada pasa a la siguiente foto. Nos explica que hace poco que han levantado el cadáver y repite que está en el anatómico a la espera de la autopsia.

—¿Crees que es el mismo que el de Madrid? —pregunta Nuria.

—Tiene toda la pinta, la verdad.

—Estamos cruzando datos de venta de entradas, pero tardará la cosa —apunta Saavedra.

—Si me permites el detalle, esto tiene pinta de ser alguien que pueda acceder sin entrada. ¿Estáis investigando a todo el personal del festival de Madrid?

—Sí, eso lo hemos tenido en cuenta. Ahora toca investigar al de aquí. Y examinar a fondo la geolocalización de móviles.

Prados afirma con la cabeza y me hace un gesto para que le acompañe. Miro a Olga que suspira y se gira hacia el equipo, que ha permanecido atento y en silencio.

—Alex, enséñale a los de Central las instalaciones y el despacho donde se pueden quedar.

Un policía de nombre Alex se queda con mi equipo y me encamino tras la estela de Nuria.

Me invita a pasar a una oficina al fondo del pasillo. Es pequeña, con una mesa de madera, dos sillas, una estantería con carpetas y un ventanador de techo que gira despacio. La ventana da a un patio interior sin árboles. Cierra la puerta tras de sí.

Lo que podría interpretarse como un acto casi de intimidad se convierte en todo lo contrario.

—Del Olmo, ¿no había nadie más para venir hasta aquí?

Me encojo de hombros como un alumno novato ante una pregunta de una profesora insolente.

—¿Qué quieres decir?

—Que podías haber mandado a la rubia estirada y a otro par de tu equipo y no tener que venir tú.

—¿Me estás diciendo que mi presencia te molesta?

—Te estoy diciendo que no era necesario que el inspector jefe de la UDEV Central se molestara en venir hasta aquí con el calor que hace.

—Nuria, no entiendo tu actitud.

—Ah, ahora no lo entiendes. Cuando me dejaste tirada sí la entendías.

—Pero… han pasado más de quince años, ¿en serio me estás echando en cara cosas del pasado?

Nuria se pone a pasear con los brazos en jarra.

—Sinceramente, no me apetece colaborar contigo en una investigación.

—Yo flipo.

—No, la que flipa soy yo.

—Basta. Nuria. Basta. Deja de actuar como una chiquilla y hazlo como una profesional. Tenemos un marrón importante entre manos y necesito tu colaboración y la de tu equipo.

Se detiene ante el ímpetu de mi voz y me mira con los ojos brillantes. Nos aguantamos las miradas durante unos segundos que parecen horas.

—¿Cómo está Sofía? —pregunta.

—Bien, ¿y Damián?

—Regular.

—¿Qué le pasa?

—Anda delicado.

—Pero..

—No preguntes más. Vamos con el resto del equipo que tenemos mucho que hacer.

Se dirige hasta la puerta. Esta vez abre y pasa primero sin ofrecerme el paso. Se desliza por la sala en busca del resto del equipo.

Yo solo puedo fijarme en su cuello.

POR BANDERA

Me gusta la estrofa donde el solista comenta que maldice quien dijo que las banderas te definen como persona. Ningún tipo de bandera te puede definir, ninguna. La he coreado junto a una chica que estaba junto a mí.

Ahora ya estoy en la habitación del hotel. Sobre la cama, con la espalda contra el cabecero. La ventana está abierta pero no corre aire. Son las cuatro de la madrugada y no puedo dormir. La ciudad está en silencio. A lo lejos se escucha algún coche.

Yo no sé lo que me define como persona. Ni siquiera sé si soy del todo un ser humano. Porque lo que hago, lo que he empezado a hacer no lo hace todo el mundo.

He vuelto a segar una vida humana y he vuelto a sentir placer en ello. Esta vez no la he sodomizado. Más que nada porque me ha gustado hacérselo por delante. Quería verle la cara. Esa cara bonita y joven, maquillada lo justo. Me ha vuelto a pedir besos y se los he vuelto a negar. Se ha vuelto a extrañar cuando he cogido los guantes y se ha vuelto a asustar cuando le he puesto las manos alrededor del cuello.

Pero se ha tranquilizado cuando ha empezado a sentir un placer que no había sentido hasta entonces. Es lo que tiene la privación de oxígeno.

Y me ha vuelto a pedir más. Y yo le he dado más. Mucho más.

Tanto que no se ha dado cuenta de que se estaba muriendo hasta que era demasiado tarde. Y yo he sentido algo parecido al orgasmo. Algo que no había sentido con los dos anteriores y que sí he sentido con esta chica. Porque esta vez ha sido una chica, la misma con la

que he saltado la canción de la bandera. Ha sido diferente, ¿más fácil? No, porque me ha costado más tomar la decisión de estrangularla. Sí, he sacado los guantes, pero antes hemos estado charlando un buen rato. Hemos saltado juntas en el concierto, hemos tomado una cerveza, hemos, incluso, ido a mear.

Me ha contado sobre su ex, que le puso los cuernos y que, a pesar de ello, volvió con él. Pues chica, ¿para qué vuelves? Ahí es cuando me ha sacado de quicio y me la he ligado. No ha costado demasiado por su estado de vulnerabilidad y por su estado etílico.

Después la rutina de siempre: un poco de eme, un poco de manoseo, y un mucho de situación prohibida para ponerla cachonda. Esta vez no he usado el cinturón, me apetecía con las manos, sentir las pulsaciones de su yugular en mis manos, lo único que me ha faltado es sentirlas en mi piel. Todo se andará, si algún día tengo más tiempo para poder limpiar los restos, lo haré.

De momento aquí ando, en este hotel de Castellón, a la espera de que amanezca. La maleta está preparada junto a la puerta. Salgo en un par de horas.

Porque no puedo dormir. Ya lo haré en el viaje. Porque me voy para otra ciudad. Tengo que seguir asistiendo a conciertos. Es lo que tiene el verano.

Porque de alguna forma u otra tengo que aparecer en las noticias. De momento no han sacado nada, y esto ya me está molestando.

A ver si ahora todo el esfuerzo que estoy haciendo no va a servir para nada. Que tengo mi corazoncito, y mi orgullo y esto tiene que ser mi obra maestra.

Miro por la ventana. El cielo empieza a clarear. Voy a intentar seguir con la canción para ver si por fin la termino.

Y después rumbo al norte, que allí son de sangre caliente.

Y TU FRENÉTICA TENDENCIA

Al asesino parece que se le ha instaurado una frenética tendencia homicida.

Es el tercer cuerpo que encontramos en tres días.

Tres festivales distintos, mismo modus operandi, con la salvedad de que esta vez ha sido una mujer en lugar de un hombre. ¿El lugar? Benicassim, relativamente cerca del crimen anterior.

Un triángulo de la muerte entre Madrid, Valencia y Castellón que nos tiene al borde de la desesperanza.

Hoy es domingo y hoy, en teoría, no hay conciertos, no hay festivales cercanos. El cielo está nublado y el aire huele a tormenta que no acaba de llegar.

Tengo al equipo rastreando posibles eventos cerca de aquí, o no tan cerca. De momento, Listín me ha pasado una lista con los más conocidos, y por la zona hoy no hay nada. En puntos del norte de España hay un par de ellos que hoy celebran su último día. No creo que le dé margen a viajar tan lejos y actuar de nuevo. Eso nos daría una ventana de cuatro días hasta el próximo jueves que es cuando se celebra el siguiente festival grande.

Espero, primero que hoy no actúe en ningún lugar. Segundo, que a Luis y al resto del equipo le dé tiempo a cotejar los cientos de miles de teléfonos móviles de los tres festivales y nos dé alguna coincidencia geográfica.

Tercero, que la inspectora Prados no se ponga en plan melancólica y me dé otra chapa como la que me dio ayer. Porque sí, después de

la bronca inicial y de la visita a forenses, testigos y demás gente del festival, nos fuimos todo el equipo —el suyo y el mío— a cenar a una taberna cercana a su comisaría. Nos tomamos un par de cervezas y al terminar le dio por acompañarme al hotel. Y allí me cogió por banda y me dijo que teníamos que debatir un par de asuntos del caso. En el hall sacó un par de refrescos y se puso a charlar. Yo creía que en principio era verdad, que iba a comentar algún aspecto de los crímenes. Sin embargo la conversación tomó por otra vía.

Me pidió perdón por la brusquedad del recibimiento, me preguntó por mis hijos y me dijo que lo sentía. Que sentía muchísimo que las cosas se hubieran torcido entre nosotros. Y yo claro, soporté sus lamentos y su perorata acerca de que era joven, inmadura y bla,bla, bla, y que mordí la lengua para evitar decir que aquí, el único que se había torcido era yo. En sentido literal. Y que ella me dejó cuando le vio las orejas al lobo. Sí, de una forma progresiva y gradual, y que luego se inventó la excusa de los cuernos, cuernos mutuos, por cierto y casi simultáneos. Y que lo hizo para sentirse menos culpable en el peor momento de mi vida.

Y después de tantas disculpas y preguntas por mi situación y comentarios sobre la suya, que por lo visto tampoco le va tan bien con su marido, se fue y me dejó allí, solo en un hall de hotel, con una lata de coca cola zero caliente y a medio beber.

Y con Saavedra mandándome mensajes cada cinco minutos como si fuera una madre preocupada o, peor, una novia celosa.

¿Resultado?

He dormido cuatro horas y ahora estamos delante del cadáver de una preciosa chica de no más de treinta años a la que han estrangulado hasta la muerte mientras, aparentemente, tenían sexo con ella.

Estamos en la parte trasera del recinto del festival de Benicassim. Una zona de carga y descarga con contenedores apilados. El cadáver está entre dos de ellos, medio oculto por unas lonas. Hace calor pero no tanto como en Gandía.

—Ni un solo resto biológico, Del Olmo —dice Romuald, un forense de Castellón con el que coincidí en el pasado en Barcelona.

—¡Qué novedad! —respondo, sarcástico.

—Pero los compañeros de criminalística me han dicho algo de que han encontrado una huella de pisada en el perímetro crítico.

—Algo es algo, a ver si nos pasan el informe pronto.

Romuald me dedica una mirada piadosa y se larga del lugar con la promesa, como siempre hacen los forenses, de que me mandará sus conclusiones.

—Primera vergencia en el caso, Del Olmo —afirma Saavedra.

—¿Qué? ¿Por qué usas palabras raras?

—No me seas cateto, anda, que no te pega. Sabes que el hecho de que sea una mujer y no un hombre le otorga otra dimensión…

—¿Dimensión? ¿Vergencia? Definitivamente en Fugitivos te están convirtiendo en una pedante redomada.

—No me toques los ovarios, Del Olmo —protesta— ¿Así te parezco menos pedante? ¿O te digo que no me toques los cojones?

—Calma, calma, solo te estoy vacilando un poco, inspectora.

—Pues no me vaciles delante de un cadáver, haz el favor.

Se la ve sinceramente enfadada. Me muerdo la lengua y miro en derredor. El escenario es similar, las partes traseras del escenario de un macrofestival. Y doy por hecho una conclusión en la que creo que todos estamos de acuerdo.

—Creo que queda claro que a quien buscamos es un él.

—Si seguimos el patrón que marca la perfilación criminal clásica, diría que sí —comenta Olga.

—¿Y eso nos ahorraría la mitad de trabajo con el tema de geolocalización de móviles y de entradas?

—Sin embargo…

—¿Qué pasa, inspectora?

—Que me parece extraño que no haya restos ni de látex en las penetraciones.

—A mí no: el tipo es impotente.

—¿Y no se le pone dura al cumplir la fantasía?

—A lo mejor se corre directamente sin que se le levante.

—¿Eso os pasa? —Olga me mira

—Puede ser.

Ella mueve la cabeza de forma afirmativa mientras aprieta los labios.

Terminamos de reconocer el cadáver, un juez de la zona ordena su levantamiento y Olga y yo nos disponemos a marchar.

Caminamos hacia el camuflado aparcado junto a la valla del recinto. El equipo está esperando dentro con el aire acondicionado encendido.

Justo cuando nos vamos a montar en el camuflado recibo una llamada de Listín.

—Jefe, tenemos un problema.

—Sí, como Houston. Haz el favor de decirme las cosas sin suspense que no tengo el cuerpo para ello.

—Hay una publicación en redes sociales con una imagen del crimen.

HACIA EL ESTRÉS

El estrés es una palabra que no encaja con el Cantábrico. Miro por el ventanal del hotel y el mar, de un gris metálico, golpea las rocas con una indiferencia que reconozco como propia. La habitación es pequeña pero limpia: cama individual con colcha blanca, mesilla de noche con lámpara, un armario empotrado de tono oscuro. El aire huele diferente aquí. No es solo el salitre es algo diferente, como a antiguo, pero acogedor. Como a chimenea recién apagada. Fuera llueve una llovizna fina que empapa todo sin hacer ruido.

La gente normal sentiría estrés después de lo de anoche. Miedo. Remordimiento. Yo solo siento este vacío sereno, esta calma que precede a la siguiente nota de la composición.

El norte. Siempre me ha gustado el norte.

Estoy junto a la ventana, en la única silla de la habitación. El teléfono en una mano.

Abro el teléfono, no por ansiedad, sino por control de calidad. Busco la publicación. El vídeo sigue activo, la bola de nieve digital que he lanzado al mundo. En realidad no se ve nada muy claro, por eso supongo que está durando. Pulso play. La melodía improvisada, casi una nana perversa. Su rostro confuso, preguntando por mi voz. Quince segundos. Un anzuelo perfecto. Los comentarios son un enjambre de pánico y morbo. Bien. La notoriedad es el primer paso para que una obra sea valorada.

El vídeo me devuelve al recuerdo, pero no al del festival. Me devuelve al acto en sí. A mis manos. Esta vez no necesité herramientas. Quería sentir la vida desvaneciéndose, no a través del

cuero de un cinturón, sino directamente. Su historia me pareció un insulto. Un desperdicio. Volver con alguien que la había engañado. Le ofrecí una salida, una emoción real, y la aceptó sin saberlo. Se dejó llevar hasta que mis manos encontraron su cuello. No hubo mucha lucha. Solo sorpresa, y ese último y fútil intento del cuerpo por aferrarse al aire.

Dejo el teléfono sobre la mesilla.

Tomo el cuaderno. El bolígrafo. El cuaderno se ha llenado de más tachaduras, flechas, palabras escritas en los márgenes. Lo abro por la página marcada. Hay que seguir con la obra. Releo los primeros versos, los dedicados al tipo del autobús.

Dulce por fuera, oscuro de espaldas
Late en la niebla, un mundo de trampas

Es un buen comienzo, pero le falta, quizá, el mar. Le falta el eco de lo que pasó anoche. Pienso en ella, en cómo buscaba refugio en la historia más equivocada. En cómo yo me convertí en su destino final. El bolígrafo traza las nuevas líneas sobre el papel.

Buscabas puerto en mi marea
y anclaste el alma en la garganta.

Sí. Eso es. Conecto el mar que contemplo ahora con el acto de anoche. Es más poético, más certero. Más cruel.

Cierro el cuaderno y lo dejo sobre la mesilla junto al teléfono. Me levanto. Voy hasta la ventana. El mar sigue igual, indiferente, gris. Las gaviotas vuelan en círculos.

La canción avanza. Yo también. Miro el mapa en el teléfono. Hay un festival en un par de días, no muy lejos de aquí. Aún quedan versos por escribir.

SE FORMAN ISLAS EN LAS ACERAS

Las Islas Baleares están cerca de aquí. Tiene un mar de por medio, sí, pero se puede coger un ferry y en una hora y poco estás en Ibiza. Me fijo en el pronóstico del tiempo.

—Hoy hace calor, pero mañana por lo visto la temperatura va a derretir las aceras, inspector —afirma Toribio.

—¿Entonces nos vamos a la playa o volvemos a la capital, Lucas?

—Podemos ir a la playa de Madrid.

—No, mejor a la de Córdoba, que también va a hacer fresco.

Después de las puyas habituales entre el inspector y yo, llega Olga para poner un poco de cordura.

—¿Qué estáis, jugando a las batallitas?

Tenemos desplegado el mapa de España sobre la mesa de una sala de reuniones en la comisaría de Castellón. La sala es pequeña, con las paredes forradas de corcho llenas de fotos del caso. Hace calor a pesar del ventilador de techo que gira sin parar.

Ibiza o Mallorca podrían ser el siguiente objetivo de nuestro asesino. O Barcelona, o Zaragoza o Murcia.

—O también se podría ir a tomar por saco a Coruña o a Huelva —incide Toribio.

—Hay dos cosas claras —dice Olga—. Creo que podemos descartar motivos que tengan que ver con algún tipo de venganza personal contra Delacroix. Y el género de la persona que buscamos no está claro.

—¿Pero entonces quedamos que las cosas son claras o no, inspectora? —Se lo digo para picarla.

—Del Olmo, si lo único que vas a aportar es ironía, mejor me marcho.

—Querida Olga, parece que no me conoces.

—Te conozco demasiado, pero es que no sé qué narices te pasa que no paras de tocarme…

—Sí, las narices. A Toribio también. Y a Solís y a Pleite y a Mansilla, y a Insausti porque no está, que si no, también. No me pasa nada, lo único que hace un calor de huevos. Que tendríamos que estar todos de vacaciones en lugar de aquí en esta sala de mierda buscando a un tipo que no sabemos dónde coño andará y que se dedica a publicar vídeos en redes sociales de sus hazañas…

—Listín dice que tiene la IP desde dónde se ha publicado el vídeo —comenta Olga.

—¿Cuándo te ha dicho eso?

—Lo acabo de llamar, me ha pedido que te lo comunique.

—¿Y puede geolocalizarla?

—Está en ello.

—¡Joder! ¿Cómo la ha conseguido…?

—Al parecer tiene un contacto en la red social que se ha subido el vídeo…

El vídeo en el que aparece un fragmento del acto sexual previo al asesinato se ha subido a una red social que está en desuso, pero que aún conserva algunos fieles. Alguno de ellos lo ha capturado y lo ha subido a otras redes. Ha pasado el filtro de contenido sexual porque solo se escuchan gemidos y alguna imagen sutil de una espalda.

Hemos analizado el vídeo durante horas. Ya son casi las ocho de la tarde y tengo a todo el equipo exhausto. La primera buena noticia me la comunica la inspectora y decido hacer una pausa.

—Lucas, llama a la tropa. Vamos a cenar algo y nos vamos a descansar. Mañana temprano nos volvemos para Madrid y lo reorganizamos todo.

Pleite, Mansilla y Solís se han quedado en el recinto del festival interrogando a todo dios. También les he encargado que recopilen

toda la información de pensiones y hoteles de la zona.

—¿Y qué pasa con los compañeros de aquí? —pregunta Olga.

—Nos coordinamos desde Madrid. Está claro que si vuelve a actuar, lo va a hacer en otra localidad.

—¿Y la inspectora de Valencia?

—¿Qué le pasa?

—Pues que no da señales de vida.

—¿Quieres que la incorpore al caso?

—No sé, pensaba que al menos aquí sí estaría con nosotros.

—Ella es de Valencia, ahora estamos en Castellón. Y nosotros debemos coordinarlo todo. Cuando la necesite, la llamaré. No entiendo tu queja.

—No es queja, solo es duda.

—Duda solventada, vamos a comer.

Nos largamos de las dependencias de la Policía de Castellón. El sol ya se ha puesto pero el calor sigue pegajoso.

Buscamos un lugar cualquiera para cenar. Nos reunimos con el resto del equipo y terminamos en una pizzería de mala muerte. El local tiene mesas de plástico blanco y manteles de papel. Huele a masa recalentada. Las pizzas están más secas que la mojama.

Nos vamos al apartamento que nos ha procurado Mansilla. Está en una segunda planta con ascensor. Es amplio, con cuatro habitaciones, un salón con sofás viejos y una cocina americana. Las ventanas dan a una calle estrecha. Hace menos calor aquí que en la comisaría.

Resulta de lo más acogedor con varias habitaciones por las que, por supuesto, hay pelea para encontrar la mejor.

—Jefe, la novata se lo curra mucho, ya puedes no tocarle las narices —solicita Toribio, sentado sobre la cama del cuarto que compartiremos. Es pequeño, con dos camas individuales y un armario. La ventana está abierta.

—Se podría llamarla agente de viajes.

—Qué tocapelotes eres, picha.

Le hago un gesto con la cabeza. Suena la puerta. Es Olga, que me pide que salga un rato.

—¿Tienes sueño?

—Un poco.

—Venga, ven.

Me reúno con ella en el salón del apartamento. Los demás se han retirado ya a sus cuartos. El salón tiene dos sofás de tela gastada, una mesa baja de cristal y un televisor antiguo. Las luces están apagadas salvo una lámpara de pie en la esquina.

—¿Te ocurre algo? —pregunta.

—¿Algo de qué?

—No sé, en casa, con los niños, con Sofía…

—Hombre, me gustaría estar en el pueblo con ellos o irnos los cuatro a la playa, pero no, lo normal de siempre cuando es verano y me toca currar. ¿Por qué me preguntas esto?

—Porque te noto algo raro. ¿Es por la tal Prados?

Suspiro. Me pongo las manos en la cara y tomo aire.

—A ver, no es agradable recordar malos momentos del pasado.

—Ya lo sabía.

—No, Olga. No sabes nada.

—Pues cuéntamelo.

—No sé si es el momento.

—Del Olmo, haz el favor. Mientras esperamos la magia de Listín, no podemos hacer mucho más.

—Sí que podemos, descansar y mañana organizarnos para cubrir los festivales del próximo fin de semana.

—¿En serio quieres vigilar todos los festivales?

—Los que lleve la empresa de Delacroix…

—Pero si el de hoy no es suyo…

—Lo ha podido hacer para despistar.

—¡Joder! —Olga se levanta de un salto.

—¿Qué pasa?

—Sea como sea, tiene que estar dentro del mundillo. Pero muy dentro, tiene que controlar de gestión, de organización. ¿A quiénes del entorno de Delacroix hemos interrogado?

—A todos. Incluida su hija y su círculo más cercano, que solo van a los festis a hacer el egipcio y ponerse hasta el culo por la cara.

—¿Alguien con quien haya discutido y le haya sacado de los negocios, que le deba dinero o viceversa?

—Negativo, tiene una ralea de cuatro personas, dos hombres y dos mujeres que lo gestionan todo con él y llevan juntos como quince años.

—¿Y las familias de esas cuatro personas?

—Listín también las ha descartado.

—¿Has descartado a todo el personal de confianza del tipo?

—Descartado al cien por cien no, por eso quiero centrarme en sus eventos.

La inspectora se pasea de un lado a otro de la salita. Sus pasos resuenan en el parqué.

—Tengo una idea, pero…

Me quedo callado, esperando que diga algo. No lo hace. Se sienta a mi lado en el sofá. Está cerca. Demasiado cerca.

—Cuéntame lo tuyo con Nuria Prados y te la digo.

—No me jodas, me la vas a contar igual.

—Venga, Del Olmo, que hay confianza.

Suspiro. Los ojos de la inspectora sí que me transmiten esa confianza. Lo que no tengo claro es que me transmitan algo más.

OASIS

Esto es un puto oasis. Cuando el resto de la península se torra a más de cuarenta grados, yo me he tenido que poner una rebeca para dar un paseo por la playa. El Cantábrico ruge con un sonido monótono y constante, y el cielo, de un gris plomizo, amenaza con una lluvia que nunca llega. La arena está fría bajo mis pies descalzos. Es una sensación limpia, purificadora. Un bautismo antes del siguiente pecado.

Saco el móvil, no por vicio, sino por trabajo. La planificación es la arquitectura de cualquier gran obra. Abro la aplicación de festivales, un mosaico de logos y fechas que se extiende por todo el verano. El centro y el levante ya están manchados de rojo en mi mapa mental. Es hora de buscar nuevos lienzos. El norte. Sangre caliente, dicen. Una afirmación que me apetece poner a prueba. Por eso me he venido aquí.

Mis dedos se deslizan por la pantalla, descartando eventos menores, buscando el escenario adecuado. No se trata solo del número de asistentes, sino del tipo de público. Busco la vanidad, la pose, la desesperación por encajar. Es ahí, en esa grieta de la personalidad, donde mi anzuelo se clava con más facilidad. Un festival cerca de Bilbao. Cartel interesante, con un par de bandas británicas de esas que atraen a los modernos con ínfulas de intelectualidad. Perfecto. Marco la fecha en el calendario. Tres días. Tiempo más que suficiente.

Ahora falta el protagonista del siguiente acto. Cierro los ojos, dejando que el sonido del mar llene el vacío. No necesito un rostro concreto todavía. Necesito un arquetipo. El de Madrid fue el sumiso

disfrazado de bestia. El de Gandía, el prepotente de corbata. La de Benicàssim, la romántica autodestructiva. ¿Qué me apetece ahora? Quizá algo más puro. Un idealista. Alguien que crea en la bondad, en las conexiones fortuitas. Alguien cuya luz sea un placer especial apagar.

—Perdona, ¿tienes fuego?

Abro los ojos. La voz es joven, un poco vacilante. Un chico delgado, con una sudadera gris demasiado grande para él. Lleva las zapatillas blancas manchadas de arena. Tiene el pelo castaño revuelto por el viento. No tendrá más de veinte años. Tiene esa cara redonda que aún no ha perdido del todo la suavidad de la adolescencia con una bonita sonrisa ensayada. La pregunta más vieja del manual del ligoteo.

—No fumo —respondo, mi voz plana, sin inflexiones.

No se desanima. Un cachorro tenaz.

—Ah, vale. Es que te he visto paseando y… no sé, parecías de por aquí. Yo estoy un poco perdido.

Claro que estás perdido. Todos lo estáis. Buscando una señal, un mapa, alguien que os diga hacia dónde caminar. Y a veces, tenéis la mala suerte de encontrarme.

—No soy de por aquí —digo, y vuelvo mi vista hacia el mar, una invitación no muy sutil a que se largue.

No la capta. O no quiere captarla. Se sienta en la arena, a una distancia prudencial pero invasiva.

—Yo vengo de Madrid. Necesitaba escapar del calor. Esto es la gloria, ¿eh?

Su monólogo es un tapiz de clichés. La huida del calor, la soledad existencial del veraneante. Le observo por el rabillo del ojo. No es feo. Tiene esa belleza insulsa de la juventud que aún no ha sido golpeada por la vida. Me pregunto cómo se verían sus ojos cuando el oxígeno empezase a escasear. ¿Mantendrían esa chispa de optimismo? Lo dudo.

—¿Y tú? ¿También escapas de algo? —pregunta, intentando darle un giro profundo a su torpe aproximación.

La pregunta me causa una gracia gélida, interna. ¿Escapar? No. Todo lo contrario. Yo voy al encuentro.

Decido jugar un poco. Me giro hacia él.

—A veces —respondo, dejando la palabra suspendida en el aire.

Se le iluminan los ojos. Cree que ha encontrado una conexión, un alma torturada como la suya. Patético.

—Ya decía yo. Tienes una mirada… intensa. Como si pensaras mucho.

Sigo en silencio, dejando que se enrede en su propia red. Me habla de sus estudios, de su ex, de la banda que tiene con sus amigos. Un torrente de banalidades que uso para analizar su estructura. Es un libro abierto, escrito con una caligrafía simple. Complaciente. Deseoso de agradar. Vulnerable.

De repente, la inspiración llega. No por él, sino a través de él. Ha dicho que tiene una banda y, además, su presencia, tan predecible y vacía, resalta por contraste la complejidad de mi propio proyecto. Es una pieza más del decorado. Un extra sin frase. Y eso, precisamente, me da la siguiente línea.

Saco el cuaderno y el bolígrafo de la mochila de tela que he dejado en la arena, a mi lado. El chico se calla, sorprendido por mi gesto. Me acomodo con las piernas cruzadas, el cuaderno apoyado en mis rodillas.Me ve abrir la página, releer las últimas líneas que escribí.

Buscabas puerto en mi marea
y anclaste el alma en la garganta.

Él me mira escribir, como si estuviera presenciando un acto íntimo. Y lo es. Es el más íntimo de todos. El bolígrafo se desliza, trazando las palabras que acaban de nacer de su estupidez.

Este oasis es solo una mentira,
un espejismo antes de la función.

Sí. Perfecto. La calma de esta playa, su conversación insustancial… todo es un espejismo. El preludio del siguiente acto del musical que estoy componiendo. Levanto la vista del cuaderno. El chico me sonríe, expectante.

—¿Escribes poemas? —pregunta.

Cierro el cuaderno despacio. Lo guardo en la mochila junto al bolígrafo. Una sonrisa, la primera que le dedico, se dibuja en mis labios.

—Algo así.

Me levanto, sacudo la arena de la rebeca. El chico sigue allí sentado, mirándome con esa mezcla de esperanza y confusión. No dice nada más. Yo tampoco. Cojo la mochila y empiezo a caminar de vuelta hacia el paseo marítimo. Un par de gaviotas revolotean sobre mi cabeza.

EN LOS QUE TE CREO VER

Creo ver algo en el vídeo.

—¿Es un tatuaje?

Olga se rasca la barbilla.

—No lo tengo del todo claro, por eso no te he dicho nada. Lo he intentado ampliar, le he pedido a Listín que me lo limpie, pero la tecnología no da más de sí. Esto no es como las pelis de Misión Imposible, inspector.

—Ya, ya lo sé, mujer. Por eso confío en tu agudeza visual, tú que no tienes presbicia. De momento.

—Pues de momento no, no la tengo, pero tampoco se ve claro. Además, ¿qué pretendes sacar si lo fuera? La gente está llena de tatus…

—Pareces nueva, ¿no te acuerdas del caso Pessulum?

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Joder, Olga, parece mentira que tú me lo preguntes. Si tuviéramos claro que es un tatuaje y lo pudiéramos reconstruir, podríamos publicarlo en redes…

—Olvídate, jefe —apunta Solís—. Ningún tatuador daría señales de vida.

—¿Por qué?

—Porque no les interesa.

Me quedo mirando a la oficial y a la inspectora, que se encoge de hombros.

—Jefe, confía en nosotras, vale. ¿Has llamado a Luis?

Quiero confiar en ellas, pero me cuesta no tirar de una pista tan clara. Y no lo hago porque no se ve un carajo del posible tatuaje.

Sin responderlas, marco el teléfono del inspector Listín y espero siete tonos a que responda sin éxito. Juro que me las veré con él en cuanto me lo encuentre.

Vamos camino de Madrid. El paisaje se repite por la ventanilla del camuflado como se repite la reposición de una serie de los ochenta. Campos secos, pueblos de diversa índole, molinos y, sobre todo, el sol cayendo a plomo sobre el asfalto. El aire acondicionado El aire acondicionado continúa su gasto inmisericorde y el dolor de gargante consecuente es el precio que hay que pagar por no morir asfixiado.

Cuando llegamos a la capital me acuerdo del calor que derrite las aceras, como dijo ayer Toribio. Son cerca de las dos de la tarde, la hora terrible del verano. Esa en la que los ciclistas del Tour de Francia sudan y se queman los brazos como pollos en el asadero.

Aparcamos en el parking subterráneo de la Brigada. El contraste de temperatura cuando salimos del coche es brutal. Accedemos al edificio y recuperamos el fresco del aire artificial. Nada más entrar en la Brigada me espera Listín con una pila de documentos en la mano.

—Bienvenidos a la UDEV central —se mofa—. Aquí se está fresquito.

—Te podías haber venido a la playa, que estás más blanco que esos folios. Mira Toribio, dos días en la costa y ya viene moreno.

Lucas me saca una peineta disimulada porque el pobre no ha visto la arena en las poco más de cuarenta y ocho horas que hemos pasado en el levante.

—Tengo buenas noticias, jefe.

—Dime que has localizado la IP.

—Ni de coña.

—¿Entonces? No me jodas, Luis, te repito que no estoy para intrigas…

—Tengo una lista con treinta números de teléfono que han estado en al menos dos de los tres festivales.

—Vete a la mierda.

Al inspector se le abre la boca y me deja pasar a mi despacho.

—¿Se puede saber qué te pasa, inspector jefe?

—Déjame a ver si lo averiguo. Todos o casi todos estuvieron en el de Madrid y en el de Gandía, ¿verdad?

—Sí, pero…

—¿Hay alguno que coincida en los tres?

—No…

—Entonces tira esa mierda a la basura.

—¿Por qué?

—Porque serán trabajadores de las promotoras o miembros de las bandas de música, Luis —indica Olga con tono conciliador.

—No tiene por qué.

—¿Lo has comprobado?

—Eso a mí no me compete, inspector.

—Vale, Mansilla, coge la lista y llama a alguien de Delacroix. Que te confirmen que esa gente son de su plantilla. ¿Hay alguno que coincida con Madrid y Benicassim?

—Dos.

Me detengo.

—Está bien, Olga, encárgate de esos dos, pero vamos, fijo que son músicos. Porque de lo contrario estaríamos hablando de más de un criminal, o de un imitador y no lo veo posible.

—Pero de ahora en adelante sí, jefe —dice Lucas.

—Me cago en el puto vídeo y en las redes sociales.

Con gesto le pido a todo el equipo que salga, Olga se queda, pero me quedo mirándola de arriba abajo, interrogando con la mirada. Toso. Toso más fuerte.

—Que te den, Del Olmo.

Se larga y cierro la puerta del despacho tras ella. Me quedo solo. La mesa metálica, la estantería con carpetas, la ventana que da al patio interior. Silencio por fin.

No me digno ni a responder a la ofensa de la inspectora. Marco el teléfono de mi mujer con la que no hablo desde el viernes más que por mensajes.

—¿Qué pasa, cariño, dónde te metes? —pregunta.

—En el puto infierno.

Charlamos un rato sobre la banalidad del calor del verano y de lo bien que se está en el pueblo de sus padres donde tiene un pequeño

campo con piscina. Los niños están todo el día en la calle haciendo amistades nuevas y yo me pierdo esa parte de su infancia que ya nunca volverá. Al menos me manda nuevas fotos de todos y me provoca una melancolía extraña.

—Ten cuidado con esos calores, hombre, que tú eres de sudar mucho —Me quedo callado. Varios segundos— ¿Cariño, ocurre algo?

—No, todo bien. Pasadlo en grande y mándame fotitos.

No le doy tiempo a despedirse, porque hago una llamada telefónica.

—Dime, Del Olmo.

—Doctora Ramos, ¿no se encontró nada de sudor en el primer cuerpo?

—Negativo. Podríamos haber sacado ADN en tal caso.

—Gracias.

Cuelgo. Repito la operación con los forenses de Gandía y de Benicassim. En ambos casos la respuesta es la misma.

Me quedo mirando el teléfono en la mano. Las piezas encajan. El calor infernal de Madrid, de Gandía, de Benicassim. Festivales al aire libre. Miles de personas sudando. Y ni una gota en los cuerpos.

Llamo a Olga a mi despacho con una voz. No me hace ni puñetero caso. Lo intento dos veces más y cuando me dispongo a salir en su busca, ella abre la puerta.

—Es una mujer —digo.

—Lo sé.

DEMASIADOS CANDADOS

Demasiados candados nos subyugan cada día como para ponernos a nosotros mismos limitaciones. Por eso a mí me gusta el sexo tanto con hombres como con mujeres. A mi padre le reventaría el cráneo si supiera lo que hago. Pero a este tipo le va la marcha como a mí, y cuando me pidió fuego en la playa lo pedía de forma metafórica.

—Dame más duro —exige.

Lo tengo a cuatro patas sobre la cama deshecha, con el perfil de su rostro presionado contra las sábanas blancas del hotel. Obedezco. Aumento la fuerza de la embestida, un ritmo metódico y contundente. No hay pasión en el acto, al menos no por mi parte. Hay control. Hay una curiosidad casi científica en observar cómo un cuerpo ajeno reacciona a la presión y al dominio. Él gime, una mezcla de dolor y un placer que le resulta familiar. Lo sé por la tensión de sus músculos, por la forma en que su respiración se entrecorta.

—Joder… —murmura contra la almohada.

No termina la frase. No hace falta. Sé que nunca le habían hecho esto así. El placer que le ofrezco no es convencional. Es un acto que le obliga a cuestionar los límites de su propio cuerpo. Siento cómo su orgasmo lo sacude, una oleada que recorre su espalda. Yo no siento nada parecido. Mi satisfacción es puramente cerebral: la confirmación de una hipótesis, el éxito de un experimento.

Cae rendido sobre el colchón. Me aparto, observando la escena con la distancia de un pintor que evalúa su lienzo. Él se gira

lentamente, con el sudor brillando en su frente y una expresión de agotamiento y asombro.

—¿Quién eres? —pregunta, y esta vez no es un cliché de ligoteo. Es una pregunta real.

—Alguien a quien le aburren los candados —respondo, y me dirijo al minibar para sacar una botella de agua.

Se incorpora, apoyándose sobre los codos. El cachorro tenaz de la playa ha sido sustituido por algo más reflexivo. Le lanzo la botella. Bebe como un niño después de un partido de fútbol.

—Yo también los odio —dice, después de un largo silencio—. Los candados. Por eso dejé la carrera. Todos esperaban que fuera abogado, como mi padre. Un coñazo. Ahora solo quiero tocar.

Me siento en el sillón junto al ventanal. El sonido del Cantábrico sigue ahí, un rumor constante que envuelve la habitación. Por primera vez, le presto un interés genuino.

—¿Tocar el qué?

—La guitarra. Ya te conté lo de la banda. No es algo serio, serio. Solo tocamos versiones.

—¿Y se te da bien?

—Regular —ríe, una risa honesta que me sorprende—. ¿Y tú? ¿Me vas a contar sobre esa poesía…?

Su pregunta me golpea de una forma inesperada. Esta es la debilidad. No es él, es su pregunta. La validación de mi obra por parte de un extraño que, sin saberlo, se ha convertido en materia prima. Me encuentro respondiendo en lugar de evadir.

—Tengo una historia. La estoy escribiendo.

—Pero las poesías no son historias.

—Vaya que si lo son. Has leído poca poesía, ¿verdad?

—En el instituto y poco más.

—Los poemas cuentan historias. A veces mucho más profundos que una novela o una película. Lo que pasa es que se cuenta desde el corazón —me señalo mi pecho desnudo—. Pero vale, te confieso que esto no es una poesía.

—¿Entonces?

—Es una canción.

Se sorprende.

—Tengo la guitarra en el coche, ¿quieres…?

Dudo. No tengo claro si quiero lo que me sugiere: componer mientras él toca la guitarra. Yo también la toco y quizá un punto de vista externo pudiera ayudarme. Darle otro acercamiento.

Acepto, más que nada por aburrimiento. Él se viste rápido, baja a buscarla. Vuelve con una guitarra española en una funda gastada. Nos pegamos toda la noche tocando y escribiendo, probando acordes, descartando versos, pero al llegar el alba no hay ni un solo verso que me convenza. Por lo que decido ponerle de nuevo a cuatro patas y darle lo suyo. Él no protesta. Después, me tumbo y le doy la espalda.

—Mañana hay un festival no muy lejos de aquí —dice, acercándose en un intento de hacer la cucharita—. Tocarán algunas de mis bandas favoritas.

No digo nada. Él insiste.

—¿Vamos juntos? —pregunta, con una vulnerabilidad que desarma.

Me giro y lo miro. Sus ojos ya no tienen la chispa optimista de la playa. Ahora hay algo más, una profundidad que yo he ayudado a cavar. Y en ese momento, nace un nuevo reto. Un desafío infinitamente más complejo y estimulante.

Siempre he trabajado en la soledad más absoluta, en el anonimato. Pero, ¿y si pudiera hacerlo con un testigo? No un testigo del crimen, sino de mi vida. ¿Y si pudiera componer el siguiente verso, ejecutar el siguiente acto, con él esperándome entre la multitud? Tener a alguien buscándome después, preguntándome dónde leches me he metido. Sería una performance distinta, con un punto más de riesgo. Un acto único de disociación: matar a alguien y, minutos después, sonreír y, quizá, besar o abrazarte a la persona que te espera.

—Juntos —respondo, y me giro para mirarle a los ojos. Alargo la mano para acariciarle el pelo.

Él los cierra, como si mi tacto fuera una bendición.

LA VALLA

Hay una valla que no me deja pasar, todavía está acordonada la escena del crimen. Además, están desmontando los escenarios del festival. Es un ritual de ruidos metálicos, voces de capataces y obreros yendo y viniendo de un lado a otro, siempre con algo entre las manos.

—Así que habéis llegado a la conclusión de que el objetivo es una mujer porque no suda… ¿Es que las mujeres no sudan o qué? —pregunta Toribio.

—No es solo eso, Lucas, ya te lo hemos explicado, pero lo volvemos a repetir para todos —digo y miro a Olga.

Ella nos guía por la escenas del crimen.

—Criminalística nos ha comunicado que ha aislado una huella de pisada del número 39 en Benicassim.

—Hay hombres con el pie pequeño —objeta Lucas.

—Calla y escucha, haz el favor —le atajo.

—Si hay alguien capaz de ganarse la confianza de hombres y mujeres, es una mujer. Sobre todo porque después de interrogar a los familiares y amigos de la segunda víctima, ninguno afirma que el finado tuviera relaciones homosexuales.

—Para todo hay una primera vez —comenta Pleite.

Resoplo.

—En cambio para la primera víctima, sí que tenemos testimonios de su bisexualidad —prosigue Olga—. No hay rastros genéticos en las penetraciones y lo más importante, no hay rastros de látex.

—Hay condones sin latex —observa Mansilla, quien acto seguido se tapa la boca.

Lucas esboza una sonrisa y quiero reprobarle, pero no puedo. A pesar de ello mantengo mi templanza.

—Lo sabemos, Lola, no hay restos de ningún microplástico presente en los preservativos conocidos.

—Y eso nos lleva a que, casi seguro, usó algún tipo de elemento fálico para las penetraciones.

—Puede ser un impotente —dice Pleite.

—No todos son como tú, Julito —Toribio se me adelanta en el chiste fácil y Pleite le saca una peineta.

—Sí, inspector —dice Olga. Lo hemos barajado, pero déjame que termine y luego haceis las objeciones pertinentes.

—Eso, haced el favor de estaos calladitos —ordeno.

—Ninguno de los testigos con los que hemos hablado en los tres festivales describe a nadie sospechoso que encaje con un perfil masculino. Pero sobre todo, volvamos a lo básico: no hay semen, no hay látex, no hay microplásticos. No hay rastro de que haya un pene en ninguna de las tres escenas. Y ya hemos descartado la impotencia porque la impotencia no explica la penetración —remata Olga.

—¿Entonces? —Pregunta Toribio.

—Un juguete.

—¿Un juguete? —pregunta Toribio, despacio, como si lo estuviera procesando.

—Un consolador, un arnés, lo que sea.

—¿Y cómo mete eso en un festival sin que se lo detecten los de seguridad?

—Pensé que habíamos dejado claro que la culpable tiene acceso a zonas donde el público no puede, así que te lo recuerdo: es alguien del personal.

—Tienes muy claro que es la culpable —dice Toribio.

—Sí, porque si a todo esto le sumamos que la segunda víctima, según su familia y sus amigos, jamás tuvo relaciones con hombres, y que aun así alguien consiguió llevárselo a un rincón apartado y sodomizarlo, la conclusión es bastante evidente.

—Una mujer lo seduce y él no lo vive como una relación homosexual —dice Amaya.

—Exacto. Y la tercera víctima también era mujer. Lo que nos dice que a quien buscamos le da igual uno que otro.

Silencio. Una viga metálica cae al suelo con un golpe seco y nadie pestañea.

—La huella del número 39 termina de cuadrar el perfil —añade Olga, casi para ella misma.

Nadie objeta. Ni siquiera Toribio. Me suena el teléfono. Es Listín.

—Jefe, tengo algo importante sobre los teléfonos.

—¿Es bueno o malo?

—Vente a la Brigada y te lo explico mejor.

Cuelgo y miro al equipo.

—Volvemos a la Brigada.

NO LO SOPORTÓ

No lo soporto. Este contraste de temperaturas entre el interior y el exterior de los edificios me tiene la garganta reventada. Ya estamos en la brigada y Listín nos espera en su mesa, rodeado de la arquitectura habitual de su caos: tres monitores encendidos, cables por todas partes, una lata de bebida energética vacía y otra a medias, una chaqueta de chándal colgada en el respaldo de la silla en pleno julio porque el aire acondicionado de la Brigada no tiene término medio y él es de los que se congela. Nos hace sitio como puede.

—A ver, cuéntame —le digo.

—La red social donde se subió el vídeo es una plataforma pequeña, ya os lo dije. Pocos usuarios, poca moderación, y un equipo legal que cabe en un ascensor. Eso me facilitó las cosas. Tengo un contacto que conoce a otro contacto ahí dentro que me pasó los metadatos del perfil que subió el vídeo. Perfil creado el mismo día, sin foto, sin historial, sin nada. Una cuenta fake.

—Hasta ahí lo sabíamos.

—Sí, pero el dispositivo desde el que se creó la cuenta dejó un identificador. Y con ese identificador fui a la operadora.

—¿Tan rápido?

—La jueza está muy disponible, jefe —Se encoge de hombros con la naturalidad de quien lleva años moviéndose en esos márgenes—. El caso es que la operadora me ha dado los registros de ese número. Prepago, a nombre de Mustafa Said.

—¿Inmigrante en el fondo del estrecho?

—O vendiendo camisetas en cualquier playa, no tiene ficha de arrestos, así que si queremos encontrarlo, habría que mirar en los registros que ya sabes.

—No me veo yo a Mustafa yéndose de Madrid a Valencia y Luego a Castellón.

Olga se acerca a uno de los monitores sin que Listín tenga que invitarla.

—Dos localizaciones —dice Listín, señalando la pantalla—. El teléfono estuvo activo en la zona de Gandía el día del segundo crimen. Y en Benicassim el día del tercero.

Nadie dice nada durante unos segundos.

—¿Y antes? —pregunto.

—Nada. El número se activó en Valencia y se apagó en Castellón. Sin actividad anterior ni posterior. Como si no hubiera existido nunca.

—Lo tiró al fondo del mar —dice Toribio.

—O lo destruyó, o lo dejó en algún cajón, pero sí, ese teléfono no ha vuelto a dar señales de vida.

—Lo que significa que en Madrid usó otro —apunta Olga.

—O ninguno. O uno que todavía no hemos localizado.

Me quedo mirando el mapa en la pantalla. Dos puntos. Gandía, Benicassim. La ruta que ya conocíamos, confirmada por un teléfono que tuvo la precaución de no existir antes ni después.

—Esta tía no es tonta —digo.

—¿Esta tía? —Listín levanta la vista.

—Es una mujer. El resto del grupo ya lo sabe, a ti te lo explicamos luego. —Señalo la pantalla—. ¿Hay algo más? ¿Algún dato de las BTS que nos acote más la zona?

—Torre de Valencia capital para el primer registro. Torre de Gandía centro para el segundo. En Benicassim otra torre, otra de Castellón y luego ya nada.

—O sea, que sabemos que estuvo en Valencia, en Gandía y en Benicassim, que ya lo sabíamos, y que tiene la precaución de cambiar de teléfono entre crimen y crimen.

—Básicamente sí.

Resoplo. Olga me mira de reojo.

—Es algo, Del Olmo.

—Es confirmar lo que ya teníamos.

—Es confirmar que no es un aficionado. Que planifica. Que sabe que la pueden rastrear y toma medidas. Eso también es información.

—Aficionada.

Resoplo de nuevo. Tiene razón, aunque me cueste admitirlo. Me giro hacia el resto del equipo, que ha ido entrando en silencio y ocupa los huecos disponibles de la sala.

—Bien. Luis, ¿puedes intentar localizar actividad de otros móviles culebra en la zona del festival Madrid las fechas del primer crimen? Sé que es buscar una aguja en un pajar, pero si el patrón se repite quizá haya otro número que se activó y se apagó en el mismo período.

—Eso son cientos de números, jefe.

—Ya. Pero si se activó el mismo día o el anterior y se apagó al día siguiente, eso lo acota bastante. —Miro a Mansilla—. Tú le ayudas.

La novata asiente sin protestar. Toribio le dedica una mirada de condolencia.

—¿Y nosotros? —pregunta Pleite.

—Vosotros a casa. Mañana hay que estar frescos porque esta semana hay festivales y espero llegar antes de que haya un cuarto crimen.

Salen. Olga se queda, como siempre. Listín ya está tecleando.

—¿Crees que ya tiene otro teléfono? —me pregunta ella en voz baja.

—Lleva desde Madrid cambiando. Ahora mismo tiene uno nuevo que no sabemos ni de qué operadora es. —Me levanto—. Lo único que sabemos es que sigue ahí fuera y que el siguiente festival no va a esperarnos.

QUIZÁ FUE PREMEDITADO

Quizá fue premeditado.

Sin el quizá.

Le reventé la puta cabeza. Esta vez nada de estrangulamientos porque se puso farruco y no era plan de andarme con remilgos, que este bicho estaba fuerte como el vinagre. Que no quería que le diera por detrás que quería darme él a mí, decía. Le dije que sí, que vale porque se me estaba escapando, y me puse en pompa. Y en cuanto escuché su bragueta bajarse, cogí el gas pimienta y me di la vuelta para ponerle los ojos como un jipi en un retiro de ayahuasca. Y cuando empezó a gritar como una nena, le di una patada en los huevos que los tenía ya fuera y al doblarse por el dolor, cogí lo primero que encontré por allí, que curiosamente era un cenicero de publicidad de los viejos y no paré de golpearle la cabeza hasta que dejó de convulsionarse.

¿El problema?

Que esta vez hay sangre.

Mucha. De esa que no se limpia con una toallita húmeda y buenas intenciones. Me miro las manos con los guantes puestos, oscuros ya de tanto en tanto, y pienso que tengo aproximadamente tres minutos antes de que alguien se acerque a esta zona de carga, porque el muy imbécil empezó a gritar antes de que el gas le cegara del todo y eso no estaba en el guión.

Estoy dentro de una oficina abandonada en el callejón trasero del festival, junto a los contenedores de basura. El suelo es de chapa y la sangre ya está formando un charco oscuro que no voy a poder

disimular. Le hago una foto al tipo. ¿Por qué? No lo sé, quizá luego me sirva para algo.

Me quito los guantes del revés, los meto en el bolsillo interior de la chaqueta que llevo encima. La chaqueta tiene manchas también, en la manga derecha. Me la quito, la doblo con el interior hacia afuera y la meto debajo del brazo como si fuera cualquier cosa que una lleva porque le dio calor.

Respiro.

Una vez. Dos.

El cenicero sigue en el suelo junto a lo que queda de su cabeza. No lo toco. No tiene ningún sentido tocarlo ya. Lo que sí hago es revisarme la camiseta, el pelo, la cara. Con la cámara del móvil. Un poco de salpicadura en la mejilla izquierda que limpio con la manga de la chaqueta antes de doblarla de nuevo. El pelo, recogido, limpio. La camiseta, oscura, imposible de saber de qué es la mancha, espero.

Salgo despacio. No hay que correr, que eso llama la atención. Camino como alguien que ha ido a mear y vuelve al concierto. La música retumba fuerte desde el escenario principal y el gentío es tan denso que en diez pasos ya estoy dentro de la masa, invisible, uno más entre miles de cuerpos que saltan y sudan y gritan letras que no entienden.

Tardo un par de minutos en localizarlo. Está donde le dije, a la izquierda del escenario secundario, con la cerveza en la mano y el cuello estirado buscándome entre la gente. Cuando me ve llegar se le abre una sonrisa de las suyas, de las que todavía no han aprendido a disimular el alivio.

—Pensaba que te habías perdido —dice, acercándose para hablarme al oído por el ruido.

—Me perdí un momento, sí.

Me pasa el brazo por los hombros. Yo apoyo la cabeza en su pecho el tiempo justo para cerrar los ojos y escuchar, no solo la canción que están tocando, sino el latido de su corazón. Pienso en el cenicero. En el charco oscuro. En que esta vez no ha sido limpio y que eso va a complicar las cosas.

Y pienso también, casi sin querer, en los nuevos versos.

—¿Estás bien? —pregunta.
—Sí —digo—. Demasiado bien.

UN ACTO DE LIBERACIÓN

Un acto de liberación.

Esas cuatro palabras son las que firman la foto de la nueva víctima que el asesino ha subido a la misma red social en desuso que subió el vídeo anterior. Un grandullón, un armario empotrao que no sabemos cómo ha acabado así si de verdad es una mujer la que está firmando esta serie de crímenes que nos tienen al borde del colapso.

Al menos aquí no hace tanto calor.

—No hay signos de sexo —dice un forense jovencito con flequillo que se acaba de quitar los guantes delante de nuestras narices.

—¿Ninguno en absoluto?

—Ninguno. Sin penetración, sin fluidos, sin nada que sugiera actividad sexual previa o posterior.

Miro a Olga. Ella me devuelve la mirada con esa expresión suya de cuando está procesando algo y prefiere masticarlo antes de escupirlo. La conozco demasiado bien.

—¿Causa de muerte?

—Traumatismo craneoencefálico severo. Múltiples impactos con objeto contundente. —El forense señala el cenicero que hay en el suelo, dentro de la bolsa de evidencias—. Ese. Tiene pinta de llevar años en este sitio, así que no nos dice de dónde viene quien lo usó.

—¿Huellas?

—Limpio.

La oficina abandonada huele a óxido y a años de abandono. Las paredes conservan el fantasma de un logotipo de alguna empresa de producción que debió quebrar antes de que el festival existiera. El

suelo de chapa está oscurecido por la sangre en una mancha que no engaña a nadie sobre la violencia de lo que pasó aquí. Es mucha sangre. Demasiada para la pulcritud de los tres crímenes anteriores.

—¿Lo de los ojos? —pregunto

—Tiene pinta de spray antivioladores —responde—. Sus compañeros de Criminalística lo confirmarán.

—En ambos ojos. Lo usaron antes de los golpes para inutilizarlo. —Apunta Olga.

La miro y le hago una seña para salir fuera con el resto del equipo. Aquel cadáver ya no necesita de más de nuesta atención.

Toribio se rasca la nuca con una expresión de claro desconcierto. Pleite tiene los brazos cruzados y la vista en el suelo. Solís, que lleva media hora callada, abre la boca por fin.

—Pero entonces, si no hubo sexo, ¿sigue siendo la misma persona?

—El gas pimienta es premeditación —digo—. Vino con él encima. Y el mensaje en redes parece indicar la misma firma. —Señalo el teléfono de Olga donde sigue abierta la foto—. Lo que cambió es que este quizá se vio venir el percal e intentó defenderse.

—Tú lo has dicho, lo intentó —apunta ella—. Y eso la obligó a improvisar.

Mansilla levanta la vista del teléfono con esa cautela que tiene todavía la gente que no sabe bien si tiene derecho a hablar.

—La víctima se llama Gorka Aguirre. Treinta y ocho años, de Bilbao. Tiene antecedentes por agresión. Dos veces. Las dos a mujeres.

El silencio que sigue tiene una textura diferente a los anteriores. Olga es la primera en romperlo, y lo hace despacio, como quien no quiere asustar a las palabras antes de decirlas.

—Un acto de liberación…

—¿De qué forma se libera una mujer? —pregunto.

—¿Librándose de su agresor? —responde Amaya.

—Habrá que cotejar la actividad de esas dos mujeres agredidas y de su posible pareja actual —indico.

—¿Y cómo se van a meter cualquiera de esas dos mujeres con él en un sitio oscuro a follar? —Pregunta Lucas.

—No sería ni la primera ni la segunda mujer que vuelve con su ex maltratador, Lucas.

—Pues también es verdad —replica él —Lo voy mirando.

—¿Estará eligiendo a sus víctimas? —Pregunta Pleite.

—Es posible —responde Olga—. Las redes dan mucho juego y lo mismo el tipo ha dejado un rastro digital importante. ¿Lola?

—Me encargo de averiguar todo lo posible —dice Mansilla.

—Que te ayude Julio y le pasáis resultados a Listín —afirmo.

—Si damos por bueno esto, habría que mirar también en la vida de las otras víctimas —indica Amaya.

—Sin duda, ¿te encargas tú?

Ella asiente con la cabeza y hunde su cabeza en el móvil. Miro a Olga que no está demasiado conforme por su gesto. La interrogo con la mirada y ella ya sabe que tiene que hablar.

—Es posible también que este se pusiera chulo sin más, por su forma de ser y ella tuvo que improvisar. Puede que se equivocara al elegir víctima y el mensaje es una justificación a posteriori.

—También. —Olga sigue con sus teorías—. Pero no podemos descartar que elija con tiento. Ni que haya sido una venganza de sus ex y estemos ante otro criminal.

Ella resopla porque sigue firme en sus trece.

—¿Y qué hacemos con eso? ¿Buscamos a alguien que vaya liquidando a la gente que se lo merece?

—Buscamos a alguien que cree que se lo merece, que no es lo mismo —le corrijo.

Me doy la vuelta y me fijo en una nave industrial que hay detrás de una valla.

—Decidme que alguien ha mirado si hay cámaras de seguridad en alguna de esas naves.

El equipo se encoge de hombros.

—Voy, jefe —dice Pleite.

Julio sale del recinto del festival. Es mediodía y el sol empieza a apretar aquí también, aunque con más moderación. El aire del norte tiene una consistencia diferente al de Madrid, más fresco y con ese fondo de humedad que aquí llaman normalidad y que a mí me parece casi un lujo después de la semana que llevamos.

Miro al resto de compañeros que están enfrascados en sus teléfonos móviles, cada uno haciendo las tareas que esos pequeños dispositivos les permiten.

Voy a coger el mío para hablar con el comisario, pero en ese momento escucho cómo alguien grita mi nombre.

—¡Del Olmo!

Levanto la mirada y veo al gigantón de Julio Pleite corriendo hacia a mí con un brazo en alto. Sí que se ha dado prisa, sí. Llega hasta a mí casi jadeando. Me mira y sonríe.

—Lo tenemos.

EN EL BORDE DEL PUENTE

En el borde del puente estoy a punto de tirar a Jesús por el barranco abajo.

Menuda noche me ha dado. Para bien, claro. Hemos tenido sexo de todas las formas imaginables. No esperaba que un tipo tan escuchimizado pudiera tener tanto aguante, tanto para dar como para recibir.

Y no solo eso, es que entre polvo y polvo se ha puesto a tocar la guitarra y he conseguido componer gran parte de la canción.

¿Y por qué quiero tirarlo por el precipicio?

Porque no me gusta encariñarme de alguien y sé que si lo hago, luego me va a costar más desprenderme de él. Me pasó lo mismo con mis gatos, que los de los vecinos no me dio ninguna pena degollarlos o colgarlos de un pino, pero con los míos…

Jesús está a mi lado, apoyado en la barandilla del puente con la guitarra colgada a la espalda y una expresión de quien no sabe muy bien qué está contemplando pero le parece bonito de todas formas. El río suena abajo, entre las rocas. El cielo del norte tiene esa luz blanca y fría que no termina de decidirse entre el sol y las nubes.

—Toca la primera estrofa —le pido.

Me mira.

—¿Aquí? ¿En el puente?

—¿Hay algún problema con el puente?

Se encoge de hombros con esa docilidad suya que a veces me resulta encantadora y a veces me da ganas de empujarlo. Descuelga la guitarra, busca el acorde. Lo encuentra. Empieza.

La melodía es sencilla, de esas que se clavan. Él tiene buen oído aunque no lo sepa del todo. Cierro los ojos y tarareo los versos que escribimos anoche, los que yo dicté y él fue tanteando con los dedos hasta que encontraron su sitio.

Dulce por fuera, oscuro de espaldas,
late en la niebla, un mundo de trampas

—Sigue —digo.

Tu mundo era un trono de papel y miedo,
lo que dabas por hecho te costó el aliento.

Hace una pausa.

—Esta segunda estrofa me sigue pareciendo más floja que la primera —protesto.

—A mí me parece bien —dice él.

—Es que la primera tiene más gancho. "Oscuro de espaldas" es una imagen muy buena. La segunda es más directa, menos poética.

Le miro. A veces olvido que tiene criterio.

—Toca la siguiente.

Buscabas puerto en mi marea
y anclaste el alma en la garganta.

—Esta es la mejor —dice, sin dejar de tocar—. Aquí hay algo. Una contradicción, alguien que busca refugio y encuentra lo contrario. —Hace una transición de acordes—. ¿Y la cuarta?

Repartías miedo con tus manos grandes,
y aprendiste tarde que los muros caen.

Jesús para un momento. Toca los últimos dos acordes de la estrofa otra vez, solo, como si quisiera convencerse de algo.

—Esta también me gusta. Tiene rabia. —Me mira de reojo—. ¿Sobre quién estás escribiendo?

—Nadie en concreto.

—Todas las canciones son de alguien en concreto.*

—¿Yellow submarine también?

Sonríe y deja de insistir. Toca el puente instrumental que diseñamos de madrugada, cuando ya nos habíamos quedado sin palabras y la guitarra hablaba sola.

Este oasis es solo una mentira,
un espejismo antes de la función.

Sigue tocando pero yo me paro.

—Venga, no te desanimes, el estribillo te saldrá pronto.

Lo miro y su sonrisa estúpida, curiosamente, me calma.

Vuelvo a mirar el río. El estribillo es lo que cierra una canción, lo que le da sentido a todo lo anterior. Y yo todavía no sé cómo termina esto. Hay cosas que no se pueden escribir hasta que no han ocurrido.

—Es una canción rara —dice Jesús, apoyándose de nuevo en la barandilla a mi lado—. No hay amor. No hay esperanza. Hay como… una frialdad. Como si quien la escribiese observara a la gente desde fuera.

—Quizá es porque quien la escribe observa a la gente desde fuera.

Se produce un nuevo silencio. El río sigue sonando abajo, flanqueado por dos paredes de piedra a cada lado de más de veinte o treinta metros.

—¿Eso no es muy solitario? —pregunta.

La pregunta me resulta curiosa. No triste, no incómoda. Curiosa.

—No —respondo—. Es muy cómodo.

Él asiente despacio, como si lo estuviera procesando. Luego me mira y sonríe, y en esa sonrisa hay algo que no esperaba encontrar: comprensión. O algo que se le parece.

—Oye —dice—. ¿Puedo tocar en tu próximo concierto?

Conciertos dice el alma de cántaro.

—No doy conciertos.

—Pues deberías.

Me quedo mirándolo. El pelo revuelto por el viento, la guitarra española colgada a la espalda, los ojos sin la chispa optimista de la

playa cuand lo conocí, pero con algo mejor: con profundidad. Con el peso de alguien que ha pasado una noche que no olvidará.

Decido no tirarlo por el barranco.

De momento.

LOS CURIOSOS SE ACUMULAN

Los curiosos se acumulan alrededor de la cinta policial.

La voz ha corrido como la espuma y me juego los trienios a que ha sido alguien de la nave el que se ha ido de la lengua.

Lo tenemos, dijo el cándido de Pleite.

Y es cierto que tenemos una imagen. Una persona que entra en el escenario del crimen junto con la víctima y que sale sola después. Pero esta imagen no da para reconocer la cara del sospechoso o, cada vez más posible, sospechosa.

—No llegará al metro setenta, delgada, y con ropa de mujer —insiste Olga, triunfante.

—Quiero un registro de todas las habitaciones de hotel que hayan alojado a mujeres solitarias en Bilbao y todos los alrededores. Lo quiero para ayer —exijo.

—No nos va a dar la vida, jefe, para tanto curro —protesta Toribio.

—Os tiene que dar para eso y para más. Mansilla, solucióname el tema del alojamiento, que nos quedamos por aquí un par de días al menos. Yo voy a hablar con la comisaría central de aquí para que nos dejen un lugar donde trabajar. Solo serán dos días, pero vamos a dormir poco.

—La captura de pantalla que hemos podido conseguir, Listín nos la va a filtrar para ver si puede mejorar algo, y se la vamos a mostrar a todo el personal del festival —dice Olga.

—Este sarao tampoco es de Delacroix, ¿verdad? —pregunta Mansilla.

—No, no lo es, así que descartamos la venganza personal de forma definitiva —digo.

—Yo no lo descartaría tan pronto, Del Olmo —dice Olga.

No le contesto y disperso al equipo con un gesto. Me quedo solo con Saavedra, que sigue mirando la captura en su teléfono con una expresión que no termino de descifrar. No es satisfacción exactamente. Es algo más parecido a la certeza.

—¿Por qué no lo descartas?

—Porque Delacroix tiene mano en casi todos los festivales, es decir, que su entorno tiene acceso a casi cualquier concierto o evento de este tipo.

—¿Qué quieres decir?

Olga me enseña el teléfono. Y mi cara de extrañeza la invita a hablar.

—Es la hija mayor de Delacroix. Y esta es su cuenta en su red social más activa.

—¿Y qué me quieres decir con esto?

—Joder, Del Olmo, pareces nuevo.

Sigo mirando el teléfono de la inspectora.

—A ver, a ver, son mujeres con fisionomías parecidas, pero no me estarás diciendo que…

—Solo digo que priorices los registros de las habitaciones de hotel con el apellido Delacroix, que cruces datos con aquí y con Comunidad Valenciana. Y puede que así tengamos a nuestra chica.

—¿Tú te das cuenta de lo que esto significa? —Pregunto, visiblemente alterado.

—Sí, que podemos resolver el caso antes de que cunda el pánico generalizado, aunque eso implique «manchar» el apellido de un promotor importante.

—No, alma de cántaro, no —digo—. Eso significa que ya estás pidiendo el traslado desde fugitivos. Aquí te necesitamos como el comer.

Se me queda mirando seria, le aguanto la mirada. Parece uno de nuestros duelos estilo western.

—Ya veremos.

VIENDO CÓMO SE HUNDE EL HIERRO ENTRE LA ESPUMA

Los hierros se hunden entre la espuma de las olas.

Chillida los plantó aquí hace décadas y el mar lleva décadas intentando arrancarlos sin éxito. Me pregunto si lo sabía. Si cuando diseñó estas garras de acero oxidado pensó en la resistencia como concepto o simplemente eligió un buen material. Me inclino por lo segundo. Los artistas que teorizan demasiado sobre su propio trabajo suelen hacer el peor.

Jesús está a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y el pelo húmedo por la brisa. El Cantábrico aquí es distinto al de los días anteriores. Más encajonado, más furioso. Las olas rompen contra las rocas con una violencia que moja los zapatos si te acercas demasiado. Jesús se ha acercado demasiado dos veces. Las dos me ha mirado como si esperara que yo dijera algo.

No he dicho nada.

—Son más pequeñas de lo que pensaba —dice por fin.

—Las esculturas.

—Sí. Las había visto en fotos y parecían enormes.

—En las fotos no aparece el contexto. Son pequeñas porque el mar es grande.

Silencio. Una ola más grande que las anteriores rompe contra el hierro y el agua llega hasta nosotros en forma de niebla fría. Jesús se ríe. Una risa corta, de sorpresa, de alguien al que el mundo sigue

pillando desprevenido. Me resulta, y esto es nuevo en mí, entrañable.

Llevo dos días sin matar a nadie. Ni siquiera planear el siguiente crimen.

Noto la ausencia de muerte de una forma que no esperaba: no como abstinencia, sino como claridad. El ruido que suele haber en mi cabeza, esa partitura constante de planificación y observación y cálculo, se ha reducido a un murmullo de fondo. Todavía está ahí. Siempre está. Pero hay espacio para otras cosas.

Para esto, por ejemplo. Para estar de pie frente al Peine del Viento con alguien que se ríe cuando le salpica el mar.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En Chillida.

—Mentira.

Le miro.

—¿Perdona?

—Que es mentira. Llevas diez minutos aquí y no has mirado las esculturas más de treinta segundos. Las estás mirando ahora porque yo las he mencionado.

Tiene razón. No lo admito.

—¿Y tú en qué piensas? —pregunto.

—En quedarme aquí.

—¿En San Sebastián?

—Contigo.

Lo dice sin dramatismo, sin la vulnerabilidad cargada de los primeros días. Lo dice como quien constata un hecho meteorológico. Y eso, precisamente eso, es lo que hace que sea difícil de ignorar.

—¿Tú sabes lo cara que es esta ciudad?

El ruido del mar no me permite escuchar su respuesta. Empiezo a caminar por las rocas, despacio, con cuidado de no resbalar. Jesús me sigue. A nuestras espaldas, la ciudad se extiende en una curva perfecta alrededor de la bahía, los edificios del casco viejo mezclados con la piedra clara del ensanche. Donosti tiene esa rara habilidad de parecer razonable. Ordenada. Como si la violencia del mar que la rodea hubiera enseñado a sus habitantes a construir las cosas para que duren.

—Tres días más —digo.

—¿Qué pasa en tres días?

—Que me voy.

Él camina en silencio durante un momento.

—¿A dónde?

—A donde haya que ir.

Otro silencio. Una gaviota pasa por encima de nosotros gritando algo que ninguno de los dos interpreta. Llegamos a un punto desde el que se ven las tres piezas de hierro al mismo tiempo, hundidas en las rocas negras, con el agua rompiendo entre ellas. Desde aquí sí son grandes. El contexto, otra vez.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta Jesús.

La pregunta no me sorprende. Lo que me sorprende es el tiempo que tardo en responder.

—No.

—¿Por qué?

Porque en el mejor de los casos serías un testigo. En el peor, un problema que no me puedo permitir. Porque llevas tres días durmiendo a mi lado y eso ya es demasiado. Porque cuando te ríes porque el mar te salpica noto algo que no sé nombrar y las cosas que no sé nombrar me ponen nerviosa.

—Porque no —digo.

Él asiente. No protesta. Eso también me resulta, maldita sea, entrañable.

—Tres días —repite, como si fuera un trato.

—Tres

El hierro sigue hundiéndose entre la espuma. El mar sigue intentando arrancarlo. Y yo sigo aquí, de pie en las rocas de Donosti, con alguien al que no debería haberle permitido llegar tan cerca y al que, por alguna razón que Chillida probablemente entendería mejor que yo, no termino de alejar.

MALA COMBINACIÓN

Mala combinación.

Crimen y prensa.

Nos hemos vuelto del País Vasco sin nada más que una hermosa filtración a los medios. Sin duda ha sido el personal de la nave, de eso ya no me queda duda, pero tampoco puedo hacer gran cosa.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —Pregunto a Saavedra.

—No, pero no nos queda otra.

—Sí, podemos seguir investigando.

—Coinciden dos fechas…

—Y hay cuatro crímenes.

La hija de Delacroix, Olivia Delacroix, tiene geolocalizado su teléfono tanto en Madrid en el primer crimen, como en Gandía en el segundo. Hay reserva en un hotel en la localidad valenciana a su nombre.

—No ha estado en Benicassim ni en Bilbao, jefe —indica Listín.

—Lo sé, pero puede haberse dado cuenta de que dejaba rastro. De Gandía a Benicassim no hay mucha distancia, pudo dejar el teléfono en el hotel y volver.

Lo cierto es que estuvo tres días en Gandía y esa posibilidad es viable.

—¿Y en Bilbao? —pregunta Toribio.

—También pudo ir y venir desde Madrid —replica Olga.

El inspector resopla, Amaya no lo ve tampoco claro por los gestos de su cabeza y Pleite se mantiene callado. Lola Mansilla tan solo mira en la pantalla de su ordenador, junto a Luis.

—Tan solo se trata de una entrevista, no vamos a detenerla —explico al equipo. No tenemos otra alternativa. Hemos enseñado la foto a todo el personal del festival de Bilbao y nadie la reconoce.

El equipo, a pesar de no estar convencido, claudica porque en realidad no tenemos nada mejor a lo que aferrarnos. El comisario Alamillos está que trina, no tenemos ningún resultado y los plumillas ya están haciendo sonar su teléfono. Hay multitud de rumores en las redes sociales y algún medio nacional ya se ha hecho eco de los crímenes sin dar datos exactos. Más que nada porque no los tienen.

—Bien, ¿alguna sugerencia más de operativa? Luis, ¿algún otro teléfono al que prestar atención?

—De momento nada, jefe.

—Lucas, ¿qué festivales tenemos para este próximo fin de semana?

—Grandes como los de hasta ahora, ninguno, quizá uno de electrónica en el desierto, en Aragón, ese sí es de Delacroix.

—Bien, pues habrá que ir preparando el operativo.

—Nos vamos a morir si vamos allí, jefe.

—Entonces reza porque Olivia Delacroix sea culpable.

Nos presentamos en las oficinas sin previo aviso. Jaime y Olivia Delacroix trabajan, en teoría, para la misma empresa de eventos. Si la muchacha no estuviera allí, le rogaríamos a su padre que la avisara y esperaríamos lo que hiciera falta.

Los despachos se encuentran en una de las zonas más nobles de Madrid: Azca. El calor sigue pegando fuerte aunque ha dado una tregua de unos ligeros grados. Ahora ya no hace cuarenta, «solo» treinta y cinco. Las noches son ligeramente más suaves y aunque siguen siendo tropicales permiten conciliar algo mejor el sueño. Las torres de Azca se recortan contra un cielo blanco de agosto, y el cristal de los edificios devuelve el sol como si quisiera multiplicarlo.

Nos identificamos ante el recepcionista, que es un chaval imberbe que apenas abre la boca para decir que esperemos.

—El señor Jaime todavía no ha llegado —dice después de unos minutos de espera.

—Queríamos ver a Olivia —indica Olga.

El chico se queda sorprendido, pero coge el teléfono y hace la llamada pertinente.

—Suban a la novena planta, les espera allí.

Subimos en un ascensor de cristal que da al atrio interior del edificio. Al salir me da un pequeño vuelco el estómago. Nos recibe una chica, que, en efecto, podría parecerse a la del vídeo de la nave de Bilbao.

—Buenos días, mi padre hoy tardará en llegar —dice con una sonrisa en la boca.

Tiene el pelo bastante corto, la piel blanca y una delgadez extrema. La chica del vídeo llevaba gorra, y quizá eso me confunda respecto a su pelo.

—En realidad queríamos hablar contigo, Olivia —dice Olga.

—¿Conmigo? —responde extrañada.

Mi compañera asiente, y después de unos segundos de duda, nos invita a acompañarla a su despacho.

Entramos en una oficina con más luz que la Puerta del Sol, con vistas a los ministerios y decorada con multitud de motivos musicales: pósteres de Led Zeppelin, los Beatles, Muse y varios carteles de festivales. Hay un tocadiscos, una estantería repleta de vinilos y su mesa parece sacada de una convención de videojuegos: un ordenador de Apple de los grandes y una silla de trabajo de esas que parecen un asiento de un Fórmula 1.

—Ustedes dirán —dice cuando se sienta en esa silla.

—Queríamos preguntarte por tu viaje a Gandía.

Ella se queda callada sin saber qué decir.

—El festival, de hace unos diez días —aclaro.

—Ah, sí, claro. Fui porque me gustaban un par de artistas… —inicia—, y para supervisar todo también.

Esto último lo dice con la misma convicción que un carterista cuando le han pillado y pone como excusa que se la había caído la cartera a la víctima y le estaba ayudando.

—¿No te moviste de Gandía en todo el fin de semana? —pregunto.

—No… Bueno, fui a Valencia a comer con unos amigos.

—¿Y en el festival, con quién estuviste? —dice Olga.

—Con compañeros.

—¿Compañeros?

—Sí, de aquí, muchos viajan para supervisar que todo esté en orden.

—¿Podrías darnos los nombres?

—¿Por qué?

—Necesitamos hacer unas comprobaciones.

—¿Les van a interrogar también? —pregunta, algo molesta.

—Esto no es un interrogatorio —intervengo para tratar de sosegarla porque se está poniendo nerviosa. Miro a Olga, que ha olido la sangre y no quiere que se le escape la presa.

—Supongo que estás al tanto de los crímenes que se cometieron en los festivales que organizáis desde aquí, ¿no?

A ella le cambia la cara y se retrepa en la silla.

—Claro que lo sé, lo que no entiendo es qué tengo que ver yo en todo esto.

—Olivia —inicio—, trabajas en la empresa, conoces al personal, quizá pudieras ayudarnos.

—¿Ayudarles a qué?

—A decirnos quién es esta persona —Olga se harta y le enseña la foto del móvil.

Ella la mira y hace una mueca que no consigo averiguar.

—No sé, ¿por qué?

La muchacha está realmente agobiada.

—Necesitamos que nos des acceso a tu teléfono móvil y a tus ordenadores. También que nos facilites el nombre de todas las personas con las que interactuaste en Gandía y Valencia.

—Pero ¿por qué?

Olivia mueve la silla hacia atrás, ha entrado en pánico.

—Por lo que te hemos dicho antes: conoces a mucha gente y puede que dentro de esa gente esté la persona a la que buscamos.

—¿Me están diciendo que alguno de mis compañeros es el responsable de esos…? —Se queda callada.

—Te estoy diciendo que necesitamos investigar a fondo a todo el personal de esta empresa…

En ese momento, Jaime Delacroix entra en el despacho y pone los brazos en jarra. Lleva la corbata aflojada y la cara de quien viene de tener una mañana difícil y acaba de encontrar el motivo por el que va a ser peor.**

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

—Buenos días, señor Delacroix —Me acerco a él y le ofrezco mi mano.

No me la estrecha y entonces Olga le muestra también a él la foto.

—¿Nos puede decir quién es esta persona?

El tipo ni la mira y se dirige a mí.

—Inspector Del Olmo, haga usted el favor de salir de este despacho ahora mismo, si quiere, le recibiré en el mío en unos minutos.

El hombre me sortea y se dirige a su hija, ella le abraza con cierta timidez.

Olga me mira y con su mirada lo dice todo.

—No, señor Delacroix —digo, y Jaime me mira con rabia—. No nos vamos a ir de aquí hasta que nos den todo lo que le hemos pedido a su hija.

—Y hasta que no nos digan si la chica de la foto es ella —dice Olga.

CERROJOS SIN LLAVE

Tengo tres llaves y ni una abre los malditos cerrojos.

Estoy en la casa de mi familia en la sierra de Madrid. Me he venido después de los días del norte.

Tengo que pensar, tengo que terminar de componer la canción. Estoy convencida de que va a salir algo bueno.

He dicho que me he venido, en singular, pero en realidad debería haber usado el plural.

Jesús está detrás de mí, con la mochila en el suelo y las manos en los bolsillos, mirando la fachada de la casa con esa expresión suya de encontrar interesante cualquier cosa que se ponga delante. La casa es de piedra, dos plantas, con la enredadera crecida hasta donde no debería y el jardín convertido en algo que ya no merece ese nombre. Nadie viene aquí desde hace dos años por lo menos. Mis padres prefieren el apartamento de la playa y yo prefiero no venir con ellos.

—¿Ninguna? —pregunta.

—Ninguna.

Pruebo otra vez la que tiene el llavero de madera. Entra en el cerrojo pero no gira. Oxidado, probablemente. O cambiaron la cerradura y no me dijeron nada, que también es posible dado el estado general de nuestra comunicación familiar.

—Hay una ventana entreabierta en el lateral —dice Jesús, que ha estado paseando por el perímetro mientras yo maldecía en voz baja.

—¿Dónde?

—Segunda planta. Pequeña, de baño seguramente. Creo que yo quepo.

Le miro. Es delgado, eso es verdad, pero la ventana de baño de la segunda planta de esta casa tiene el ancho de un diccionario.

—No cabes.

—Creo que sí, solo necesito que me ayudes a agarrarme a la repisa.

Le acompaño y pongo las manos a modo de escalerita. Él se descalza (qué mono) y se apoya. Con un gesto ágil, se encaramar a la pared aprovechando el hueco entre dos piedras, llega al alféizar de la ventana del primer piso, la usar de trampolín hacia la de arriba, y desaparece al otro lado con un ruido metálico y una palabrota que llega amortiguada por las anchas paredes. Dos minutos después, la puerta principal se abre desde adentro y Jesús está ahí, con una telaraña en el pelo y una sonrisa de quien acaba de hacer algo que le ha gustado más de lo que esperaba.

—Quepo —dice.

Y no me queda más remedio que sonreír.

Dentro huele a cerrado, a madera vieja y a ese silencio particular que se instala en las casas cuando llevan demasiado tiempo sin voces. La luz entra en diagonal por las persianas entreabiertas y corta el polvo en suspensión en franjas que se mueven cuando caminamos. La cocina está tal como la dejaron: los azulejos azules de siempre, la cafetera italiana en el escurridor, un calendario de dos años atrás con una foto de la Alhambra en la pared.

Jesús lo toca todo con las puntas de los dedos, despacio, como si estuviera en un museo.

—¿Has sido feliz aquí? —pregunta, mirando el calendario.

La pregunta me pilla sin defensa preparada.

—No vengo a ser feliz. Vengo a pensar.

—Eso no responde a lo que te he preguntado.

—Ya lo sé.

Abro las persianas de la sala. El jardín salvaje aparece detrás del cristal con toda su desvergüenza vegetal: la buganvilla que nadie ha podado en años, el pino que ha crecido torcido hacia la luz, la mesa de piedra bajo la que solíamos comer en agosto cuando éramos los suficientes. El recuerdo llega y se va sin dejarme nada útil. Eso es lo

bueno de los recuerdos de infancia: si los miras directamente, se disuelven.

—Yo te puedo hacer feliz —dice Jesús, y sin mediar palabra, me abraza por detrás y aprieta su anatomía contra mi cuerpo. Lo noto todo. Y sí, su anatomía me ha hecho feliz estos días.

Me separo.

—No vayas tan rápido, «Billy».

Le miro. Él se encoge de hombros y se va a abrir la nevera, que lógicamente está vacía y desenchufada. La enchufamos. Abrimos todas las ventanas. Sacudimos las sábanas en el jardín levantando nubes de polvo que el sol de la sierra convierte en oro por un momento. Encontramos en la despensa dos latas de conserva, un bote de pimientos en conserva, media botella de aceite y un paquete de pasta caducado tres meses atrás. Hacemos una comida frugal con ello, y comemos de pie, en la cocina, con los platos directamente en la encimera porque la mesa aún está húmeda de haberla limpiado.

Es, pienso mientras le veo comerse los últimos macarrones, la cosa más doméstica que he hecho en años.

La tarde pasa despacio en la sierra. El calor es diferente aquí: seco, con olor a jara y a pino caliente, sin la humedad pegajosa del norte ni el asfalto de Madrid. Jesús se sienta en la mesa de piedra del jardín con la guitarra y toca sin destino, acordes sueltos que van y vienen. Yo me quedo en la sala con el cuaderno, releyendo todo lo que tenemos. Las estrofas, el puente, las páginas con tachaduras y flechas y palabras escritas en los márgenes.

La canción está casi completa. Le falta una cosa: lo que cierra, lo que hace que todo lo anterior tenga sentido. El estribillo.

Los estribillos son los más difíciles. Cualquiera puede escribir una estrofa. Las estrofas son el argumento. El estribillo es la verdad.

Cuando el sol empieza a bajar, Jesús entra con la guitarra en la mano.

—¿Algo? —pregunta.

—Nada todavía.

—¿Puedo leer lo que hay?

Dudo. Nadie ha leído este cuaderno. Nadie ha estado suficientemente cerca para pedírmelo. Solo le he contado y cantado las estrofas. Me rindo y se lo paso.

Lee despacio. Su cara cambia a medida que avanza, pero no de la forma que esperaría. No hay confusión ni incomodidad. Hay algo parecido a la concentración. A la que pone cuando busca un acorde difícil.*

—¿Quiénes son? —pregunta, sin levantar los ojos.

—¿Quiénes son quiénes.

—Las personas de las que escribes. El que tiene un mundo de trampas. La que ancló el alma en la garganta. El de los muros que caen.

—Nadie. Todo el mundo. Los que me he ido encontrando aquí y allá.

—Están muertos, ¿verdad?

Lo dice con la misma naturalidad con que diría que va a llover.

—¿Por qué lo dices?

—Porque escribes de ellos como se escribe de alguien que ya no puede contradecirte.

El pino del jardín mueve las ramas con el viento de la tarde. Jesús me devuelve el cuaderno.

—Es muy bueno —dice—. Pero le falta el centro.

—Lo sé, pesado.

—El centro no va a salir sentados así.

Lo miro. Él sostiene la mirada sin la timidez de los primeros días, con esa nueva profundidad que ha ido construyendo despacio, sin que yo lo autorizara del todo.

—¿Qué propones?

Él no responde con palabras.Vuelve a pegarse a mí, esta vez de cara y me muerde en el cuello y, joder, me da un escalofrío que llega hasta la entrepierna. Me toma de la mano y, contrariamente a lo que ha venido sucediendo los últimos días, me dejo llevar. Subimos a la habitación que fue de mis padres, la única con cama de matrimonio. Las sábanas huelen a lavanda artificial y a tiempo detenido. Jesús deja la guitarra en la silla. Yo abro el armario porque sé lo que hay:

lo mismo que hay siempre cuando uno se prepara, que no es lo mismo que prepararse para lo de siempre.

Las cuerdas primero. Finas, de escalada, de las que no cortan pero sí marcan. Jesús las mira sin apartar los ojos, sin el gesto instintivo de retroceder que tienen la mayoría. Me pregunta con la mirada si estoy segura y yo le respondo con la misma moneda.

Lo que pasa después tiene poco de convencional y mucho de honesto. Las cuerdas hacen su trabajo y el cuchillo, que es pequeño y de hoja plana y está pensado para rozar y no para herir, hace el suyo. Jesús no se arredra. Eso ya lo sé, pero esta vez es diferente porque esta vez no estamos en un hotel de paso sino en una casa que tiene historia y las casas con historia amplifican todo.

En algún momento, en el espacio entre una cosa y la siguiente, le miro y pienso: podría decírselo.

No la verdad entera. Pero sí suficiente. Le podría hablar de los festivales como se le habla a alguien de un proyecto que va bien. Le podría enseñar el cuaderno de otra manera, sin metáforas, sin «nadie y todo el mundo». Podría decirle que las personas de las que escribo estaban vivas cuando las elegí y que ahora no lo están y que eso, precisamente eso, es lo que hace que la canción sea única.

Me pregunto qué haría.

No creo que saliera corriendo. Eso es lo que me inquieta.

Cuando terminamos, la habitación ha dejado de oler al pino que entra por la ventana abierta y huele a nosotros, a nuestros fluidos. Jesús está boca arriba con los ojos en el techo y yo tengo el cuaderno en el regazo aunque no he escrito nada todavía.

—¿En qué piensas ahora? —pregunta.

—En el estribillo.

—Cuéntame.

—Tiene que ser lo que resume todo. Las personas, la música, lo que queda después. Tiene que ser el título.

—¿Cuál es el título?

—No lo sé todavía.

Mentira. Lo sé desde hace días. Pero decirlo en voz alta es hacerlo real de una forma diferente.

—Todos mis fantasmas —confieso pasados unos segundos.

Silencio. El pino mueve las ramas.

—Sí —dice Jesús, despacio—. Eso es.

Se incorpora, coge la guitarra que tiene al lado de la cama. Busca los acordes del estribillo, los que hemos estado rondando sin encontrar. Esta vez los encuentra rápido, como si hubieran estado esperando ese nombre para aparecer.

Tocamos y escribimos durante horas, en la cama, con el cuaderno entre los dos y la guitarra llenando la habitación. Cuando el estribillo aparece completo, ya es de noche y las estrellas de la sierra, que no tienen competencia de ciudad, están todas.

Todos mis fantasmas bailan esta noche,
les puse nombre, les enseñé mis cantes
Todos mis fantasmas saben lo que cuesta
convertir el pulso en algunas obras de arte.

Jesús lo toca entero, de principio a fin, sin parar. Las cuatro estrofas, el puente, el estribillo. La canción dura casi tres minutos y en esos tres minutos están cuatro personas que ya no existen y una historia que nadie va a entender del todo excepto quien la escribió.

—Es la mejor canción que he tocado en mi vida —dice, cuando termina.

—Qué exagerado…

—En serio, y no solo yo: es la única canción que has tocado en tu vida que vale algo.

Se ríe. Yo también, y eso me sorprende tanto que paro antes de que se note demasiado.

—¿Qué pasará con ella? —pregunta—. ¿La publicaráss en plataformas?

—A su tiempo. Hay que remezclarla, meterle algún instrumento… ya sabes.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé, cuando la termine de del todo.

Él me mira.

—¿No está terminada?

Apago la luz de la mesilla.

—Todavía le falta un último arreglo.

ÓXIDO Y AMOR

Tengo el corazón oxidado, sin amor.

Eso sería lo que diría alguno de mis ex, seguro.

Y la investigación también anda llena de óxido.

Esta mañana he encontrado en el bolsillo de una chaqueta que no usaba desde hace meses una nota de Insausti. Una de esas notas que escribe en papelitos de hotel, con su letra apretada y hacia arriba. Decía: "te espero". Sin fecha, sin contexto, sin saber si lo escribió hace tres meses o hace uno. Me he quedado mirándola el tiempo suficiente para darme cuenta de que no recordaba cuándo fue la última vez que le esperé yo a él, o él a mí, con ganas de verdad. Luego la he metido en el bolsillo de la chaqueta otra vez, que es la forma que tengo de gestionar las cosas que no sé cómo gestionar.

Después he venido a la Brigada y he intentado no pensar en ello, que es también la forma que tengo de gestionar las cosas que no sé cómo gestionar.

Olivia Delacroix tiene coartada para Bilbao. Una buena, de esas que no se improvisan: estaba en Londres en una feria de promotores musicales, con vuelos, factura de hotel y cuarenta testigos del sector. Listín lo verificó en tres horas y el abogado de Delacroix se lo entregó todo plastificado y por triplicado antes de que pudiéramos pedírselo, lo que me dice que llevaban días preparándolo.

Jaime Delacroix nos acompañó hasta el ascensor cuando nos íbamos, con esa cortesía de quien ha ganado algo y quiere que lo sepas sin decirlo. «Confío en que no será necesario molestar más a mi familia», dijo. Del Olmo no respondió. Yo dije que necesitaba una

lista detallada de todos los trabajadores que repitieron en Madrid y Gandía. Él tan solo asintió. En el ascensor, el inspector miró el número que bajaba en el display y yo lo miré a él mirando el número, y los dos sabíamos que habíamos perdido el día.

Pero lo de la foto es lo que me tiene en un sin vivir.

Cuando le mostré la imagen a Olivia, algo pasó en su cara. No fue culpabilidad. No fue el sobresalto de quien se reconoce a sí misma. Fue otra cosa, más rápida y más difícil de nombrar, como quien ve algo familiar en un lugar donde no debería estar. Un parpadeo de más. Los ojos que se quedaron un segundo por encima del tiempo razonable antes de devolverme el teléfono. Y luego el «no sé quién es ni mucho menos soy yo» dicho con una voz que era correcta pero no era natural.

Podría estar equivocada. Llevo semanas con poco sueño y demasiados festivales y una investigación que no avanza, y eso tiene un coste en la capacidad de leer a las personas con precisión. Pero no creo estarlo.

Del Olmo lleva dos días sin mencionar a Olivia Delacroix, que con él equivale a haberla descartado en silencio. A Toribio no le gustó que no encontráramos culpable. Le tocó a él irse al desierto junto con Amaya y Pleite. No rascaron tampoco nada en claro, aunque tampoco hubo crimen.

Pero yo sigo dándole vueltas a esa cara.

Si no es ella, ¿a quién reconoció?

Y hay otra cosa que me escama: no sé si quiero que no vuelva a actuar o que sí. Porque si no lo hace, mucho me temo que no la vamos a atrapar.

Creo que desvarío, porque no concibo que pueda querer un nuevo crimen. No es de buena investigadora. Y mucho menos, de buena persona.

Estoy sola en la sala de reuniones con el mapa y las fotos y los hilos que llevamos semanas tirando. He apagado el aire porque ya me tiene frita la garganta, así que he abierto las ventanas y el ventilador del techo hace su trabajo honesto y mediocre. Me he traído un café que ya está frío. Hay un punto de la investigación en

el que el café frío deja de ser un inconveniente y se convierte en el estado natural de las cosas.

Repaso lo que tenemos. Un teléfono culebra que estuvo en Valencia y Gandía y luego dejó de existir. Una imagen de metro setenta con gorra. Cuatro crímenes en cuatro festivales distintos. Víctimas sin patrón claro de sexo o edad pero con algo que empieza a parecerse a un patrón de carácter: el sumiso, el prepotente, la romántica autodestructiva, el agresor. Como si alguien estuviera eligiendo arquetipos en lugar de personas.

Eso es lo que no hemos trabajado suficiente.

Arranco el ordenador y con el programa de diseño escribo notas en el mapa interactivo que Luis se encarga de crear siempre que hay víctimas en diferentes partes de la geografía. Apunto cosas que no sé si son intuiciones o tonterías hasta que alguien me dice cuál de las dos son. Si las víctimas no son aleatorias, si hay selecciones previas, entonces hay un proceso. Observación, evaluación, elección. Tiempo. ¿Cuánto tiempo pasa entre que llega al festival y elige? ¿Llega ya con alguien en mente? ¿Y si es así, cómo los encuentra antes de llegar?

Las redes sociales son la respuesta más directa. Gorka Aguirre, el de Bilbao, tenía el perfil lleno de comentarios que en el mejor de los casos rozaban un límite y en el peor lo cruzaban con ventaja. Cualquiera que lo buscara sabría en diez minutos qué clase de hombre era. ¿Y los demás? ¿Qué dejaban ver de sí mismos antes de que ella los encontrara?

Anoto: redes sociales víctimas. Cruzar actividad previa al crimen.

Es tarde y la Brigada está casi vacía cuando suena el teléfono. Lo descuelgo sin mirar quién es.

—Saavedra.

—Hola.

Es Sergio.

Reconozco su voz antes de que diga nada más, con esa familiaridad que dan los años y que no desaparece aunque todo lo demás se vaya diluyendo.

Hay un silencio de dos segundos que los dos dejamos estar.

—Hola, Insausti —digo y hago énfasis en el apellido.

—Tenemos un posible positivo.

—¿Posible?

—Ya sabes cómo funciona esto, hasta que no hay detención, no hay seguridad.

—¿De quién estás hablando, Sergio, por la madre del amor hermoso?

—Santiago de Chile. Hace veinticuatro horas. Dos cámaras de una estación de autobuses.

—Que me digas a quién coño habéis visto en la otra parte del mundo.

Él dice el nombre. Me incorporo en la silla. Casi salto.

—¿Sigue activo?

—No. La perdimos en menos de una hora. Pero creemos que sigue en la zona. —Pausa—. Estamos seguros, vaya, es imposible que haya salido por mar, tierra o…

—Aire —Escucho una especie de risita al otro lado—. No te cansas de usar siempre la misma broma.

—Reconoce que es divertido.

—Es una puta mierda, subinspector.

—Esa boquita.

Otro silencio. Tres años persiguiendo a Aire y dos de esos tres persiguiéndola con él, y ahora que hay una identificación positiva estamos como estamos.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Pues con un marrón tremendo, Sergio, con un marrón tremendo

—Eso ya lo sé.

—Supongo que sigues en contacto con los de la Brigada.

—Supones bien.

—Entonces ya sabes lo que tienes que saber.

Lo oigo respirar al otro lado. Pienso en la nota del bolsillo de la chaqueta. «Te espero». Me pregunto si todavía espera o si ha dejado de hacerlo y no me ha dicho nada, que también sería una respuesta.

—Olga.

—Insausti, ahora mismo no puedo. De verdad.

—Solo quería que lo supieras tú primero.

—Gracias.

Cuelgo antes de que ninguno de los dos diga algo que luego no sepa cómo deshacer.

Me quedo con el teléfono en la mano, y Aire en el culo del mundo y cuatro crímenes sin resolver y Del Olmo esperando que le saque las castañas del fuego y Sergio haciendo el equipaje para coger un vuelo transoceánico o escribiendo notas en papelitos de hotel que yo encuentro meses después en los bolsillos equivocados.

El corazón oxidado no es que no funcione. Es que funciona despacio y en la dirección que le da la gana.

Cojo mi móvil y busco el número Del Olmo. Marco, pero cuelgo nada más hacerlo. Tiro el teléfono encima de la mesa y me echo hacia atrás en la silla. Y en ese instante suena y me doy cuenta de que debe de haberle dado un toque.

— Olivia Delacroix reconoció a alguien en esa foto. Y creo que las elige antes de llegar al festival —digo sin darle tiempo a decir ni hola.

Él se queda callado unos segundos, solo unos segundos.

—¿Te vas a ir a Chile?

ME SUMERJO

Me sumerjo en el río para paliar un tanto el calor que ha vuelto con fuerza.

Llevamos aquí más de dos semanas y, por desgracia, estoy demasiado cómoda para moverme a otro lugar.

No sé qué me está pasando. La verdad es que empiezo a pensar en lo que he hecho y a veces me da la sensación de que todo ha sido una pesadilla. Nadie ha tocado la puerta. Nadie ha llamado a mi teléfono —el oficial—, nadie me busca.

El agua del río está fría a pesar del agosto y eso, aquí en la sierra, es lo más parecido a la cordura que he encontrado en semanas. Me quedo un momento quieta con el agua hasta la cintura y las cigarras sonando en los pinos y el calor blanco cayendo sobre las piedras de la orilla.

He encontrado la calma que al final me faltaba en la vida. ¿Y lo mejor de todo? Tengo la canción casi terminada. He alquilado un teclado y he contratado por internet unos arreglos de bajo y de batería, y creo que tengo una canción bastante decente. No será el próximo premio Grammy, pero después de tantos años de frustración, creo que por fin lo he conseguido.

Jesús me insiste en que la lance por mi cuenta a las diversas plataformas. Que lance vídeos a redes y a Youtube y a otras plataformas de vídeo. Y de streaming de audio.

Que me deje ver, en definitiva.

Y yo, lo que menos quiero, es dejarme ver.

No ahora.

No ahora que leí una noticia que alertaba de que se había producido una muerte violenta en el festival de Bilbao y que la Policía o la Ertzaintza lo estaba investigando.

Quizá era esto lo que necesitara. Quizá esta ola de maldad es lo que necesitaba para, por fin, componer música decente. Y ahora que lo he conseguido, quizá, lo mejor sería parar. Por eso no he vuelto a actuar.

Ahora lo que toca es actuar de otra forma.

Regresamos a la casa y Jesús se pone a trabajar en el ordenador. El teclado está en el salón, junto a la ventana que da al jardín salvaje. Lo alquilamos la primera semana y desde entonces no ha habido una hora del día en que no hayamos tocado algo en él. Ahora está en silencio y eso me resulta extraño, como una ausencia.

—Ya está —dice Jesús minutos después, y suelta el ratón.

Me pongo los cascos.

La escucho por enésima vez. A veces se pierden las perspectivas de lo que uno crea si lo lee, lo escucha o lo visiona tantas veces.

—Necesitamos una tercera opinión —digo.

—¿De quién?

—No lo sé, pero la necesitamos.

—De tu padre.

—No empieces.

—¿Nunca me vas a contar qué te ha pasado con tu familia?

Me levanto y me voy al sofá, cojo el cuaderno de notas y me pongo a hojearlo, despistada.

Jesús es capaz de sacar lo mejor y lo peor de mí. Estas dos semanas en la casa de la sierra han sido un cúmulo de sensaciones: orgasmos, música, chismes. Le he contado parte de mi vida: que me he peleado con mi familia y con casi todo el mundo. Él me ha contado parte de la suya: que ha huido de su pueblo porque no lo soportaba más con los pocos ahorros que tenía.

Y juntos hemos formado una extraña pareja. He descargado mi violencia en la cama, él acepta todo tipo de juegos, hasta los más extremos, ha aceptado incluso que lo estrangule, y yo, a pesar de tener la tentación de llevar la cosa hasta el final, me he parado.

No sé por qué, pero paré.

O mejor dicho: no quiero saberlo.

Incluso esta misma mañana he ignorado un mensaje importante de una persona importante que quizá fuera la que me inició en esta aventura. Seguro que se ha enfadado pero, sinceramente, me da igual.

—¿Te importa si se lo mando a un conocido que es periodista musical?

—¿Quién es?

—Se llama Jose, trabaja para Indie FM Radio.

—¿Es de confianza?

—Creo que sí. El tipo es un erudito musical. Y no se corta a la hora de criticar, no como otros.

—Pero no le digas quién soy yo.

—Si ni siquiera yo sé quién eres.

—¿Qué dices?

—Que no tienes nombre.

—¿Cómo que no?

—Nombre artístico.

Me quedo en silencio.

—Mándaselo y no des más datos, simplemente pídele su opinión.

—¿Y qué le digo de quién es?

—Tío, pues dile que de momento prefiero mantener el anonimato. Mándale solo una parte.

Jesús asiente, se va al ordenador y le manda un fragmento de la canción por email a su conocido. Cuando termina se viene hacia mí y me mira a los ojos. Yo al principio le rehuyo la mirada. Pero empieza a acariciarme como él solo sabe. Y de repente, tiro el cuaderno y le doy una bofetada, de las fuertes.

Él no reacciona, y me sigue acariciando. Le doy otra bofetada, y entonces se levanta, me coge de la mano y me lleva al cuarto. Por el camino, sigo golpeándolo.

Tenemos una sesión de sexo intensa, y larga.

Al terminar, mira su teléfono. Arruga las cejas y hasta la boca.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—No, dime qué pasa.

Trato de cogerle el móvil, pero él se revuelve.

—Que me digas qué pasa.

—Mi conocido.

—¿Ya te ha contestado?

—Sí.

—Qué rapidez.

—Ya.

—Dime qué te ha dicho, tranquilo que sé soportar las críticas.

—No sé.

—¡Que me lo digas!

El chillido le coge de sorpresa y me entrega el móvil para que lo lea. La crítica no es en sí mala, pero la condescendencia con la que la escribe me irrita.

En resumen, dice que la canción no está mal, pero que le falta algo para ser buena.

Llevo mis manos a la sien, me acaba de entrar un dolor de cabeza que me ha arruinado el polvo. Dejo el móvil sobre la cama y me dirijo al baño ignorando las palabras de Jesús a mi espalda. El baño es pequeño, con una bombilla sin pantalla que da una luz dura y sin piedad. Me detengo delante del espejo. Tengo ojeras y el pelo húmedo de cuando me bañé en el río esta mañana y una expresión que no me reconozco del todo, o quizá me reconozco demasiado.

—Así que le falta algo, eh —me digo mientras aprieto con fuerza los bordes del lavabo—. Entonces habrá que darle ese algo que le falta.

EN DECISIONES Y CONSECUENCIAS

Las decisiones acarrean consecuencias.

Sobre todo las decisiones tomadas desde las entrañas, no desde la cabeza.

Aquí estoy, en vilo, esperando que me llame Olga para saber cómo ha ido el operativo de vigilancia y detención de Aire.

Su decisión fue largarse a Chile. ¿Cómo no se iba a largar si nuestra investigación está en punto muerto? ¿Cómo no se iba a largar si lleva casi tres años persiguiendo a Aire y por fin se había producido un avistamiento?

Sé perfectamente que si yo hubiera tenido a tiro a alguien que llevo años persiguiendo habría hecho lo mismo. El problema es que los dos lo sabemos y ninguno de los dos lo dice, que es la forma que tenemos de no pelearnos por ello.

Toribio entra con dos cafés que no le he pedido y los deja sobre la mesa.

—No tienes buena cara, jefe.

—Gracias por la aportación, Lucas. Y quédate el café, que ya sabes que no lo bebo.

—Llevas tres energéticas desde esta mañana.

—¿Y?

—Que igual ya tienes suficiente energía.

Le hago un gesto con la cabeza y él coge los dos cafés y se va sin más argumento. Me quedo mirando la lata que tengo en la mano. Lleva veinte minutos abierta y está tibia. La apuro de todas formas.

Hace casi una semana que Olga se fue a Chile. Cuatro días en los que he hablado con ella dos veces, las dos conversaciones breves y centradas en el trabajo de acá. No me ha dicho ni pío sobre lo de allá. Lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo.

La puerta se abre y entra Listín con el portátil y cara de quien lleva demasiadas horas despierto pero no le importa demasiado.

—Jefe, creo que tengo algo.

—Siéntate.

Se sienta. Abre el portátil.

—La lista de trabajadores que las empresas nos facilitaron, unos setenta nombres entre los dos festivales.

—Pero ninguno de esos nombres pudo estar ni en Benicassim ni en Bilbao…

—Es que también he pedido al festival de Bilbao. Lo que he hecho, es en lugar de ir mirando coincidencias de nombre y de teléfonos, he buscado en sus fotos de su ficha de trabajador, por si existían y había alguna coincidencia.

—Dime que has encontrado dos caretos parecidos.

—Los he encontrado. La misma cara, en Madrid y en Bilbao. Y no lo había encontrado antes porque la persona en cuestión cambia de identidad, y dudo de que estuviera en los festivales del levante.

—¡Joder! —pego un respingo —¿Quién es?

Me enseña una imagen en la pantalla del ordenador. El segundo respingo es aún mayor.

—Pero, pero… —miro al inspector.

Él solo asiente.

EN ESA MARIPOSA

Mariposa.

Así llamamos a la operación.

El nombre se lo puso un policía chileno porque la cámara que la captó estaba situada en un centro comercial de nombre similar.

Santiago de Chile en agosto es otro infierno distinto al de Madrid. Aquí la temperatura no alcanza las cifras próximas al punto de ebullición de la carne, sino que ocurre todo lo contrario: aquí tiritas hasta hacerte daño en los dientes. Y no es porque las temperaturas sean gélidas, cuando nos bajamos del avión harían unos ocho o nueve grados. Es algo distinto, no sé si la humedad o el viento o que el hemisferio sur sea así.

El abrigo largo no me va a alcanzar y solo he traído una camiseta térmica. . Detrás quedaron catorce horas de vuelo directo junto a Insausti, los dos con los auriculares puestos la mayor parte del tiempo, durmiendo por turnos, hablando lo justo. Es a lo que lo he acostumbrado: a estar el uno al lado del otro sin necesitar llenarlo todo de palabras. No sé si eso es madurez o distancia. Probablemente las dos cosas.

Nos coordinamos con la PDI desde el primer día. La Policía de Investigaciones chilena tiene su propio protocolo para operaciones con Interpol, y el subprefecto Rodrigo Valenzuela nos recibió en la jefatura de la Brigada de Búsqueda e Identificación de Personas con la eficiencia de quien lleva años haciendo esto. Hombre de cincuenta y pocos, pelo canoso, modales directos. Me gustó de inmediato.

El avistamiento original había sido en Santiago, en el centro comercial Mariposa, dos semanas atrás. Pero Valenzuela llevaba días con una teoría que compartí desde el primer momento que me la explicó.

—Las personas que huyen de larga duración evitan las capitales —dijo, con ese español chileno que alarga las vocales de una forma que me resultó agradable desde el principio—. Santiago es fácil para perderse uno o dos días. Para quedarse más tiempo, es demasiado grande y demasiado controlado. Hay cámaras en todas partes. Hay policía en todas partes. Lo que hacen es alejarse, pero no demasiado. Quieren tener acceso a transporte, a servicios, a la posibilidad de moverse rápido si hace falta.

—¿A dónde, Rodrigo? —Usé el nombre de pila y al hacerlo recibí dos miradas en el acto. Una me gustó la otra no.

—Valparaíso es una posibilidad.

Asintió.

—Un puerto. Salidas por mar. Cerros con decenas de barrios donde nadie te conoce. Y a hora y media de aquí.

Insausti no dijo nada pero le vi asentir también, despacio, con esa forma suya de procesar las cosas antes de comprometerse con una opinión.

Lo que no le dije a Valenzuela ni a su equipo, es mi relación con Aire. No sé cómo se tomarían por acá el hecho de que en más de una ocasión desayunase con ella o me bebiera unas cervezas en un bar de Madrid. Tampoco sé qué pensarían sobre sus artículos de periodismo de sucesos. Y definitivamente no creo que entendieran que una de las personas más buscadas de España fuera amiga del que fue mi jefe durante el breve pero intenso tiempo que pasé en Homicidios. La unía a Del Olmo una amistad de esas antiguas y sólidas que tienen historia detrás. Hasta que dejó de serlo. Hasta que se le fue la cabeza, hizo lo que hizo y se convirtió en un expediente con mi nombre encima.

Perseguir a alguien que conoces y aprecias (apreciabas) es diferente. No mejor ni peor. Diferente. Hay momentos en que recuerdo su risa y me cuesta mantener el foco, y momentos en que

precisamente ese recuerdo me da una rabia limpia y útil que no tendría si estuviera persiguiendo a una desconocida.

Insausti lo sabe. Por eso a veces me mira de una forma que no es vigilancia sino algo más cercano al cuidado, y yo aparto los ojos y finjo que no lo he visto.

El día del operativo ocurrió dos días después. Nos desplazamos a Valparaíso antes del amanecer. La autopista desde Santiago en la oscuridad, con la cordillera invisible a la derecha y el frío pegando en los cristales del vehículo. Valenzuela conducía. Yo iba en el asiento de atrás con Insausti. En algún momento él apoyó el brazo en el asiento, no sobre mis hombros sino cerca, y yo no me moví ni me alejé, que ya es una forma de decir algo.

Valparaíso a las seis de la mañana tiene una belleza descarnada que no esperaba. Los cerros con sus casas multicolor bajando hasta el puerto, los ascensores antiguos que suben y bajan, el Pacífico gris y enorme al fondo. La ciudad huele a sal y a madera mojada y a algo que no sé nombrar pero que suena a distancia.

Los detectives de Valenzuela llevaban tres días haciendo trabajo de campo discreto. Habían rastreado dos prepagos, teléfonos culebra que, suponemos que podrían ser suyos, aunque no podemos afirmarlo, activados en el Cerro Alegre con pocas horas de diferencia. El Cerro Alegre es el barrio más turístico de Valparaíso, lleno de hostales y cafeterías y gente de paso. El lugar perfecto para no llamar la atención.

Nos distribuimos en cuatro equipos. Valenzuela coordinaba desde un vehículo en la parte baja. Insausti y yo fuimos asignados al equipo que cubría la zona del Paseo Yugoslavo, una terraza con vistas al puerto desde la que se dominan tres de las calles principales del cerro.

Esperamos.

El frío de Valparaíso es similar al de Santiago aunque todavía más húmedo, de puerto. Me alegré del abrigo y de la camiseta térmica lavada en el lavabo del hotel y secada con el secador incrustado en la pared. Insausti tenía las manos metidas en los bolsillos y miraba el puerto con esa expresión suya de quien está pensando en el trabajo pero también en otras cosas.

—¿Estás bien? —me preguntó, sin mirarme.

—Sí.

—Olga.

—Sergio, estoy bien.

Siguió mirando el puerto. Yo seguí mirando las calles. A las ocho y cuarto sonó el pinganillo.

—Equipo dos. Figura femenina, Cerro Concepción, bajando hacia el puerto. Coincidencia de complexión y altura. Confirmación pendiente.

Nos movimos. Bajamos por las escaleras de piedra que conectan los cerros, mezclados con la poca gente que a esa hora circulaba. Las calles de Valparaíso son laberínticas, llenas de esquinas y callejones que pueden convertirse en trampas o en escapatorias dependiendo de quién las conozca mejor.

Valenzuela coordinaba con calma.

—Equipo uno cierra por el norte. Equipo tres cubre la bajada al puerto. Equipo cuatro se queda en altura. Saavedra e Insausti convergen por Templeman.

Giramos por Templeman. Una calle estrecha con casas de madera pintadas en verde y amarillo, macetas en las ventanas, un gato que nos miró desde un alféizar con indiferencia absoluta. Al fondo, dos detectives del equipo dos flanqueaban a una figura de espaldas que avanzaba hacia nosotros sin saberlo.

Me detuve.

La altura cuadraba. El pelo oscuro cuadraba. La mochila pequeña cuadraba. La forma de caminar, ese paso ligeramente más largo de lo habitual que he estudiado en cientos de horas de grabaciones, cuadraba.

Insausti me puso la mano en el brazo un segundo, apenas un segundo. Sé lo que significa: cuidado, no te adelantes, deja que sea el procedimiento.

Lo sé. Y aun así el corazón me va a una velocidad que no es profesional.

Los detectives del equipo dos se anunciaron. La figura se detuvo. Se giró lentamente, con las manos visibles, como alguien que sabe

lo que hay que hacer cuando te paran en la calle dos personas con placa.

Y entonces vi la cara.

Un hombre. Cincuenta y tantos años, barba de días, expresión de susto genuino y absoluta inocencia.

El silencio en el pinganillo duró tres segundos.

—Falsa alarma —dijo Valenzuela, con una calma que le reproché minutos después.

—Ni falsa alarma ni hostias, seguimos —dije.

Y Valenzuela no replicó nada durante unos segundos, pero a los pocos segundos me reprochó mi comportamiento.

—¿Qué hace, inspectora? No es el objetivo.

—Vaya que sí lo es.

Y menos mal que el tipo echó a correr, que si no, se nos hubiera escapado por culpa de aquel policía tan atractivo como prepotente.

ACTIVANDO EL CAOS

El caos.

He decidido activarlo; desatarlo mejor dicho.

Es uno de los festivales más multitudinarios de España. Mediados de agosto. Miles de personas se reúnen en un pueblo que quiere ser ciudad, junto al río. Las calles del centro parecen los San Fermines.

Llegamos sin reserva de hotel porque decidimos venir en el último momento, cuando los alojamientos en treinta kilómetros a la redonda llevaban semanas agotados. Jesús encontró en internet una parcela de camping del propio festival. Es decir: el mismísimo infierno. Paramos en una gran tienda de deportes a mitad de camino y compramos los pertrechos necesarios: tienda de campaña, saco, esterilla de las buenas para no deslomarte y, lo más importante, un inodoro portátil. Conozco los baños químicos de los festivales y sé que prefiero reventar algún intestino antes que plantar el culo allí.

Llegamos al festival ya entrada la noche y nos asignaron una de las peores plazas que quedaban disponibles: junto a los baños, precisamente. El olor lo confirma de inmediato. A dos metros hay una hilera de cabinas azules con la puerta golpeando cada vez que alguien entra o sale, y desde el interior de la tienda se escucha el ruido constante de pisadas, conversaciones y algún que otro portazo hasta bien pasada la madrugada. Al menos el suelo no está demasiado duro, por lo que puedo montar la tienda bastante rápido. Jesús me asiste, porque reconoce su inutilidad para montar algo tan sencillo, y lo agradece con esa sonrisa de cachorro que ya reconozco demasiado bien.

Nos damos una breve vuelta por el recinto nocturno. Vemos un par de conciertos hasta la mitad y retornamos al camping. No hay nada interesante en esa primera jornada. Dormimos mal. El calor del día contrasta con el frío de la noche. Con ello no contábamos, pero la meseta castellana tiene estas trampas climáticas que no avisan. Por el día es un infierno específico, distinto al de la costa, más seco y más rotundo. Por la noche parece el desierto, con temperaturas rondando los diez grados. Nos acurrucamos el uno contra el otro aunque a ninguno nos apetece hacer nada más que recibir el calor del pecho ajeno. A las ocho de la mañana ya hay luz entrando por la tela y pájaros y el sonido de otros acampados moviéndose entre las tiendas. Me quedo un rato despierta mirando el techo y pensando.

El día iba a ser duro, en todos los sentidos.

Entramos al pueblo, que está a veinte minutos caminando, a media mañana. El centro histórico está tomado desde bien pronto: gente por todas partes, vasos de plástico en el suelo, grupos sentados en cualquier escalón, música saliendo de los bares a las doce de la mañana con total normalidad porque aquí, estos días, todo es normal. Las calles del casco antiguo canalizan la multitud como arterias y la expulsan por los callejones laterales donde el ambiente se vuelve más tranquilo a medida que te alejas del eje principal.

Jesús tiene los horarios memorizados. A mediodía toca una banda en la plaza del Trigo y quiere estar en primera fila. Iluso. Aquello parece una visita del papa o algo peor. Nos es imposible entrar, como es obvio.

—Vamos al otro escenario —dice.

Yo obedezco, porque mi interés, en esta ocasión, no radica en las bandas. Yo solo me fijo en las personas: una chica un tanto despistada, un grandullón que no para de rozarse con ella. Un par de guiris que están bastante borrachas. Un chico afeminado bailando con unos tacones no aptos para estas multitudes. Todo tipo de hombres y mujeres con y sin camiseta.

Camino con él hasta que ya no podemos avanzar más. No está como la anterior plaza, pero también hay mucha gente.

—Yo me quedo aquí. Sigue tú si quieres —le digo.

Se gira y me contempla con ojos tristes.

—Solo un poco más, ahora toca otra banda que está bien. Avanzamos cien metros más y ya se ve el escenario.

—Que no. Ve tú, yo me doy una vuelta y cuando termine el concierto, me llamas y quedamos en algún lado.

—Bueno, va, voy contigo, vamos al otro escenario, el del río…

—Que no, hombre. Que vayas a lo que te gusta y déjame un poco en paz.

Él se queda callado, mirándome con los ojos abiertos. Una pareja que está a nuestro lado nos observa. Yo capto sus miradas con el rabillo del ojo. No me apetece nada seguir allí. Así que me doy la vuelta y me escabullo entre la gente antes de que Jesús pueda protestar.

Cuando la calle da a otra plaza y se despeja tanto agobio de gente, miro hacia atrás. No hay ni rastro de Jesús. Miro el móvil por si me ha escrito y tampoco.

—Pues mejor —musito.

Y enfilo camino del río en busca del otro escenario mucho más relajado. El Duero aparece al doblar una calle que baja en pendiente suave hacia la ribera. El agua lleva poca corriente en agosto y brilla con el sol de mediodía. Hay chopos a ambos lados del paseo y debajo de ellos grupos de gente sentada en el suelo con cervezas y bolsas de plástico, aprovechando la sombra. El escenario está montado más adelante, con el sonido llegando amortiguado y mezclado con el murmullo del agua.

Ando paralela al cauce y cuando estoy llegando, lo veo. Sentado a unos treinta metros del escenario, con una litrona de cerveza y liándose un canuto, o quizá tabaco de liar.

Me detengo a unos pasos detrás de él y finjo consultar el móvil. No tarda ni un minuto en girarse y lanzarme una sonrisa. También un ofrecimiento: un porro, sin duda, y me hace una señal por si quiero fumar. Me encojo de hombros y me acerco. Me sonríe y saluda, yo simplemente cojo el canuto y le doy dos caladas. Tres. Se lo entrego de vuelta y me despido de él. En lugar de dirigirme hacia el escenario, me voy de nuevo hacia la ribera del río. Los matorrales empiezan donde termina el paseo. Hay sombra y hay silencio

relativo y desde fuera es difícil ver lo que ocurre detrás. Sé que me mira. Así que me giro antes de rebasar la altura de los arbustos. Él sonríe y yo, por primera y última vez, le devuelvo la sonrisa.

Es rápido. Más de lo habitual porque el entorno lo exige. El tipo fumó hasta casi la inconsciencia y eso facilita mucho las cosas. Yo creo que hasta disfrutó de la privación de oxígeno.

He aprovechado un momento de confusión al terminar el último concierto de este escenario. La gente se ha ido en manada hacia otros lugares y yo, desde la privacidad relativa que me proporcionan los arbustos, le he estrangulado con el cinturón en menos de dos minutos.

Lo dejo apoyado sobre la tierra, con las piernas estiradas y la cabeza girada hacia un lado, en la postura universal del que ha bebido (o fumado) más de lo que debía.

Nadie lo ha visto. O si alguien lo ha visto, habrá visto a una pareja solazándose y cayendo rendidos. Aunque apenas me ha tocado, solo lo justo que necesitaba para embaucarle.

Me largo de allí sigilosa y una vez que me creo a salvo, consulto el móvil. Hay como catorce llamadas de Jesús y más de diez mensajes. En el último dice que se va para el camping, que me espera allí para ir por la noche al recinto.

Me entra hambre y le pregunto si ha comprado comida. Responde en el acto y dice que unas latas, pan y algo de fruta. Le mando el emoji del pulgar hacia arriba y me dirijo al camping con celeridad.

Tengo prisa y no sé por qué. Al pobre desgraciado fumeta van a tardar en localizarlo porque parece uno de los muchos borrachos que hay tirados por todo el césped de la ribera del río. La tarde ha perdido el pico de calor y el sol pega de lado ahora, alargando las sombras de los chopos sobre el sendero. La gente fluye de vuelta hacia sus lugares de descanso.

Yo camino con el paso más rápido de lo que debería. Y como estoy andando tan deprisa y dándole vueltas al asunto, tropiezo. No un tropiezo cualquiera, uno que me lleva las rodillas al suelo y me provoca un dolor que hacía tiempo no sentía. Doy un grito y eso hace que alguien se acerque a mí.

Alguien que me toca, que me ofrece la mano y, al notar su tacto suave, siento algo.

Levanto la cabeza y la veo.

Y no sé si estoy viendo a una persona o a alguien divino.

Tenía un objetivo esta mañana cuando me levanté y decidí desatar el caos: acabar con una vida por el día y otra por la noche.

Y ahora ya no sé si voy a ser capaz de cumplirlo.

EN RELOJES QUE FUNCIONAN DE MANERA INVERSA

Ojalá los relojes funcionasen de manera inversa. Con el tiempo hacia atrás, como en la película Memento, y así pudiéramos llegar antes de que se cometiera el crimen, como en otra película: Minority Report. Pero, por desgracia, funcionan como deberían funcionar. Marcan los segundos y avanzan hasta que, inexorablemente, marcan las doce del mediodía. La hora fijada por la jueza Torres para acceder a la vivienda.

Calor.

Otra vez mucho calor.

Y un lugar que visitar que me trae muy malos recuerdos del pasado y que no me apetece visitar.

Un calle de un barrio de Madrid en agosto es algo parecido a un desierto, y más con el sol en todo lo alto.

La casa permanece precintada por orden judicial desde hace tres años. Y una vez que llega el secretario de Torres, que es el que ha traído las llaves custodiadas, accedemos a la vivienda.

Al entrar huele a encierro y a nada más. Así que descarto del todo que haya recibido visitas inesperadas. La casa dejó de monitorearse un año después de lo sucedido. Era inviable que regresase allí.

Accedo al salón y, después de que Toribio levante las persianas, contemplo todo con tanto pesimismo como tristeza. Lo que queda de Matilde cabe en lo que no se llevaron: una estantería con libros

que nadie reclamó, una alfombra de colores que siempre me pareció horrible y que ahora me resulta lo más vivo que hay en esta habitación, y las marcas rectangulares en la pared donde estuvieron los cuadros. El resto es polvo y silencio de tres años.

No, Matilde Maturana no está en ese salón con una bolsa de patatas fritas y una cerveza o una coca-cola que me ofrece. Matilde Maturana es la mujer que, al parecer, ha estado en tres de los cuatro festivales en los que se ha cometido un crimen este verano.

—Tómate tu tiempo, jefe —dice Lucas, que mueve una silla y se sienta a mi lado.

La verdad es que no sé por qué hemos venido hasta aquí, quizá haya sido un capricho mío, pero me ha parecido procedente revisar de nuevo la casa de la que fue mi mejor amiga y la autora intelectual de unos crímenes demasiado truculentos y mediáticos que hace tres años removieron la conciencia colectiva del país. Los crímenes de los cuatro elementos. En los que tres empresarios fueron ajusticiados con un elemento diferente: agua, fuego y tierra, y del que restante, Aire, fue la autora, al menos intelectual.

—¿Cómo coño ha vuelto, jefe? —pregunta Toribio, otra vez.

—Con billetes no es tan difícil, Lucas, ya te lo he dicho.

—Pero ¿por qué se ha infiltrado como personal de comunicación en los festivales?

—Para tener acceso a cualquier lugar. Pero ya ves lo que ha dicho Delacroix, nadie la recuerda. Nadie ha trabajado con ella en estas semanas.

—Es lo que no concibo, no entiendo nada.

—Yo tampoco lo entiendo bien, pero supongo que simplemente se ha acreditado para poder entrar y luego hace lo que quisiera. Además ya has visto en las fotos el aspecto tan cambiado que tiene.

—¿Estamos seguros de que es ella, jefe?

—Joder que si lo estamos. No solo yo, su señoría también. Si no, no nos deja entrar aquí.

—¿Qué te ha contado Saavedra cuando la has llamado?

Me aclaro la garganta. Doy un vistazo en derredor y me encuentro con la misma desesperanza que al entrar: no queda ni rastro de la Matilde que conocí.

—Jefe, los de inspecciones oculares están aquí —dice Pleite.

—Pues pídeles que empiecen y si molestamos, que nos lo digan.

Julio se larga a hacer su cometido, los compañeros de Criminalística acceden a la vivienda con Esther Manso a la cabeza.

—No se te ocurra decir ni pío, que te veo venir —advierte Toribio.

—No tengo el cuerpo ni para una miserable broma, Lucas.

Suspiro y le pongo la mano en el hombro al inspector. Él me mira y con su gesto me muestra su apoyo.

—¿Cuál es el plan?

—No lo sé, amigo, no lo sé. Voy a esperar que aterrice Saavedra con el detenido y a ver qué le podemos rascar.

—¿Le achuchamos a Julio?

—No creo que la amenaza física sirva para algo. Estoy pensando en la pepinillo.

—¿Mansilla? ¿Por qué?

—La chavala tiene algo que me recuerda mucho a Olga. Quizá nos dé una sorpresa.

—¿Y mientras?

—Mientras seguimos esperando que Luis nos dé alguna alegría. Me voy a largar y voy a darle apoyo, porque solo se ha quedado Amaya y están a tope. Tú quédate con… con la subinspectora y me cuentas si encuentran algo, que lo dudo.

Lucas se levanta y me aprieta el hombro.

Saludo a Esther Manso, y enfilo el pasillo de salida. El pasillo es largo y estrecho y huele igual que el salón. Hay una percha junto a la puerta con algo colgado que no quiero mirar de cerca. Suena mi teléfono cuando estoy a punto de salir y lo cojo con ansia, sin mirar.

—Dime, Olga.

—Aquí Solís.

—¿Qué pasa, Amaya?

—Pasa que alguien se ha empeñado en formar un puto caos en los festivales de este país. Dos crímenes, cerca de Burgos.

—¿Dos? ¿En el mismo festival?

—En el mismo, jefe.

Cuelgo sin despedirme. Giro la cabeza y me encuentro con Lucas, que ha salido detrás de mí. Delante tengo a Pleite. Por primera vez

en mucho tiempo, me siento incapaz de liderar a mi grupo de Homicidios.

EN OJOS DE HURACANES

Parece que nos hayamos metido en el ojo de un huracán.

Todo se mueve a nuestro alrededor, la gente se choca, se tira cerveza hacia arriba y cae, caliente, sobre nuestras cabezas.

Pero todo nos da igual porque solo nos importa estar cerca. Juntar nuestros cuerpos, nuestros labios y toda la anatomía que podamos.

Es guapa. Extremadamente guapa.

He conocido muchas chicas así en mi vida. Con algunas he ligado y con otras no.

Con algunas he conectado desde el primer momento, con otras ha costado más.

Esta es de las primeras, en cuanto me agarró de la cintura para ayudarme a recuperarme de la caída lo noté.

Horas antes de ese concierto sentí esa conexión casi eléctrica que te une a otra persona. Gastó todo el agua de su botella para limpiarme la herida. Y me rozó con sus manos con una piel más allá de la suavidad, como si acabase de nacer.

—¿Estás cerca de tu hotel? —pregunta.

No respondo, solo la miro. Ella, entonces, sonríe y muestra una dentadura de las que todavía no han pasado por los brackets y que la hace aún más especial por su ligera desviación de un colmillo superior.

—El camping, ¿verdad? —dice. Asiento—. Vente si quieres.

—¿Y tu gente?

—Me he perdido hace un rato. Se han metido en todo el mogollón y a mí no me gusta tanto eso.

—Igual que a mí.

—¿Con quién vienes?

—Con un amigo.

—Ah —dice cortada.

—Es solo un amigo. ¿Y tú?

—Con dos locas.

Sonríe y le correspondo.

—No quiero molestar.

—No molestas. Llevo todo el día sola y se agradece la compañía.

Acepto, caminamos y llegamos a un bloque de pisos en el otro lado del río. Subimos hasta la segunda planta y me resiento de las rodillas. Ella me abraza para ayudarme a subir, aunque no es para tanto, me dejo querer.

En el pequeño piso está todo desordenado y ella se excusa por ello. Hay ropa por todas partes, tres mochilas abiertas volcadas sobre el sofá, y en el aire se mezcla el protector solar con el olor a tabaco que alguien ha fumado en el balcón y que se ha quedado pegado en las paredes.

—Me preocuparía que estuviera en perfecto orden —bromeo.

Ella vuelve a reír. Busca en la cocina y viene con un bote amarillo de yodo y un papel de cocina.

—No encuentro gasas.

Solo asiento.

Me cura la herida, de rodillas. Me fijo en su escote. Ella levanta la mirada y lo nota. Se aparta.

—¿Mejor?

—Algo.

—Me voy a la ducha. Si quieres te puedes duchar luego.

Me ducharía con ella, aunque no se lo digo. Solo asiento, otra vez.

Espero sentada que termine y miro en el móvil. Jesús me ha vuelto a escribir y, simplemente, no le respondo.

Sale de la ducha solo con una toalla y el pelo mojado no le pueden hacer más sexy.

—Te toca. Si quieres ahora te meto esta toalla, no tengo más.

Me encojo de hombros y asiento.

Me dirijo al cuarto de baño. Mentiría si dijese que hay menos de siete tangas tirados al lado de la bañera. Me pregunto cuál será el de ella.

Me desabrocho el cinturón. Lo retiro del pantalón corto que llevo. Lo miro. El espejo de encima del lavabo me devuelve una cara que conozco pero que en este momento no termino de reconocer. La bombilla sin pantalla da una luz blanca y sin piedad. Me imagino lo fácil que sería ir con él hasta la habitación y pasarlo por el estilizado cuello de la muchacha. Tirar con fuerza y dejarla tirada encima de la cama de sus amigas para que cuando llegasen de fiesta se encontrasen con el pastel.

Algo me impide hacerlo y sé perfectamente lo que es.

Ella entra cuando me quedo sin camiseta.

—Perdón.

Me da la toalla y solo al salir me dedica una fugaz mirada que me hace sonreír.

Me ducho con la cortina sin correr, deseando que entre otra vez. A lavarse los dientes, a hacer pis, a enjabonarme. Lo que sea, pero que entre. El agua moja los tangas del suelo y cuando doy por hecho que no va a entrar, salgo. Me seco con la toalla y me doy cuenta de que ese mismo tejido ha estado en contacto con su piel minutos antes. Me entra un temblor en las piernas, aunque consigo controlarme.

Me pongo la misma ropa, algo no demasiado higiénico aunque no me queda otra.

Cuando salgo está arreglada, terminando de maquillarse y está aún más espectacular que una hora antes cuando la vi por primera vez.

—¿Quieres purpurina?

—No, gracias.

Ella sigue con su maquillaje y cuando termina se levanta y veo su generoso escote y sus piernas bronceadas.

—¿Quieres pasar por el camping a cambiarte?

Niego con la cabeza.

Entonces me llega un potente olor a comida desde la cocina.

—Uy, que se me quema la pizza.

Pasa por delante de mí y huelo su perfume. Me llama para comer con ella.

Comemos pizza y charlamos de música y del festival y de los conciertos de por la noche.

—Me tienes que acompañar a este, eh —dice señalando el horario en la pantalla de su móvil—. Se forman unos pogos que flipas.

Sonrío y la verdad es que me llama la atención.

Mi móvil vibra en el bolsillo y lo ignoro.

Terminamos la pizza y nos largamos rumbo al recinto de noche. Vemos un concierto que empieza a calentar el ambiente. Nos abrazamos. Y es en una de las últimas canciones cuando me pone la mano en la cintura desde atrás. Me giro y veo sus ojos brillantes ya después de dos cervezas. Me acerco y apoyo mi cabeza en su hombro. Ella me estrecha contra sí. La abrazo yo también y mi mano se mueve en su cadera. Me levanta la barbilla con su mano contraria y me besa en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Le devuelvo el mismo tipo de beso. Y justo después juntamos nuestros labios para no separarlos ya más en lo que queda de noche.

Termina el concierto y nos movemos al otro escenario, al grupo que ella me ha dicho que no quiere perderse. Y es cierto que tienen una energía brutal, con multitud de instrumentos: trompetas, saxos, dos coristas, cuatro cantantes… Los pogos que se forman son enormes, y ella quiere estar en el centro, en ese ojo del huracán, chocándose con todo el mundo y yo no me separo de ella ni de su piel ni de sus labios en un solo instante.

Termina el concierto y no paramos de besarnos ni cuando caminamos en dirección al baño, y cuando estamos a punto de llegar y aparto un momento la boca de la suya para tomar aire, lo veo.

Jesús, con un vaso de cerveza en la mano, el móvil en la otra y una mirada que jamás voy a olvidar.

GIRANDO EN TORNO A TI

No todo gira en torno a ti.

Eso es lo que me digo a mí mismo cuando voy camino a recoger a Saavedra al aeropuerto. He mandado a Toribio y a su amiga con otro compañero de criminalística a Burgos. Le acompaña Pleite. No es que no me fíe de los científicos de por allí, pero prefiero curarme en salud, que a mí me toca una papeleta tremenda y prefiero estar tranquilo.

—¿Cómo estás, inspector?

Mansilla conduce y, la verdad sea dicha, lo hace muy bien y consigue aportarme esa calma que necesito. He querido que venga ella y Amaya se ha quedado trabajando con Listín en la Brigada. La oficial está un poco suspicaz porque la estoy dejando un tanto relegada a trabajo de oficina. Lo cierto es que estoy reservando sus energías para lo que pueda venir.

Pasamos los controles pertinentes para dejar el camuflado lo más cerca de la pista posible. El asfalto devuelve el calor en oleadas que distorsionan el aire a ras de suelo. El charter en el que viene la inspectora con el detenido no pasará por la terminal y desde la pista de aterrizaje lo meterán directamente en una lechera que ya está preparada junto a un convoy de otras dos furgonetas y varios patrullas. Esperamos por más de media hora en la que apenas cruzo dos palabras con la pepinillo. Ella sabe respetar mi silencio.

El comisario no se ha dignado en aparecer por aquí. No sé si es el verano y la jubilación próxima la que lo tiene un tanto distante de sus funciones de control y supervisión. El caso es que ya ni me

preocupa. En menos de un año llegará un nuevo comisario a reemplazarle y espero que la cosa fluya mejor.

Nos avisan por transmisiones de que el avión acaba de aterrizar y el convoy se moviliza.

—Vamos, Mansilla, empieza lo bueno.

La novata sigue a las lecheras y cuando llegamos al avión veo a Olga llevando del brazo a Enrique Gallardo. El sol cae a plomo sobre la pista y las luces giratorias del convoy parpadean en azul aunque a esta hora apenas se distinguen contra la claridad. El tipo le hace honor a su apellido, igual de alto que la inspectora, mucho más corpulento, una buena mata de pelo en la que no hay ni una sola cana, teñido, por supuesto, y una mandíbula bien delineada.

—Inspector Del Olmo —saluda Olga. E inicia las diligencias para entregar al detenido a los compañeros de la UIP que lo meterán en la lechera camino de la Brigada. El tipo no me rehuye la mirada. Es más, incluso se permite una ligera sonrisa cuando la inspectora termina de recitar la perorata protocolaria y es conducido al furgón.

Olga se queda mirándolo, y yo le pongo la mano en el brazo. Se sobresalta.

—¿Qué tal el vuelo?

—Largo.

—Ven con nosotros, nos lleva Mansilla.

—¿Y los demás?

—Trabajando. Tú, yo y la pepinillo tenemos faena.

Me mira con ojos curiosos y le sonrío. Al momento llega Insausti y rompe el momento.

—Inspector jefe Del Olmo —dice sonriendo.

—Coño, el otro hijo pródigo. Pensaba que te habrías quedado en Chile haciendo alpinismo como los de Viven.

—No se te acaba nunca la maldad, Del.

El subinspector me estrecha la mano con fuerza y me pone la otra mano en el hombro. No es que fuera alguien a quien apreciara de verdad cuando estaba en mi grupo, y cuando se marchó con Olga le puse una cruz, pero tengo que reconocer que no es mal tipo y un buen policía.

Me pide un momento a solas con Olga y decido concedérselo, me retiro al camuflado donde Lola me espera apoyada en el capó, pero enseguida noto a Olga a mi espalda.

—¿Ya?

—¿Ya qué?

—¿Ya os habéis despedido?

Ella no responde, giro mi cabeza hacia atrás y me encuentro con Sergio Insausti, un morlaco de casi metro noventa y fuerte como un culturista, con los hombros tan caídos que parece un bróker de Wall Street que ha perdido toda su fortuna.

El trayecto en el coche es un debate a tres sobre la estrategia a tomar en el interrogatorio.

—Y dices que no ha contado nada después de la detención allí en Chile —repite Lola.

Olga pone los ojos en blanco y yo le pido paciencia.

—Ni durante las doce horas de avión, ya lo he dicho como tres veces. Mansilla, lejos de arredrarse, hace una mueca con los labios como si le picase la nariz.

—Parece claro, entonces, que se ha dejado detener y que quiere jugar —suelta al fin la pepinillo.

Olga abre la boca y se la queda mirando.

—¿Qué dices?

—Que el sujeto ha provocado la detención. Que sabía que ibais a ir para allá en cuanto avistarais a Aire. Pero Aire ya no está allí, ¿verdad, inspector?

Intento que no se me note la tibia sonrisa que empiezo a esbozar. Olga me mira.

—¿Se refiere a lo que me has contado de Maturana?

Asiento con la cabeza.

—¿Y cómo se supone que va a estar en España y en Chile a la vez? —Pregunta Olga a Lola.

—Con toda la pasta que se llevó, puede pagar el jet que haga falta para no tener que pasar controles y viajar de Europa a Sudamérica cuando le venga en gana.

—Entonces, ¿estás diciendo que ella ha cometido los crímenes aquí, ha viajado para dejarse ver por la cámara y que vayamos para

allá a por ella, y ha vuelto para cometer otros dos crímenes?

—No, no estoy diciendo eso…

—Está diciendo que tiene a un brazo ejecutor, como en los crímenes de los Cuatro Elementos.

Mansilla me mira por el retrovisor y asiente. Olga cierra la boca y toma el móvil. Apunta a toda velocidad.

Llegamos a la brigada en menos de quince minutos. Llevan al detenido directo a la sala de interrogatorios. En la estancia adjunta, nos reunimos, esta vez sí, con el comisario Alamillos.

—Inspectora, ¿cómo ha ido el viaje? —pregunta.

—Todo en orden, mi comisario. Ahora viene lo más complicado.

—Ya me ha comentado Del Olmo que vais a entrar tú y Mansilla.

—Sí, ya veremos cómo se desarrolla, el inspector estará aquí con usted supervisando por si es necesario intervenir.

Alamillos me mira y asiente, le devuelvo el gesto. Nos deja a solas.

—Está bien, empezará Saavedra y después de su batería de preguntas, en las que el tipo suponemos no dirá nada, entrarás tú en escena como la poli buena.

—La poli tonta, querrás decir, jefe —dice Mansilla.

—Llámalo como quieras, pero eso es lo que vamos a hacer. Él conocerá a Olga por referencia de Matilde, y el hecho de que pongamos a alguien que se hace pasar por novato…

—Es novata, Del Olmo.

—Ya me entiendes, mujer, el caso es que eso puede que le descoloque.

—O puede que se nos meriende vivas porque se crezca —apostilla Olga, poco convencida de la estrategia.

—Ya me has dicho que no se te ocurre nada mejor, ni cuando hemos hablado por teléfono ni en el trayecto hasta aquí.

—Hasta que no lo ablandemos a base de falta de sueño, no. Los chilenos ya le dieron un par de hostias y el tipo las aguantó como un campeón.

—Con el letrado delante tampoco será plan.

—¿Es de los duros o le podremos torear?

—Es de los buenos, Gonzaga De Triana.

—Vaya, el sevillano.

Alzo las cejas y ella resopla.

—¿Qué pasa con el letrado? —pregunta Mansilla.

—Que es perro viejo, pero tampoco de los malos. Sabe de sobra que su cliente está destinado al talego, tan solo intentará cambiar la PPR por 15 años.

—Vamos a ello, entonces —dice Olga, en cuanto ve entrar por el cristal al detenido.

Las dos inspectoras entran en la sala de interrogatorios y allí les espera Gallardo junto a De Triana. No puedo escuchar lo que dicen, pero entiendo que se limitan a las presentaciones protocolarias y lectura de diligencias. La sala de observación está a oscuras salvo por la luz que entra del cristal y el resplandor azulado del monitor de audio. El comisario se ha ido y me quedo solo frente al vidrio.

Le pido al policía encargado de la parte técnica que le dé al botón de escucha y suspiro.

—Enrique Gallardo Pinto —inicia Olga—. ¿Sabe por qué le hemos detenido?

El tipo tiene clavados los ojos en Lola, que tiene una carpeta gigante, casi del tamaño de un Quijote, con todos sus apuntes preparados para atacar al sospechoso.

—Señor Gallardo…

—Del Olmo —interrumpe.

Olga mira al abogado y este permanece en silencio. Después gira su cuello hacia el cristal. La observo.

El tipo sigue con los ojos clavados en Lola, que por primera vez levanta la mirada y se encuentra con algo parecido al vacío absoluto.

—Letrado, ¿su cliente va a declarar o…?

—Llamen al inspector Del Olmo y les diré dónde está Aire.

Lola titubea.

—Enrique —dice Lola—, ¿mató usted a…?

—¡Inspector jefe, Del Olmo! —grita el detenido.

—Controle a su cliente, letrado —exige Olga.

Y en ese momento, Gallardo se gira hacia la ventana y observa. Y no sé cómo lo hace pero encuentra mis ojos. No lo soporto más y a toda prisa, accedo a la sala.

Los cinco metros que me separan de él se me hacen inalcanzables. Noto las miradas de Olga, de Mansilla, del abogado, todas pendientes de mí. Al llegar, el tipo sonríe y me hace un gesto con los dedos para que me acerque hasta él. Olga niega con la cabeza, pero debo hacerlo. Mansilla me mira como asustada.

Recorro los escasos metros que me separan de él y me hace de nuevo el gesto, para que me acerque hasta su mismo lado.

—Abogado, esto es del todo irregular —insiste Olga.

—Mi cliente está esposado, no supone ningún riesgo para nadie.

Antes de que termine la frase, estoy a la altura del detenido, que se inclina y se acerca a mi oído.

—Matilde tiene algo para ti, algo que te va a hacer mucha ilusión.

LA SONRISA INTACTA

La sonrisa intacta en la cara de la chica después de que Jesús la haya estrangulado me produce, incluso a mí, cierta repulsión.

—¿Se puede saber qué coño has hecho con lo bien que lo estábamos pasando? —exijo unas explicaciones absurdas, porque no he hecho nada para detenerlo.

Cuando le vi en el festival, no se me ocurrió una mejor idea que susurrarle a mi nueva amiga y le apetecía jugar también con él. Ella, bastante pasada, aceptó. Nos acercamos a él y le besé, después lo hizo ella. Y así, esa cara de marido cornudo se le quitó de momento.

Después de mi pregunta retórica, me mira y en su mueca parece contener un abismo sin fondo y es, en sí misma, esa mueca la que responde por él antes de que lo verbalice todo.

—Se ha llevado el mejor orgasmo de su vida.

—¿Qué?

—¿Tú te piensas que yo soy un idiota que lo único que quería era follar contigo, verdad?

Saco mi labio inferior hacia arriba y cubro el superior. Después invierto los papeles y me muerdo el labio de abajo con los dientes superiores.

—¿Cómo has dado conmigo?

Él sonríe.

—Vámonos de aquí antes de que alguien venga a husmear.

Miro a la chica inerte y, por primera vez, le correspondo el gesto con una de mis sonrisas.

Salimos de la nave y cuando voy a cerrar la puerta, él la frena en seco.

—Se queda abierta.

—¿Y eso?

—Tiene que encontrarla alguien, ¿no?

Lo miro con ojos inquisitivos y él tan solo me besa y me muerde y me aprieta contra sí.

Y entonces me recorre una sensación desde la entrepierna hasta el pecho que no había sentido hasta ese momento.

¿Qué será?

Espero que no sea lo que estoy pensando.

—En serio, ¿de dónde has salido tú? —Sonríe—. No puede ser… ¿Te ha mandado ella?

Vuelve a sonreír y vuelve a besarme. Y mientras nos comemos la boca, pasa un grupo de chavales a escasos metros de donde estamos y sueltan una palabra que viene muy al hilo:

—¡Respirad, hombre!

Termina de sacarme la lengua y me deja casi sin aliento.

Casi sin…

—Aire.

PARALIZANDO TODA UNA CIUDAD

Paralizamos toda la ciudad para detener a Matilde. Bueno, casi. Porque la verdad es que en agosto en Madrid, y en la zona en la que nos ha contado Gallardo en la que se encontrará la sospechosa, no es que haya mucha gente.

La Casa de Campo.

Donde empezó todo. Al menos para nosotros los investigadores. El parque en agosto a media tarde es un secarral. Los pinos no dan apenas sombra y el aire tiembla sobre los caminos de tierra. No hay turistas, no hay paseantes, solo nosotros y el zumbido constante de las cigarras. Hay también apoyo de un helicóptero. El operativo está coordinado por Cecilio Ávila, de Secuestros y Extorsiones. Al que han encasquetado la tarea sin comerlo ni beberlo porque es de los pocos que no está de vacaciones.

Me estrecha la mano en cuanto me ve.

—¿Qué tal, Cecilio? ¿Mal?

—No, todo mal.

La broma absurda que uso con él desde hace poco porque ambos la escuchamos en un programa de radio se ha convertido en nuestro saludo de bienvenida cada vez que nos vemos.

—Ponle tú los grilletes, por favor —le pido.

—¿No prefieres ponérselos tú, amigo?

Dudo por un instante. No estaría mal, quizá cerraría el círculo.

—¿Inspectora? —pregunto.

Olga saca sus esposas de su cinturón y se las muestra a Ávila. Abre y cierra uno de los aros con su sonido característico. El de Secuestros y Extorsiones sonríe.

—Gallardo dice que no opondrá resistencia alguna.

—¿Y dónde dices que está?

—Me ha dicho que cuando lo considere oportuno, me mandará un mensaje.

—Genial, así que tenemos que esperar a que la señora se decida, y mientras aquí esperando.

—Y el pájaro volando, con combustible a cuenta del contribuyente —señalo el helicóptero que justo en ese momento nos sobrevuela.

Tengo a casi todo el equipo repartido por la Casa de Campo. Amaya y Pleite están en un camuflado en la zona del Lago. Toribio con Mansilla patrullando entre el Parque de Atracciones y el Zoo. Y el resto del perímetro está vigilado por agentes de Seguridad Ciudadana junto con los compañeros de la UIP. Los GEOS están en una furgoneta a escasos metros de donde nos ubicamos nosotros, en la zona del Puente de los Franceses.

Pasan los minutos y el aviso del objetivo no llega. Olga, raro en ella, da muestras de su nerviosismo, y justo cuando está a punto de abrir la boca, mi teléfono suena.

Número oculto. Lo cojo.

—¿Quién es?

—Hola, amigo.

Tomo aire. Me entra un revoltijo en el estómago propio del adolescente que siente la amenaza del matón del instituto. Me gustaría decir que ya no soy su amigo. Al menos yo no lo considero así. Solo me salen las palabras que más necesito en este momento.

—¿Dónde estás, Maturana?

—¿Puedo confiar en ti, amigo?

Vuelvo a tomar aire. Olga me mira con los ojos muy abiertos al igual que Ávila.

—No estás en disposición de exigir confianza.

—Lo sé, pero si quieres que no haya un desastre en algún otro festival, tienes que confiar en mí.

—Buena forma de pedir confianza, amenazar…

—Del Olmo, por favor, no es una amenaza…

—Dime ahora mismo dónde estás —la interrumpo—, y deja de jugar con los recursos de la policía.

—No era necesario el helicóptero, hombre. Ya te dijo Quique que no voy a oponer resistencia.

—Deberías saber que lo que diga un detenido tiene una relevancia relativa. Y menos uno como Gallardo.

Escucho un suspiro al otro lado del teléfono.

—Ve a la torre del teleférico de la Casa de Campo. Te volveré a avisar cuando tengas que montarte. Hay ascensores y facilidad de acceso para PMR.

—Manda cojones que uses siglas para referirte a mí.

—Chico, qué susceptible. Llámate a ti mismo como quieras, inválido, tullido como decías al principio. Pero precisamente vengo a ofrecerte algo interesante al respecto. Además de entregarte a los responsables de las matanzas de los festivales.

—¿Responsables? ¿En plural?

—Haz lo que te pido y sobre todo, ve solo. Ni Saavedra puede venir.

Cuelga y no me deja responder. Saavedra me pregunta con los ojos. Ávila resopla.

Diez minutos después tomo el ascensor de la torre oeste del Teleférico, la que está en la misma Casa de Campo. La estación está vacía y en penumbra, con las luces de emergencia encendidas y el zumbido del mecanismo de las cabinas como único sonido. Allí no hay taquillas ni turistas, solo puedo acceder porque somos policías.

—Voy a subir en el siguiente —afirma Olga—. Ávila vendrá conmigo y el compañero también.

El compañero es uno de los francotiradores más expertos del Cuerpo. Veinte años a sus espaldas y dos intervenciones de éxito. Tanto éxito que no causó la muerte de los amenazantes, solo los desarmó y los dejó listos para ponerles los grilletes. Ávila estuvo en uno de esos momentos.

—Me parece bien.

—A mí no, pero sé que no me vas a dar otra opción.

—Ni yo ni la jueza Torres que ha aprobado la irregularidad —Marco las comillas con los dedos.

—A saber lo que te traes tú con su señoría.

—No te pongas celosa, anda.

Olga resopla y me hace un gesto de desidia con la mano

Un operario de la atracción turística espera a que le demos la instrucción. Las cabinas siguen pasando sin que haya nadie en ellas. Se balancean ligeramente al doblar el mecanismo de la estación, vacías, una detrás de otra. Es obvio que cerramos la atracción horas antes. No sé cómo se las va a apañar Matilde para subirse conmigo si esas son sus intenciones. La otra parada, la del Paseo de Rosales, está infestada de compañeros. Recibo una nueva llamada que tan solo dice que suba en la siguiente telecabina y cuelga en el acto.

Le pido al operario que proceda.

Cuando está todo listo para embarcar, Olga me detiene.

—No te voy a convencer, pero prométeme que esta vez la pistola no se va a encasquillar y que la llevas controlada.

—No te lo prometo.

Sonrío, aunque ella no me corresponde.

—Montamos detrás —es lo único que responde.

Accedo a la cabina y el operario cierra la puerta detrás. No miro a mis compañeros, aunque noto sus miradas en la nuca. La cabina avanza y se precipita al vacío suspendida de los cordeles de acero que evitan una muerte fatal. Madrid se abre debajo de mí: el verde reseco de la Casa de Campo, el río más adelante, la ciudad temblando en la calima del fondo. La cabina se balancea con un crujido metálico.

Poco después.

—¿Cómo coño te vas a subir conmigo? ¿Volando como Batman?

—Batman no vuela, hombre. Tú mejor que nadie debería saberlo.

—Responde

—Tú me vas a ayudar a ello.

—¿Yo?

—Sí, porque vas a pedir a tus compañeros que me dejen acceder a las instalaciones del Paseo de Rosales.

Resoplo. Así que está allí. Cerca. Quizá escondida en algún piso turístico. Con todo planeado.

—¿Y a cambio me vas a entregar a esos responsables de las matanzas de los festivales?

—Sí, y también te voy a entregar algo mejor.

Miro hacia abajo lo que mi altura me permite asomarme por las ventanas. Hay una distancia considerable hasta el suelo. Paso en esos momentos por encima del río Manzanares, un hilo de agua marrón entre dos orillas de cemento.

—¿El qué?

—A quien te dejó en silla de ruedas.

A LA DISTANCIA EXACTA

La distancia exacta que separa el bien del mal es difícil de medir en metros.

La distancia que hay entre Matilde Maturana y yo es de apenas cincuenta centímetros.

—Te veo bien, amigo.

—Deja de llamarme amigo, haz el favor. Tú y yo ya no somos amigos. A los amigos no se les miente, ni se les traiciona, ni se les pone en evidencia.

Ella calla y me mira mientras espera que siga hablando, aunque no lo hago.

—¿Has terminado?

—Dime lo que has venido a decirme, cómo cogemos a los autores de esta matanza sin sentido.

—Te equivocas, am... Inspector. Todo tiene un sentido.

—Dime lo que tengas que decir, y terminemos con todo esto.

—Del Olmo, sigo siendo yo, Matilde.

Me mira a los ojos y, por primera vez, no se los aguanto. Muevo ligeramente mi tronco para cerciorarme de que Olga, Ávila y el francotirador nos siguen en la siguiente telecabina. Ella capta mi movimiento y gira la cabeza, levanta la mano a modo de saludo.

—Ya ves que me han registrado a conciencia tus compañeras. Además, llevas tu cacharra ahí bien a la vista —dice mientras señala mi axila izquierda.

—¿Vas a hablar o no?

—¿Por dónde quieres que empiece?

—¿Quién es el responsable de las matanzas de los festivales?

Ella se echa hacia atrás y resopla. La telecabina se balancea con el movimiento y por un instante el suelo de Madrid aparece y desaparece bajo el cristal. Mira distraída hacia la ventanilla. Sigue atractiva, ha cambiado bastante su aspecto, el pelo muy corto, está mucho más delgada y, a pesar de que se oculta tras unas enormes gafas de sol, percibo que sus ojos siguen tan vivos como tres años atrás.

—Es alguien que te va a alegrar.

—¿Cómo pretendes que me alegre de toda esta masacre? ¿Cómo puedes haber cambiado tanto?

—Yo no he cambiado, inspector. Yo he hecho lo que se debería haber hecho hace mucho tiempo…

—¿Qué coño estás diciendo, Matilde? Las muertes de los empresarios, aunque estuvieran mal, puedo intentar entender un motivo detrás. Pero ¿los jóvenes que han muerto ahora? ¿Me puedes decir qué mal han hecho?

—Dos de ellos eran agresores reconocidos y fichados.

—¿Y los otros?

Matilde calla. La cabina pasa en ese momento por una de las torres y el crujido metálico llena el silencio que ella ha dejado.

—Se ha ido un poco de las manos, lo reconozco.

—¿Un poco de las manos? —protesto y me, remuevo en mi silla—. Así que una vez más eres inductora de crímenes.

—¿Una vez más? Lo dices como si tuvieras todo muy claro.

—No me jodas, Maturana, no me jodas. Además, mucha causa noble sobre el cambio climático y bla bla bla, pero bien que te lo llevaste calentito.

Ella se echa hacia atrás y resopla.

—Lo primero, eso que dices no es cierto. Y cuando llegue el debido momento entenderás que yo no soy una ladrona. Y lo segundo, yo no te jodo, querido. Yo estoy aquí para ayudarte. Ya que veo que andas un tanto estancado…

—Lo que me faltaba, que encima hagas de salvapatrias. Si vas a colaborar, colabora. Si no, nos vamos directos a la Brigada.

—No entiendes nada, Del Olmo. Tu rencor te ciega.

—¿Rencor? ¿Tú te atreves a hablarme de rencor? ¿Tú, que has inducido a matar al menos a diez personas?

—No entiendes nada porque soy de las que justifica los medios por un bien mayor.

—¿Y ese bien es asesinar a personas a quienes tú te has encargado de juzgar y condenar?

—Tú, que tantas veces has visto salir a la calle a los pocos años o incluso meses a muchos de los indeseables que has metido entre rejas no deberías pensar así. Años de documentar los peores crímenes de este país me han otorgado una capacidad de decidir sobre lo que está bien o está mal. No te atrevas a poner en entredicho mis juicios.

—Los pongo en entredicho porque en el momento en el que uno se salta el estado de derecho otorga al resto la capacidad de tomar las represalias pertinentes. ¿Qué te parecería que las familias de Porta, Pereira y Roger acabasen con Gallardo y contigo?

—Supongo que sería entendible.

Resoplo.

—Tienes respuestas para todo, ¿no, periodista?

—Tengo respuestas para dos cosas importantes.

—Pues suelta la que te he hecho.

—Está bien, sí, he manipulado a esa persona para…

—Antes habías dicho que eran varias personas.

—He mandado a alguien para supervisar las tareas.

—¿Para supervisar? ¿Te das cuenta de la barbaridad que estás diciendo?

—Soy consciente. Y reconozco mis errores. ¿Quieres saber quiénes son?

—Dímelo ya.

—Son hijos de los responsables de que estés en esa silla.

Cierro mi boca. Cierro hasta los ojos. Madrid sigue girando despacio bajo la telecabina, el río, los pinos, la ciudad temblando al fondo. Creo que el bamboleo de la telecabina me está mareando. O quizá sea otra cosa.

—Sí, Maturana, sí. Has venido a joderme pero bien jodido.

Entonces ella se acercó un tanto a mí.

—Del Olmo, te estoy entregando a la hija de Andrade y al hijo de Rivas.

—No, joder. Matilde, me estás jodiendo porque has desenterrado algo que ya tenía casi olvidado.

—Tú lo has dicho, Del Olmo: casi. Y ese casi nace de que eso nunca lo vas a olvidar. Nunca.

ENTRE EL OLVIDO

De entre el olvido rescato unas imágenes que no quiero rescatar.

La desgraciada de Matilde tiene razón. Jamás voy a poder olvidar lo que me pasó. Lo que me tiene así.

Andrade y Rivas.

Un compañero y un traficante.

Y Matilde dice que sus hijos están detrás de todo esto, manipulados por ella, subvencionados por ella y aconsejados por ella.

Arsenio Andrade era mi binomio cuando estaba en estupas. Un tipo al que consideraba algo más que un compañero. Un amigo. Un hermano.

¿Algo más?

El caso es que a mí, por aquellos tiempos, también me interesaba como hombre. Mi relación con Sofía no estaba del todo consolidada, llevábamos algo más de dos años juntos, sin embargo, algo no terminaba de cuajar. No sé si era el sexo, o los periodos alternos de convivencia o, precisamente, esa falta de compartir una vivienda propia. Nuestra.

El caso es que nunca me he sentido del todo heterosexual, y con Andrade empecé a desarrollar un sentimiento más allá de la amistad. Largas horas de tronchas. Borracheras. Confesiones.

Él era un picaflor que se pasaba por la piedra a medio gimnasio y a buena parte de las féminas que conocía del Cuerpo.

Estábamos de lleno en una operación que tenía que descabezar a una banda de traficantes de MDMA en Valencia. Donde estaba destinado por aquel entonces.

La noche en cuestión, no sé si fruto de la adrenalina, o de que preveía que quizá no saliéramos indemnes de aquello —ya que aquella banda primero disparaba y después preguntaba—, se lo dije.

Estábamos en el coche camuflado, aparcados frente al portal donde teníamos que esperar a que Rivas y los suyos hicieran el intercambio. Llevábamos dos horas de vigilancia, dos cafés de máquina y esa tensión que precede a las entradas y que se mastica en el aire.

A los dos nos gustaba mucho el cine. Siempre solíamos charlar de películas vistas y por ver y aquella noche saqué a colación el tema del western. Después de hablar de John Ford y otros mitos, hablé del western moderno, Sin perdón, Django desencadenado y…

—Brokeback Mountain.

—No me jodas, Del Olmo, eso no es un western.

—Sí lo es, y hay amor como en toda buena película del oeste.

—Sí sí, amor se dan, está claro —dijo con sorna.

Lo miré, él estaba pendiente del portal.

—¿Nunca te has preguntado cómo sería?

—¿El qué?

—Estar con un hombre.

—Uy, qué va. Yo no tengo fantasías de esas…

—No hablo de fantasías. Somos personas.

Se giró para mirarme.

—¿De qué estás hablando, compañero?

—De que quizá lo que pasó en Brokeback Mountain pase más de lo que nos imaginamos. Y fíjate nosotros, con las horas de troncha que echamos… quién sabe.

Intenté sonreírle.

Se me quedó mirando sin hablar. Volvió a girar su cuello para fijarse en el portal. Tenía que terminar lo que había empezado.

—Que sepas que si yo me marcase un Brokeback Mountain, sería contigo, Arsenio.

Volvió a girarse.

—¿Estás borracho o qué, Del Olmo? —dijo. Lo miré sin saber qué decir—. ¿Ahora eres maricón?

—Esto… —titubeé. Su agresividad no me la esperaba.

—Déjate de decir porquerías y vamos a centrarnos en la vigilancia, que todavía nos queda un buen rato…

—Yo solo decía que de hacer un Broke…

—Ni Brokeback Mountain ni pollas en vinagre —volvió a mirarme —. Nunca vuelvas a hacer una insinuación así. ¿Me oyes?

Nos miramos durante cuatro o cinco segundos. Levanté las manos como pidiendo perdón. Quise decir algo, deshacer lo dicho, fingir que era una broma. No fui capaz. Eso era incluso peor.

No hablamos más en las dos horas tuvimos que esperar allí. Arsenio siempre meaba en una botella que teníamos por el camuflado si las vejiga apretaba después de tantas horas de espera. Aquella noche prefirió ir a un árbol cercano.

Cuando se la estaba guardando, apareció Rivas.

Operación en marcha.

Salí del coche y él se llevó la mano a la axila. Todo lo que había pasado antes se quedó dentro, en aquel habitáculo, como si pudiéramos recogerlo después. Subimos por la escalera porque el ascensor podía avisarles. Tercer piso. Yo delante, él detrás, cubriéndome. Como siempre. Binomio.

Pero ya no era como siempre.

Lo supe en cuanto Rivas abrió fuego desde el fondo del pasillo y yo me parapeté detrás del quicio de una puerta esperando la cobertura de Andrade para avanzar.

La cobertura no llegó.

Me giré medio segundo para buscarlo. Estaba a tres metros, con el arma levantada, con un ángulo de tiro perfecto sobre Rivas. Y no disparó. Nuestras miradas se cruzaron en ese medio segundo y vi en sus ojos algo que no era miedo ni duda ni el arma encasquillada que declararía después. Vi una decisión. Vi a un hombre eligiendo qué hacer con el problema que yo me había convertido para él un par de horas antes.

Eligió no cubrirme.

Rivas aprovechó que yo había girado la cabeza, salió de su posición y disparó. Un solo tiro. Me entró por la espalda, a la altura de la vértebra dorsal novena.

Caí sin sentir las piernas. No las he vuelto a sentir.

Mientras me desangraba en el suelo de aquel rellano, con la mejilla pegada a las baldosas frías, vi a Andrade acercarse despacio. Se agachó a mi lado. Por un momento pensé que iba a ayudarme, que había sido un instante de pánico, que todo tenía explicación.

—Lo siento —susurró.

Y no supe nunca, no lo he sabido en todos estos años, si aquel «lo siento» era por no haber disparado o por lo otro. Quizá había atado cabos. Tanto afecto, esos fines de semana de abrazarnos, las escapadas a la playa… Quizá me había convertido en un «problema» para él. Para su hombría.

Rivas escapó. En el atestado, Andrade declaró que el arma se le había encasquillado, que no pudo reaccionar. Asuntos Internos lo investigó. El arma funcionaba perfectamente. Pero una cosa es que un arma funcione y otra demostrar que un hombre eligió no usarla, y la palabra de un policía tirado en una silla contra la de un compañero sin una sola mancha en el expediente no daba para abrir nada. Lo cerraron como tragedia operativa. Mala suerte. Gajes del oficio.

Yo no declaré en contra de Arsenio. Nunca supe el porqué. Quizá la vergüenza, porque en el Cuerpo todo se sabe y, es más, tendría que saberse para que le culpasen de algo.

A Rivas lo detuvieron seis meses después. Cumplió ocho años. Salió hace cuatro.

Andrade dejó el Cuerpo tiempo después y montó una empresa de seguridad. Le fue bien en la vida, como les va bien a los que saben mirar hacia otro lado en el momento justo. Tiene una hija.

Rivas, al parecer, tiene un hijo.

Yo no lo sabía. Me lo cuenta Matilde, que conoce esta historia porque yo se la conté, y según me cuenta ahora, lo documentó todo e investigó a los dos personajes en cuestión.

Abro los ojos.

El telecabina sigue su descenso lento hacia el Paseo de Rosales.

—La hija de Andrade ha entrado y salido de salud mental varias veces. Es amiga de la hija de Delacroix, íntimas. Va a todos los festivales que quiere porque le dan pases de staff y de fotografía.

—¿Y el hijo de Rivas?

—Un aspirante a músico que se quedó en el camino. Se reconvirtió como chulo de putas. Y lo digo de forma literal. Explota a mujeres en onlyfans. Lo disfraza diciendo que les va a conseguir más seguidores y más ingresos. Proxenetismo 2.0.

Apoyo los codos en las rodillas y la cabeza en los codos.

—¿Cómo coño has podido hacer esto, Matilde?

—Ya te lo he dicho, hay personas que no merecen vivir. Además, Delacroix no es trigo limpio. Se merece que le auditen tus compañeros de la UDYCO, tiene fondos de inversión bastante opacos detr…

—¡Cállate, por favor!

Me llevo las manos a la sien.

Esta mujer, definitivamente, va a acabar conmigo. Noto su mano en el hombro, doy un respingo.

—Del Olmo…

Me llevo la mano a la axila. Ella abre los ojos. Deslizo la mano opuesta hasta el cinturón.

—Matilde Maturana, estás arrestada —saco los grilletes—. Los compañeros te leerán tus derechos en cuanto salgamos de aquí.

El telecabina se detiene. Mi vida, también.

Y LA NECESIDAD

La necesidad es una mala compañera cuando se quiere rematar un plan.

Rematar.

Volver a matar, según el diccionario.

Ya lo he hecho, hasta por quintuplicado.

El viaje se acaba, y la propuesta final ha de ser apoteósica.

Por fin la prensa se ha hecho eco de mis aventuras. Por fin alguien ha subido algo a redes que no se haya censurado antes de que saltara a todos los medios.

¿Lo peor? Que el responsable de la visibilidad en medios ha sido Jesús. Y no solo eso, sino que él también ha sido el autor material. En mitad del trío, decidió que tenía que acabar con la vida de la muchacha. Al principio pensé que eran celos, sin embargo luego me di cuenta de que no. Y me lo confirmó su confesión posterior sobre que me había estado siguiendo.

No, esto no es lo peor.

Lo peor es que me he encariñado de este tipo.

Y eso es algo que hacía mucho tiempo que no me pasaba.

Y no me lo puedo permitir. Esto no es Bonnie and Clyde. Esto no es algo que se pueda compartir, porque no hay lealtad entre ladrones y no me creo que, si llega el momento en el que la policía nos eche el guante, vayamos a colaborar para salir lo menos dañados del proceso.

Aunque este sentimiento no se lo cuento por razones obvias. Ahora lo necesito para, precisamente, rematar el plan.

—¿Entonces no crees que sea bueno dividirnos? —pregunta por enésima vez.

—No lo veo claro, quizá podríamos dividirnos pero en el mismo festival. Eso de ir cada uno a uno, no lo veo.

—Ya que la madera estará encima nuestra por la presión mediática, yo creo que sería una forma fácil de dispersar su atención. Si al final se celebran los festis, no creo que tengan recursos para cubrirlos todos. Ten en cuenta que hay hasta tres eventos el fin de semana. Los dos festivales y el concierto en el Metropolitano.

Me llevo la mano a la barbilla y lo medito. No había caído en lo del concierto. Quizá sí sea una buena idea.

—¿Y en tal caso, tú por cuál te decantarías?

—Yo por el del IFEMA.

—¿Por qué?

—Tiene un par de grupos que me gustan.

Me saca una carcajada.

—¿Solo por eso, tío?

Se encoge de hombros y sonríe también.

—Bueno, el ambiente del de Torrejón también me va a gustar menos.

—Mira el homófobo, con lo que te gusta el tras tras por detrás.

Me hace una peineta antes de abalanzarse sobre mí.

Nos comemos la boca y nos desnudamos con la misma prisa que dos presos en un vis a vis. Quizá sea la última vez que follemos. Al menos libres.

—¿Qué necesidad de insultar, inspectora?

—¿Insultar? Llamarte hija de puta es quedarme corta… —grita Olga.

—Relaja, inspectora, te estoy dando los datos…

—Ni relaja ni hostias. Estás jugando con nosotros. Así que no sabes en cuál de los eventos actuarán, pero sí que actuarán en alguno de ellos. ¿No? ¿Y qué hacemos? ¿Nos partimos por la mitad?

—Tenéis un grupo con más gente. Podéis avisar al GEO, que conmigo no era necesario, pero con esta gente quizá sí.

Estamos en la sala de interrogatorios de la Brigada. Llevamos tres días entrando y saliendo de esta misma habitación de paredes desnudas, con la mesa atornillada al suelo y el aire cada vez más cargado a pesar del aire. Han pasado tres días desde la detención de Matilde y ha estado jugando al gato y al ratón.

Sí, nos ha dado los nombres y hemos verificado sus datos. Dos personas bastante apartadas de la sociedad: distanciadas de sus familias, aficionadas a la música, y con alguna denuncia por incidentes con animales domésticos. Nada probado, nada grave.

—¿Estás diciendo que pueden actuar en varios de los eventos musicales del próximo fin de semana?

—Eso es lo que digo. Pero tu amiga no lo quiere ver.

—Matilde Maturana, si esperas rebajar tu condena con esta colaboración tan extraña, no creo que el juez que te está viendo detrás de ese cristal interceda por ti si no nos ayudas.

—Ese juez que estará ahí, no será el mismo que instruirá mi caso —Sonrío y ella para de hablar—. Vaya, chicos listos.

—Joder, Maturana, ¿por quién nos tomas?

Se gira hacia el espejo.

—Jueza Torres, ¿por qué no pasa usted, que estamos en familia?

—No vaciles encima, anda —le pido.

Se gira, me clava sus ojos.

—Del Olmo, reúne todos los recursos necesarios y monta todos los operativos posibles.

—¿Y por qué no mejor les pides que aborten el plan?

—Porque ya están fuera de control. No responden desde hace semanas.

—¿Y no los puedes localizar? Supongo que te comunicarías con ellos de alguna forma.

—Claro, pero sus teléfonos culebra ya no dan señal. Se habrán hecho con otros —Olga teclea en su móvil, le pregunto con la mirada — La subinspectora está hablando con Listín, Del Olmo —aclara Matilde, lo que provoca un gesto de rabia en Saavedra, al sentirse pillada.

—No te pases de lista, anda. ¿Vas a colaborar o te mandamos de vuelta a tu celda?

—Estoy colaborando y me vais a mandar igual cuando termine esta charla.

Miro a Saavedra. Me gustaría ponerle una mano en el hombro, pero no estoy lo suficientemente cerca. Sin embargo, cojo mi móvil y le pongo un mensaje. Olga lo lee. Sonríe.

—Matilde. ¿Sabes que a Gallardo le va a caer la PPR? —dice Saavedra.

La periodista intenta disimular que no le afecta la noticia.

—Eso ya lo veremos. Y tú, Del Olmo, deja de mandarle mensajitos a tu compañera, que aquí nos conocemos bien todos.

Inspiro profundo. Muevo mi silla hacia ella. Me pego todo lo posible. Y me acerco a su oído.

—No lo entiendes bien, Maturana. Da igual que le caigan dieciocho años o la permanente revisable. Va a ir al talego fijo, y nos vamos a encargar de que le toque, no ya en la misma prisión, sino en el mismo módulo de alguien que también conoces —. Maturana gira su cabeza hacia mí, me clava los ojos interrogativos—. Hablo de Ortiz-Melgar. Seguro que se alegra de ver al novio de Aire.

En esa ocasión Matilde sí que cambia un tanto su expresión.

—Lo que estás insinuando se salta la legalidad…

Olga da un brinco de su silla y se pasa por encima de la mesa como si estuviera haciendo una coreografía de un baile de musical. Se sitúa al otro lado de Matilde y no le da tiempo a reaccionar.

—Ni se te ocurra levantar la voz, Matilde. No has querido abogado, al de Triana ese tan bien plantado se lo cediste a tu querido Gallardo; así que ahora te aguantas. Nos vas a dar muchos más detalles de a quién buscamos y cómo podemos dar con ellos en medio de tanta gente. O lo que te ha dicho el inspector se va a quedar en anécdota.

—¿Me estáis amenazando? ¡Me estáis…!

—¡Que te calles, Matilde! —Le digo—. ¿Ahora eres una niña pequeña? ¿Le vas a pedir auxilio a la jueza Torres? Tú no sabes la que le diste con el caso de los cuatro elementos. No sabes las ganas que te tiene. Así que colabora, Aire.

La periodista me vuelve a clavar sus ojos oscuros. Toma aire. Respira durante unos segundos y empieza a hablar.

No era necesario del todo, pero es mejor que nos hayamos dividido. Así hay más posibilidades de sembrar el caos final. El cabronazo de Jesús ha invertido los papeles. No es que pueda decir que me domine, pero es cierto que ahora me gusta seguir lo que él pide. Y ha accedido a irse al festival de Torrejón y que yo me venga al del IFEMA.

He entrado con mi acreditación falsificada, como siempre, y nadie ha registrado mis pertenencias, como siempre. Me he vestido de guerra y voy a por todas. Hoy no voy a elegir, en realidad eso solo lo hice las dos primeras veces, a dos tipos que quizá se lo merecían.

Hoy me da igual chica o chico. Eso sí, tiene que ser memorable, porque tanto Jesús como yo hemos decidido que después de esto terminaremos la canción y pararemos, al menos por un tiempo.

No podemos jugarnos mucho más el seguir así. La policía tiene que estar persiguiéndonos como cosacos. Las medidas de seguridad en este festival parecen extremas, menos mal que yo no entro por la zona del público como en otras ocasiones.

En los medios ya salimos bastante. Hay incluso un podcast de true crime que nos menciona. Nos llaman Los asesinos del escenario. El nombre es malo a más no poder. Pero bueno, algo es algo.

Me he pedido una cerveza. El IFEMA al atardecer es un hervidero: miles de personas entrando por los accesos, el sol bajando sobre los pabellones y tiñendo de naranja el cielo de Madrid, el calor del día todavía pegado al asfalto. Los primeros focos empiezan a encenderse sobre los escenarios. Todavía no ha caído la noche. Voy a esperar a que lo haga para seleccionar a la víctima ideal. Voy a hacer unas fotos en el foso. El grupo no me interesa mucho, pero el público sí. Obvio. Y precisamente entre el público la localizo. La veo. Sí, con su sonrisa y su estilizada figura.

Ya tengo objetivo.

Ella me ha visto también. Me sonríe, y me indica con un dedo que me acerque. Lo hago.

—Hola, Olivia.

Era necesario que Matilde nos diera más detalles. Los ha ido soltando durante cuatro días. No le hemos dado opción. Nos ha

contado no solo los nombres —algo necesario para conocer el rostro de los sujetos—, sino también su forma de operar: la persona inicial se acreditaba como profesional de fotografía y vídeo, lo que le permite meter una mochila con todo tipo de arsenal: guantes, falos de plástico, etc, etc.

Y lo peor de todo: acceso a cualquier parte del recinto.

—¿Estás seguro, Del Olmo? —pregunta, una vez más, Olga.

—No, no lo estoy. Pero es lo mejor. Toribio y Amaya me cubren de sobra. Y a ti, Pleite e Insausti.

—Y yo también —apunta Mansilla.

—Claro, pepinillo, tú también —afirmo y le dedico una mirada de aprobación— ¿ves como estás bien cuidada?

—Eres tonto, me refiero a ti. Que luego te invita cualquier veinteañera a una copa y se te van los ojos.

—Matas a un gato y ya te llaman matagatos.

Estamos en el parking subterráneo de la Brigada, junto a los camuflados, con los fluorescentes brillan con fuerza sobre nuestras cabezas y el eco de las puertas de los coches al cerrarse llegan a molesta. Sin esperarlo, la inspectora me da un abrazo. Fuerte. Y me susurra al oído.

—En el teleférico te dije lo de tu cacharra, sin que te dieras cuenta te la cogí ayer y fui a la sala a tirar un poco. El compañero hizo la vista gorda porque me conoce: la revisó, la engrasó y está lista para disparar. Espero que no tengas que usarla, pero ahora estoy más tranquila.

Abro mucho los ojos y cuando se retira, me lanza un guiño.

Ella se va a un festival que hay en Torrejón de Ardoz. Yo a uno que hay en el IFEMA. Hay un concierto de masas en el Metropolitano, y ahí todos los agentes de Seguridad Ciudadana tienen foto de los sospechosos. También el personal de seguridad. El control de los profesionales de foto y vídeo está muy restringido y es imposible que se cuele nadie con identidad falsa. Matilde nos ha dicho que está segura de que acudirán a uno de los dos eventos a los que nos vamos a personar.

Miro a Lucas y a Amaya. Ellos asienten. Nos subimos todos al camuflado y Solís arranca en dirección al recinto ferial.

Es hora de enfrentarme a…

TODOS MIS FANTASMAS

...todos mis fantasmas.

Si no todos, gran parte de ellos se reúnen en este espacio atestado de gente.

Los descendientes de quien me puso en silla de ruedas. Los culpables de unos crímenes que nos tienen en vilo todo este maldito verano que nos tiene abrasados. Y la ausencia de mi compañera, mi mejor lugarteniente.

La he mandado al otro evento porque tiene que encabezar la búsqueda allí. Los dos aquí no pintamos nada. De hecho, yo tampoco pinto nada aquí. Tan solo estoy para observar cómo Toribio y Amaya le ponen los grilletes a los hijos de Andrade y de Rivas.

Al parecer Matilde piensa que pueden haber intimado. Que se han convertido en una especie de Bonnie and Clyde. Aunque eso lo descarto porque esos dos tenían algo de glamur. Con el debido respeto a sus víctimas, claro. Estos solo han dejado un reguero de violencia de la más repugnante; de la que mata solo por placer; de la que se cree superior al otro ser humano.

Estoy en estas reflexiones cuando Lucas viene y me indica que le siga al puesto de mando. Delacroix nos espera allí, con las manos frotándose las sienes, como si eso pudiera aliviarle el dolor de cabeza.

—Buenas noches, Jaime.

—No tiene nada de buenas, pero bienvenidos.

—Gracias, le pido que deje a mi equipo estar al mando y que sus hombres de seguridad estén atentos.

—Claro, claro, ya han desplegado más agentes por todo el recinto y hemos colaborado.

—Se lo aprecio, ya que no han querido cancelar, pues es lo menos que pueden hacer.

—Inspector… —inicia el empresario—. Yo no he puesto pegas para cancelar.

Los días previos tuvimos una reunión similar a la de principios del verano, cuando se produjo el primer crimen, la propuesta nuestra fue la misma, la de anular los eventos. La respuesta institucional, también la misma. Con un añadido:

«Ahora que tienen a los responsables, qué mejor forma de atraparlos».

Es decir, están dispuestos a poner cebo humano. Unas veinte mil personas aquí y otras tantas en el otro festival. Descartan el concierto para más de sesenta mil personas en el Metropolitano. Se basan en el testimonio de una prófuga de la justicia con varios crímenes a sus espaldas.

No sé cómo hemos llegado a esta locura, pero ya que estamos aquí, hay que hacerlo lo mejor posible. Lo más importante, es que no haya ningún tipo de estampida. Y eso es lo que nos tiene más preocupados al grupo.

—¿Vamos a llevar las cacharras cuando entremos al foso, jefe? —pregunta Toribio.

—Yo diría que sí.

Amaya y él se miran y resoplan.

—¿Nos prometes que no te vas a mover de aquí? —pregunta Solís.

—No te lo puedo prometer y no te lo prometo.

—Es que te conocemos, y como se te ocurra quedarte solo no vamos a estar tranquilos y no vamos a trabajar bien.

—Qué pesados, de verdad. Solo han sido dos veces las que se me fue un poco de control. Y la primera no fue buscada.

—Tranquilos que yo me encargo de vigilarlo.

Una voz conocida se escucha a mi espalda y los compañeros saludan.

—Coño, Ávila, ya te estaba echando de menos. ¿Te quedas conmigo a mirar cámaras?

—A lo que sea. Tengo a cuatro policías en el otro escenario.

—Yo solo tengo a estos dos, ¿los acompañas y yo me quedo aquí con las cámaras?

Ávila mira a los compañeros.

—No me fío un pelo de ti, Del Olmo.

—Otro… ¿Dónde queréis que vaya? Con la de gente que hay, si no me van a dejar pasar a ningún sitio.

El inspector de Secuestros y Extorsiones se retira un momento y habla por su intercomunicador. Toribio niega con la cabeza y Amaya tiene los brazos en jarra.

Ávila vuelve y me pone la mano en el hombro.

—Como se te ocurra moverte, la vamos a tener.

—Yo me encargo si quieren —dice Delacroix, que estaba algo alejado, pero al tanto.

Lo miro e intento disimular el desprecio.

—Me puede usted hacer compañía, Jaime.

Los policías se largan bajo serias amenazas de muerte si me pasa algo, y Delacroix se sienta a mi lado.

Intento ignorarlo mirando al circuito de cámaras. Habla de que él quería cancelar el festival, de que no le merece la pena lo que está sufriendo, y, finalmente, dice algo que sí que reclama mi atención.

—Y mi hija está entre el público.

—¿No le ha dicho nada?

Toma aire antes de decirlo.

—No quería asustarla, toca una de sus bandas favoritas.

—Podría haberlos visto desde el escenario. Tendrá algún acceso especial.

—Claro, pero no ha querido. Han venido su mejor amiga y quería estar con ella en primera fila.

Me giro y desde la cámara del escenario principal se divisa la primera fila. Además, hay operadores de cámara que graban señal para el vídeo oficial y pasan con frecuencia por allí.

—¿La ha visto en algún momento?

—No, es que está en el otro escenario. La cámara de allí no está tan bien situada.

Giro mi cabeza y busco el monitor en cuestión. Cuando lo encuentro, marco el número de Toribio. No me lo coge. Marco el de Amaya.

—Dime, jefe.

Apenas la escucho.

—Id al otro escenario, ¿me oyes? —Creo que dice algo, pero no la escucho—: ¡Id al otro escenario y buscad en primera fila a Olivia Delacroix!

—Vale, jefe, vale.

Cuelgo y Jaime me mira, preocupado.

—¿Por qué esa orden? ¿Mi hija está en peligro?

—No lo creo, pero es mejor asegurarse. Llámela.

El sujeto coge el teléfono y marca el número de su hija. No responde. Vuelve a intentarlo y en ese momento escuchamos un tono de llamada característico. Jaime se gira y al descubrir a su hija con el teléfono en la mano mostrándoselo, se levanta de un brinco y corre a darle un abrazo.

—Tranquilo, papá, ¿qué ocurre?

—Nada, nada. ¿Ya has visto el concierto?

—Sí, ha estado genial. Y mira a quién te traigo —Olivia se mueve hacia un lado para presentar a la persona que le acompaña—. ¿Te acuerdas de …

—Claro que me acuerdo —interrumpe Delacroix con gesto serio.

Yo me fijo en los ojos de esa tercera persona en discordia y, por instinto, me llevo la mano a la axila.

Todos los fantasmas del inspector Del Olmo van a terminar esta misma noche. Por mi madre que va a acabar esa pesadilla para él. No me ha gustado que siga sin contarme cómo acabó en silla de ruedas y la Maturana sí lo sepa; y no solo eso, sino que haya montado todo eso para una supuesta venganza que solo ocurrirá en su cabeza.

Tengo la foto de los sospechosos tan memorizada que podría reconocerlos hasta con veinte pelucas encima; y no paro de mirar a

todos lados. Pleite y Sergio igual. Nos hemos pateado todo el recinto del festival. Varios compañeros de Seguridad Ciudadana están con nosotros. El control en los accesos ha sido exhaustivo. Y sigue siéndolo. Me dan igual las quejas del público.

También hemos accedido a las zonas del backstage, en las que por cierto, me he encontrado con Gabriel, uno de mis cantantes favoritos, pero de puro estado de nervios que tengo, no me han salido las palabras para saludarlo. Tampoco procedía. Ya llegarán mejores tiempos.

Acaba de arrancar, de hecho, su concierto, hay una canción que habla de lobos, y precisamente es lo que busco entre el público: un lobo. Quizá con eso que se suele decir como piel de cordero.

—Jefa, mira a ese individuo —dice Pleite a mi oído.

Me fijo en el tipo en cuestión, tiene una gorra muy calada y unas gafas de sol amarillas enormes. Está hablando con una chica que no le presta demasiada atención. La chica parece evitarlo, llega el momento en el que le pide a un amigo cambiarse de lugar. A pesar de ello, el sujeto no cesa en su empeño. La chica se encara con él y le dice que le deje en paz. El tipo no se marcha.

—Quédate aquí, Julio.

Sergio y Mansilla están en el otro escenario, y menos mal, porque si no, me juego el puesto a que Insausti hubiera querido intervenir. No me hubiera dejado saltar ni la valla.

Precisamente es lo que hago, y pido todos los perdones posibles a la gente de primera fila que lleva allí horas bajo el sol para ver a sus artistas favoritos y a los que yo molesto. Me deslizo entre algunos asistentes y cuando llego a la altura de la chica y el de la gorra, se me quedan mirando los dos con la boca abierta.

—¿Te está molestando este tío? —pregunto a gritos.

Ella calla.

—¿Y tú quién eres? —dice el sujeto.

—Quítate la gorra y las gafas.

—¿Y eso por qué?

Saco la placa y se la planto en la cara, cara que le cambia de color en cuanto la ve.

Obedece.

Falsa alarma.

Pero me acerco a su oído.

—No sé si eres su ex o que estás intentando ligar con ella, pero déjala ahora mismo. Voy a estar allí —señalo al foso—, y te voy a vigilar.

El tipo mueve ligeramente la cabeza arriba y abajo.

Me giro para largarme hasta primera fila y es cuando lo noto. Un fuerte pinchazo en la zona abdominal y un chico joven y muy delgado delante de mí; sonríe y tiene su mano pegada a mi ombligo. La separa y apenas distingo algo cubierto de rojo antes de notar el mareo y sentir que me fallan las rodillas e inicio una lenta caída.

Esta vez no podré ayudar al inspector Del Olmo.

Olivia Delacroix me saluda con desgana y me presenta a la chica que viene con ella.

—Ella es Vera.

Nos hemos quedado solos en el habitáculo de control de cámaras. Delacroix se ha excusado para ir a realizar unas gestiones y según él «me deja en buenas manos». El container es estrecho, con una pared entera ocupada por monitores que parpadean en azul mostrando los distintos ángulos del recinto. El zumbido de los equipos y el aire acondicionado se mezcla con la música amortiguada que llega de fuera. La única luz es la de las pantallas.

Desde luego las manos de la tal Vera tienen su habilidad, eso hay que reconocérselo. Habilidad dudosa, pero habilidad al fin y al cabo.

Justo la chica me ofrece la mano y, contrariamente a lo que debería, se la estrecho. Me clava sus ojos oscuros. Joder, siento hasta un vacío en el estómago al tenerla tan cerca.

—Vera, aquí no hay bebida, nos vamos al came…

Antes de que termine la frase, Olivia Delacroix se queda callada. Y lo hace porque en ese preciso instante nada más notar el tacto de la piel de Vera Andrade y de mirarla a los ojos, desenfundo mi USP Compact y me retiro un tanto hacia atrás.

—¿Pero qué hace, inspector?

—Largo de aquí, Olivia. Sal y vete a casa. No le digas nada a nadie. ¿Serás capaz de hacerlo?

La cara de Vera apenas se inmuta. Me atrevería a decir que hasta incluso curva los labios hacia arriba.

—Voy a avisar a mi padr…

—¡No! —pego un grito y ella se asusta—. Vete a casa. Te lo pido. Te lo suplico. Sal ya de aquí.

—¿Vera? —pregunta mirando a su amiga.

—Haz lo que te dice el inspector, Olivia. Sé buena, anda.

La chica rompe a llorar y abandona el container.

—¿Tú crees que se irá sin decir nada? —pregunto.

—Qué va, va derechita a las faldas de su padre.

—Eso pienso yo. Mira a ver si esa puerta tiene cerrojo, haz el favor.

La chica se gira y se acerca hasta la puerta.

—Tiene una llave.

—Échala. Y recuerda que te estoy apuntando.

—Sí, eso lo tengo muy presente.

Echa la cerradura y se da la vuelta.

—Toma asiento —le hago un gesto con la cabeza para que se siente en la silla que minutos antes estaba ocupada por Jaime Delacroix.

Lo hace, me mira, y ahora sí, sonríe abiertamente.

—Me suena… no tu cara porque nunca te he visto, pero me suena que he oído hablar de ti.

—¿En serio? ¿Papá te ha hablado de mí?

—No, qué va. Él apenas ha hablado conmigo en toda su vida.

—¿Entonces?

—Mi madre. Los escuchaba discutir y alguna vez mencionaron a un hombre en silla de ruedas que era policía.

—Ese debía de ser yo.

—¿Por eso estoy yo aquí?

—Bueno, por eso y porque te has llevado por delante a varias personas desde el mes pasado hasta hoy.

—Entonces sí, por lo de mi padre estoy aquí.

Asiento y hasta sonrío.

—Maturana es perra vieja y te escogió, pero tú ya venías con un bonito historial.

—¿Quién es Maturana?

—Aire.

Vera, por primera vez, se sorprende. Abre la boca y los ojos.

—¿Ella tiene que ver también contigo?

Le cuento por encima mi relación con Matilde y su confesión de días atrás.

—Todo correcto, pero ella no me ha manipulado…

—Venías manipulada ya de serie, ¿verdad? —la interrumpo.

—¿Qué quieres decir, inspector?

—Tu predisposición a la violencia —aclaro. Sonríe al entenderlo—. Matilde sabe elegir bien a sus peones.

—Yo no soy ningún peón.

—No, está claro que tú eres la reina.

Sonríe. La correspondo.

—¿Entonces se supone que debes vengarte de mi padre matándome a mí?

—Se supone.

—Lamento decirte que a mi padre le doy un poco igual.

—Bueno, yo lamento eso en realidad. Ningún hijo se merece la indiferencia de sus padres.

—Bonitas palabras —me concede—. ¿Qué vas a hacer entonces?

—Matarte, claro.

Dicho esto amartillo la cacharra y estiro el brazo para apuntar mejor.

Ella, por segunda vez, se sorprende. Pone las manos encima de los reposabrazos de la silla y hace el amago de levantarse.

Bajo el arma y sonrío.

—Tranquila, no soy un ejecutor —bajo el arma y la desamartillo—. De momento. Lo que quiero es que me cuentes por qué.

Ella inspira fuerte, y vuelve a sonreír.

—Necesitaba inspiración.

—¿Inspiración? ¿Para qué?

Me cuenta su frustrada carrera musical, las expectativas creadas por su madre, que, al parecer, es profesora de música. Su refugio en su amiga Olivia y en Jaime Delacroix, que la aceptó como si fuera una sobrina y, al parecer, financió parte de sus intentos de

convertirse en música profesional. Y me cuenta, al fin, lo que necesito escuchar:

—Ya yo tenía el runrún de que la violencia me inspiraba para componer. Me pasaba que justo después mata un gato de niña, escribí un poema muy bonito al que le dieron un premio en el colegio —Levanta los ojos hacia arriba como si tuviera nostalgia—. Y bueno, me pasó más veces con otros animales.

—¿Y cuando mataste a una persona por primera vez te pasó lo mismo?

—No fue algo así instantáneo, como una epifanía. Pero cuando lo dejé reposar sí que noté esa llamada de las musas.

—Entiendo. ¿Y por eso repetiste?

—Por eso y por la facilidad.

—¿Facilidad?

—Es bastante fácil seducir a gilipollas.

Tomo aire.

—Entiendo, ¿y tu compañero?

—Eso fue toda una sorpresa, no me lo esperaba.

Detecto una sonrisa distinta, de esas sonrisas que solo suelen alcanzarnos cuando somos adolescentes.

—Te gusta el tal Jesús.

Me mira y noto una mueca de rubor.

—¿Qué eres, inspector o periodista del corazón?

—Un poco de las dos cosas.

En ese momento me suena el teléfono. Es Pleite. Se lo cojo.

—¿Qué pasa, Julito?

Lo que escucho a continuación me cambia la cara. Ella lo nota. Tanto que veo sus pies cambiando de posición. Igual que al principio cuando intentó levantarse. Lo que escucho me cambia no solo la expresión sino también mis sentimientos y hasta diría que mi juramento como policía. Cuelgo sin replicar a mi compañero.

Vuelvo a amartillar el arma.

—Has dicho que no me ibas a matar —dice y sus movimientos siguen denotando un ansia por abalanzarse sobre mí.

—Quizá te haya mentido.

En ese instante suenan fuertes golpes en la puerta. Y ella, definitivamente, se abalanza sobre mí.

Y yo tengo el arma amartillada y solo basta una caricia en el gatillo para que un proyectil de nueve milímetros acabe con todos mis fantasmas.

O quizá los resucite para siempre.

EPÍLOGO (SIEMPRE TÚ)

Una mujer yace en una cama de hospital. Tiene un daño importante en el bazo y en el intestino. Más de ocho horas de intervención quirúrgica le salvan la vida.

Otra mujer yace en otra cama de otro hospital. Ha perdido mucha sangre. Pero también han conseguido estabilizarla y salvar su vida. Lo peor en este caso viene en forma de anuncio por parte de un médico.

—Lo lamento mucho, debido al shock hipovolémico el feto no ha podido superar la crisis. Acabo de programar una cirugía para dentro de dos horas y se lo extraeremos.

Ella se queda con la mandíbula desencajada e incapaz de pronunciar las palabras que quieren salir de su boca:

«¿Feto?»

—Es usted joven y tendrá oportunidades de volver a intentarlo. Ahora lo principal es que se recupere de la herida en la pierna.

El médico lo ha intentado evitar, pero en el último momento no puede evitar mirar a su brazo derecho, el cual está amarrado a la camilla por unas esposas. Mis esposas para ser más correctos.

Soy testigo de esta escena porque estaba esperando que Vera Andrade se despertase para hacerle unas cuantas preguntas. La habitación está en penumbra, con la persiana medio bajada y el pitido acompasado del monitor cardíaco como único sonido. Huele a desinfectante y a sábana limpia. Un policía de uniforme monta guardia sentado en una silla en la puerta.

Al escuchar la comunicación del médico, que no se ha percatado de que no me he largado de la habitación, prefiero dejar esas

preguntas para otro momento.

La situación fue la siguiente: Vera se abalanzó sobre mí y yo no estaba dispuesto a darle un disgusto a mi familia ni a mis compañeros, en especial a Olga Saavedra. El caso es que yo ya tenía la cacharra apuntada a su rodilla. Tardé quizá unas fracciones de segundo en reaccionar y por eso la bala impactó en su muslo y, por consiguiente, le hizo pupita en la arteria femoral. Gracias al personal médico del festival no se produjo un «Paquirri en Pozoblanco» y llegó al hospital estable. Estable pero con el mencionado shock hipovolémico. ¿Consecuencia? Ha perdido un hijo que ella no esperaba.

En realidad nadie lo esperaba.

Mucho menos el personaje que camina por el pasillo hacia donde yo estoy en estos momentos. Sigo teniendo la cacharra a mano. Aunque parece que viene en son de paz. Se detiene a dos metros. No sé si porque le bloqueo la puerta o porque quiere examinarme o porque está pensando qué decir o qué hacer.

Pulso el botón de avance y le dejo paso. Pero él sigue sin moverse. Me mira de hito en hito. Se toca la cara. Mira hacia otro lado. Finalmente se decide a entrar, pero antes de que lo haga le hablo.

—Andrade —Se detiene en el vano de la puerta, pero no me mira —. Estaba embarazada. Lo ha perdido —Le doy la noticia, quiero ser yo el que lo haga para ahorrarme disgustos luego, por si quiere pelea ahora que lo resolvamos lo antes posible.

Me fijo en que aprieta el marco con tal fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Quizá espera un «lo siento», pero no lo pienso decir.

—Gracias —dice al final, y cruza la puerta.

Me quedo mirando hacia la puerta. Dudo.

Finalmente me decido y me asomo. Veo la espalda de Andrade y a su hija tumbada en la cama. Se miran, pero no dicen nada. De repente Vera gira sus ojos y los clava en los míos. No veo odio ni rabia. Al contrario, creo intuir una leve sonrisa. ¿De agradecimiento?

No tengo tiempo para descifrarlo porque Andrade se gira y como no quiero verle de nuevo la cara, pulso los botones necesarios de la

silla para dar media vuelta y me dirijo hacia la salida. Allí me esperan Toribio, Solís y Pleite.

—¿Todo en orden, jefe?

—Más o menos.

Me subo a la parte trasera del camuflado apto para personas con movilidad reducida y enfilamos directos hacia el otro hospital.

Por el camino llamo a Sofía. Aprovecho para hablar con los niños. Están de maravilla en la playa, que se han ido unos días con mi cuñada. Me echan de menos, o al menos eso dicen. Decido creerlos a pesar del tono pesaroso de mi mujer. Prometo reunirme con ella en tres días. Ambos sabemos que serán al menos cinco.

Tengo que rellenar yo solito todo el atestado, porque la secretaria del caso está en una cama de hospital. Y no es poca cosa lo que hay que documentar. Hay que dejar negro sobre blanco quién hizo qué, y eso es lo más enrevesado de todo. Vera Andrade se acreditaba como fotógrafa y firmó la mayoría de los crímenes: el chico del autobús en Madrid, el de la corbata en Gandía, la chica de Benicàssim, el de Bilbao y al menos uno de los dos de Aranda. Jesús Rivas entró más tarde en escena, cuando ella se lo encontró en el norte, lugar al que acudió enviado por Matilde. Él fue quien mató a la chica del piso de las amigas, y confesó después que llevaba semanas siguiéndola por encargo de Maturana. El segundo cuerpo de Aranda y el reparto exacto de los últimos días tendrá que afinarlo la autopsia y los cruces de geolocalización, porque entre tanta gente y tanto festival, atribuir cada muerte a su autor va a ser un rompecabezas. Por otro lado está Gallardo y la propia Maturana. Enrique Gallardo fue el primer brazo ejecutor de Matilde, uno de los autores de los crímenes de los Cuatro Elementos de hace tres años; este verano su papel fue logístico, hacer de enlace, mover dinero y dejarse atrapar en Chile para arrastrarnos hasta allí mientras aquí seguía el caos. Probarle un homicidio de este verano será difícil; lo de hace tres años, en cambio, lo tiene más crudo. Demasiados nombres, demasiadas piezas, y solo yo para encajarlas en un documento que tiene que sostenerse ante un juez. Aunque los compañeros seguro que me ayudan.

Subimos los cuatro. Solo Mansilla y Listín se han quedado en la Brigada con la promesa de ir por la tarde cuando terminen sus quehaceres. Tienen mucho texto que escribir.

Entramos los cuatro y nadie se sorprende cuando vemos allí a Sergio Insausti. Como si fuera un guardián de cemento. Él es el que sorprende porque entramos con sigilo de ladrón.

—Coño, me habéis asustado.

—Anda que vaya vigilante, la nuca la tendrías ya hecha mixtos —dice Toribio que le da una colleja amigable antes de darle un abrazo.

—Calla, hombre, que la vas a despertar.

—Estoy despierta, pero me hago la dormida para que no me des la brasa —Las palabras de Saavedra son veneno mezcladas con una sonrisa que el pobre Sergio no sabe cómo interpretar.

Pero acto seguido la inspectora le hace un mohín para que entienda que bromea. Yo no tengo tan clara sus intenciones. La habitación es más luminosa que la de Vera. Tiene una ventana grande por la que entra el sol de la tarde, una bandeja con la comida sin tocar y un ramo de flores que alguien, supongo que Insausti, ha colocado en el alféizar.

Amaya le da un beso en la frente, y Saavedra se la devuelve en la mejilla. Pleite le aprieta con suavidad el brazo y Toribio le planta otro sonoro beso en la coronilla.

—Para la próxima te regalo una cota de mithril.

—Creo que un chaleco de kevlar bastaría.

—Trato hecho, inspectora.

Falto yo por mostrar mi apoyo a Olga.

—¿Cómo está la inspectora encargada del Grupo de Homicidios…

—Como termines la frase me va a doler el abdomen.

—¿Y eso? —pregunto.

—Del guantazo que te voy a dar por pesao; con el debido respeto, por supuesto, inspector jefe Del Olmo.

Levanto las manos para pedir calma y perdón al mismo tiempo.

—¿Sabes lo de Vera Andrade?

—Dime que se ha muerto.

—Ella no —respondo.

Olga me mira con interrogantes en los ojos y le cuento lo de la pérdida de su feto. La inspectora, al escucharlo, se lleva las manos a la cara, como si eso sirviera para borrar la realidad.

—Jesús Rivas ha intentado quitarse la vida esta mañana, con una manta, pero no lo ha conseguido —cuenta Toribio.

—Otro que no cae… —dice Insausti.

Nos quedamos todos callados por unos instantes. No está nada bien que unos policías le deseen la muerte a unos sospechosos, pero en aquel instante, cuando una de las nuestras ha estado a punto de palmarla, todo se permite. Por supuesto, aquello nunca saldrá de allí.

—Mansilla dice que han subido una canción a Spotify y otras plataformas, y que están teniendo un éxito moderado —cuenta Amaya.

—Encima les pagarán regalías —replica Olga.

—Bolos no van a hacer, eso ya te lo digo yo —interviene Pleite, que sorprende con su conocimiento de la jerga musical.

—Julito, no te he dado las gracias…

—No son necesarias —interrumpe Pleite.

El compañero no le quitó ojo a la inspectora en todo momento, y en cuanto vio que caía al suelo, pegó un brinco a la valla y con su metro noventa se hizo camino a empujones y llegó hasta Jesús Rivas en menos de diez segundos. Le retorció la mano que portaba el cuchillo antes de que pudiera asestarle otra puñalada a Olga, aunque según las declaraciones de la inspectora el tipo simplemente se le quedó mirando cómo caía con el brazo inmóvil. Como si ese sufrimiento le bastase.

—Todos te lo agradecemos, Julio —enuncia Insausti, que le pone una mano a Olga en el antebrazo y mira a Pleite. Todos sabemos que se siente culpable de no haber estado con Saavedra en ese momento. Al igual que la inspectora se sintió cuando le pegaron a él el tiro en la rodilla en los Pirineos.

—Tengo novedades —digo, para romper el drama.

Le cuento a Olga que he vuelto a hablar con Matilde y que ha empezado la confesión de los crímenes de los cuatro elementos. Que también ha iniciado palabras para explicar todo lo de los crímenes de

los conciertos. Sigue insistiendo en que hacía de brazo ejecutor de mi venganza. Será complicado probarlo todo, y el trabajo de recopilación de evidencias será arduo, porque la verdad no tenemos demasiadas. Más allá del teléfono usado por Matilde, de su ficha como falsa periodista y del ataque de Jesús Rivas a Olga.

—Pero todo se andará. Su señoría Torres está a muerte con nosotros. Le tiene una tirria especial a Maturana y nos va a facilitar mucho el trabajo para que todo el atestado tenga una base sólida para el juicio.

—Me fío de Torres.

—Yo también —sentencio.

El silencio se vuelve a instalar en la habitación.

—Pues nosotros nos vamos a ir yendo —inicia Lucas—. Que hay trabajo y no vamos a dejar solo al jefe, que su mujer lo mata y después a nosotros.

—Y a ver quién queda para investigar esos crímenes —bromea Olga.

Se despiden todos con nuevos besos y caricias y salen de la habitación.

—Sergio, déjanos solos unos minutos —pide Olga.

Insausti protesta con la mirada, pero no le queda más remedio que aceptarlo.

Cuando pasa por mi lado le sujeto con fuerza del antebrazo. Levanto la mirada y le sonrío. Él, me pone su otra mano en el hombro. Y todo eso es lo que dos hombres en nuestra situación han de decirse.

Cuando todos abandonan la sala, Olga no tarda ni un segundo en hablar.

—Vamos, suéltalo, y no le des vueltas porque no estoy para eso. Lo mismo se me infecta la herida y mañana no estoy aquí.

—¡Qué exagerada!

—Del Olmo, haz el favor…

Suspiro y empiezo a hablar. Le cuento cómo Rivas disparó y Andrade no hizo nada. Y el infierno posterior en el hospital, el momento de contárselo a Sofía y las secuelas posteriores.

Los ojos le brillan a la inspectora. Apenas puede titubear.

—¿Quién, quién…? —inicia—… ¿Quién más lo sabe?

—De la Brigada solo Lucas. Otro compañero de estupas que hace tiempo que no lo veo, León se llama.

—¿Y la inspectora de Valencia?

—No, ella no. Ella no lo supo en su momento y después no fue alguien importante en mi vida.

Una lágrima se le escapa a la inspectora.

—Por favor, Olga, no me hagas esto.

—Lo sé, lo sé. Eres igual de válido o más que si no te hubiera pasado. No lloro por pena o por lástima.

—¿Entonces por qué lloras?

—Por…

Se queda callada.

—Habla, haz el favor.

—Del Olmo, yo… —clava sus ojos, ya claramente llorosos.

—¿Qué?

—Acércate.

Me acerco todo lo que puedo. La silla choca contra la camilla. Por mucho que maniobro y por muy erguido que esté en esta silla de última generación me es imposible acercarme más, ella trata de moverse, pero emite un quejido.

—Joder, no te muevas, mujer, no la vayas a liar.

—Vaya dos…

Nos miramos y sonreímos con ganas. Hasta en esa situación está guapa.

Entonces me inclino hacia adelante todo lo que puedo.

Y ella, sin levantar la voz, dibuja con los labios dos palabras. Lo repite hasta tres veces para que me quede claro al leer sus labios.

Me echo hacia atrás y me sube algo por el estómago que no sé interpretar bien.

Algo tan bonito que no me gusta.

Que no me viene nada bien.

Ella me ofrece la mano por entre las barandillas de la camilla.

Se la tomo. Me acaricia.

Y así, durante un tiempo indeterminado en el que no dejamos de mirarnos, algo cambia. Algo se rompe. Algo nace.

Y todo por sus palabras.
Sus dos palabras.
«Siempre tú»

AGRADECIMIENTOS

El primer agradecimiento es para ti, lectora o lector. Gracias por haber llegado hasta aquí y completado otra más de mis novelas. Te va a sonar a cliché, pero es muy importante mí que la hayas terminado.

El siguiente agradecimiento va para **Shinova** y todo su equipo. Hace un año les contacté para pedirles permiso para usar los versos de su canción La sonrisa intacta como títulos de los capítulos de esta novela y para hacer alguna referencia a ellos. Me lo dieron sin problemas. El título de la novela, como ves, es un verso de La sonrisa intacta. Te animo a descubrir la banda si no la conoces. Son maravillosos y tienen un directo espectacular.

Si te ha gustado la novela, te pido por favor, que me dejes una reseña en Amazon.

No te supone nada y para mí es de muchísimo valor.

Si no te ha gustado, ruego que me escribas a este email:

escribano@gzescribano.com

Y me cuentes qué no te gusta.

Gracias a las personas que me han hecho terminar esta novela, a mi familia en especial. Gracias.

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR

Esta novela es la tercera (o cuarta) de la saga de Saavedra y Del Olmo. Aquí tienes las otras:

El murmullo del árbol

Al inspector Del Olmo no se le ha muerto ninguno de sus dos hijos, ni abusaron de él cuando era niño. La subinspectora Saavedra tampoco atesora traumas del pasado.

Sin embargo, ambos tienen un problema en común: **el río Manzanares expulsa un cadáver con una extraña marca en el pecho; el cuerpo pertenece al empresario más poderoso del país.**

También puedes leer su precuela:

Pessulum

¿Quieres convertirte en policía de homicidios por unas horas?

La subinspectora Olga Saavedra se encuentra por primera vez al mando de un caso de homicidio.

Y su secuela:

La sangre naranja

¿Te imaginas investigando un caso de asesinato real? Eso es lo que pasará si te sumerges en esta novela negra.

¿Quieres convertirte en policía de homicidios por unas horas?

Y como novela satélite tienes esta:

La paciencia del artesano

El primer thriller policiaco protagonizado por la inspectora Saavedra. Una historia de supervivencia, misterio y tensión implacable.

¿Crees que puedes escapar del pasado? El ADN dice que no.

Mi última y gran novela es

EL ÚLTIMO FILÓN.

¿Hasta dónde puede llegar un secreto enterrado durante años?

Adéntrate en la Extremadura más profunda con ***El último filón*****, una novela negra rura**l donde el silencio pesa más que la verdad.

En el interior de la mina Costanaza, en Logrosán (Cáceres), una excursión escolar da un giro inquietante: una calavera emerge de las aguas subterráneas. Sin pistas claras, sin identidad… el caso se cierra antes de empezar.

Pero los secretos no desaparecen. Solo esperan.

Casi un año después, Leo, criminólogo que dejó atrás su pasado en el pueblo, regresa sin imaginar que todo está a punto de reabrirse. Raquel, cabo de la Guardia Civil y antigua amiga, se niega a dejar que el caso caiga en el olvido. Necesita una mirada nueva. Necesita a alguien acostumbrado a resolver crímenes. Necesita a Leo.

Un pequeño detalle en la calavera será suficiente para romper el silencio.

Lo que parecía un caso olvidado se convierte en una investigación incómoda, peligrosa… y demasiado cercana. Porque en un pueblo donde todos se conocen, descubrir la verdad puede significar perderlo todo.

Mentiras, secretos y una verdad que nunca debió salir a la superficie.

Mar de fondo

Si te apasionan las historias de perdedores, finales crudos y personajes que caminan sobre la línea entre el bien y el mal, *Mar de fondo* es tu próxima lectura obligatoria.

La venganza es necesaria

UNO DE LOS THRILLERS PSICOLÓGICOS EN ESPAÑOL DE 2025

Asesinan a tu hija. La justicia te parece una burla. ¿Qué precio estás dispuesto a pagar por hacer justicia?

En la quietud asfixiante de un pequeño pueblo extremeño, la vida de la familia Lázaro se hace añicos: la joven Belén ha desaparecido. Todas las miradas, cargadas de miedo y un rencor antiguo, apuntan a Antonio Ricardo, el vecino huraño y solitario cuyo oscuro pasado lo convierte en el culpable perfecto.

Cuando la Guardia Civil lo arresta, y él confiesa el crimen, parece que la pesadilla podría dar paso a la justicia. Pero para los padres y la hermana de Belén, la sentencia –apenas veintidós años por una vida robada– es un insulto, una herida abierta que sangra impotencia.

Pero el destino es retorcido.

Justo cuando creen que el dolor no puede ser más profundo, la 'justicia', o quizás algo más oscuro llamado venganza, encontrará un camino inesperado y terrible. Un joven enigmático, con el que nadie contaba, entra en escena, y lo que podría parecer una respuesta a sus plegarias se convierte en un **segundo golpe brutal**, una onda

expansiva que amenaza con demoler los cimientos de la familia Lázaro-Lafuente para siempre.

La venganza tiene un precio... y quizás sea más alto de lo que jamás imaginaron.

Adéntrate en un thriller psicológico visceral que te obligará a confrontar:

- El odio más profundo que puede albergar un corazón roto.
- La sed insaciable de venganza que consume la razón.
- La ira ciega ante la injusticia.
- La aplastante sensación de indefensión frente a la tragedia.

¿Hasta dónde llegarías tú por los que amas?

Navidad Carmesí

Esta Navidad en Chicago, Santa Claus no trae regalos. Trae fuego.

La nieve cae sobre las exclusivas mansiones de North Shore, pero no logra ocultar el horror que yace dentro: una familia entera masacrada por un asaltante disfrazado de Santa Claus armado con un lanzallamas.

Para el detective Elias Novak, cuya **sinestesia** convierte cada pista en una sobrecarga sensorial, la escena del crimen no es solo un rompecabezas visual, sino una cacofonía ensordecedora. Todo apunta a un sospechoso claro, pero Novak y su compañera, Moretti, no lo tendrán tan fácil.

¿Podrán detener al verdugo antes de que la ciudad entera arda?

Navidad Carmesí te arrastra a una **carrera contra el reloj** donde las intrigas policiales y los pecados del pasado regresan para cobrar

una deuda pendiente. Novak deberá luchar contra sus propios sentidos y contra un sistema diseñado para silenciarlo. Con el FBI cerrando el cerco y un asesino que se oculta a plena vista entre la multitud festiva, descubrir la verdad podría costarles mucho más que la placa.

Un t**hriller navideño oscuro** y atmosférico que reinventa el género procedimental:

• Un protagonista único: Vive la investigación a través de la mente sinestésica de Novak.
• Una atmósfera asfixiante: El contraste entre el frío de Chicago y el fuego de la venganza.
• Giros impactantes: Desde coartadas imposibles hasta una Nochevieja que nunca olvidarás.

Descubre el **thriller policiaco** más intenso de estas fiestas.

Aquí tienes la Saga Secuestros.

La pérdida de la belleza

- **Un secuestro.**
- **Un rescate imposible.**
- **Dos almas a la desesperada.**

El control del latido

Secuestran a tu hijo. Tu isla se derrumba. ¿Qué piensas hacer?

Los días del padre

¿Hasta dónde llegarías para proteger lo que puede salvar la vida de tu hija?

Adrián Trovado ahora es cabo mayor de la Guardia Civil. Sabe manejar la presión, la violencia y las armas. Pero no sabe cómo gestionar el colapso de su mundo: su hija Luz Marina, de diecisiete

años, se muere de leucemia. La única esperanza es un urgente trasplante de médula.

Para salvar a Luz Marina, Adrián debe localizar a la única persona donante compatible: la madre de la joven. Pero Laura es una prófuga de la justicia que sigue oculta Colombia. El cabo, con la ayuda de su inseparable compañera, la subteniente Silvia Donaire, ha de hacer posible que llegue a España y que no sea detenida. Aunque eso será solo el principio de sus problemas.

Un thriller lleno de acción donde la lealtad es un arma de doble filo.

FRÍA, COMO UN VENDAVAL DE NIEVE

48 horas. Un millón de euros. Una tormenta de nieve que lo cambiará todo.

El secuestro de Lorena debía ser rápido y limpio. Un susto, un pago, un final. Pero nadie contó con el cielo desplomándose sobre Madrid.

Mientras la capital colapsa bajo toneladas de nieve, la Unidad de Secuestros y Extorsiones se enfrenta a su peor pesadilla: un rastro que se enfría, unas carreteras intransitables y una familia que miente mejor de lo que llora.

En un refugio perdido de la sierra, lejos de la ley y del orden, el frío ha despertado a los monstruos. Ya no se trata de dinero. Se trata de quién saldrá vivo de allí.

Olvída lo que sabes de los thrillers de invierno. Aquí, la nieve no es un decorado; es un verdugo.

❄ Trepidante. Claustrofóbica. Adictiva. «Una lectura que te atrapa y te hiela la sangre a partes iguales.»

Léela antes de que se derrita el hielo.

Lo que dicen los lectores que han podido leerla hasta ahora:

★★★★★ "Una novela policiaca trepidante que te hiela la sangre."

★★★★★ "Suspense, nieve y giros que no ves venir."

Si te gustan los procedimientos policiales y las lecturas de invierno cargadas de tensión, Fría, como un vendaval de nieve te atrapará desde la primera página.